

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

**OBRAS QUE FIGURAN EN EL PRESENTE
VOLUMEN**

BREVIARIO DE AMOR

(Publicada también por el autor con los títulos de
**LAS JOYAS DE MARGARITA Y LA TELA
DE PENÉLOPE**)

LA MARCHA DE LAS ANTORCHAS

(Incorporada por el autor a **BREVIARIO DE AMOR**,
publicando ambas obras juntas, con los
capítulos numerados correlativamente,
como aparecen en este volumen)

ZARZA FLORIDA

(Publicada también con el título de
EL MILAGRO DE LAS ROSAS)

EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA

(Aparece, en ediciones posteriores, con el título de
EL CABALLERO DEL MILAGRO)

RESURRECCIÓN

AMIGAS VIEJAS

LAS GRANADAS DE RUBÍES

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

LAS GARRAS DE LA PANIERA

(Titulada anteriormente por el autor **LAS PALMERAS
DEL OASIS**, y también **LA VENGANZA DE AISCHIM**)

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN

LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS

**OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
EN ESTA COLECCIÓN**

TEATRO ESCOGIDO

*El Alcázar de las Perlas, Aben-Humeya, El Rey Galaor,
El Abna del Desierto, La Leona de Castilla*

(Criso: núm. 312)

FRANCISCO VILLAESPESA

NOVELAS COMPLETAS

R-7601-A



AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
MADRID-1957





Francisco Villaespesa

FRANCISCO VILLAESPESA

NOVELAS COMPLETAS

Prólogo de
FEDERICO DE MENDIZABAL



N.º 343

*Reservados todos los derechos, hecho el depósito
que marca la ley.*

*Copyright 1952, by Aguilar, S. A. de Ediciones.
Madrid.*

Printed in Spain. Impreso en España
por E. Sánchez León, Santísima Trinidad, 3

PROLOGO

FRANCISCO VILLAESPESA

(1877-1936)

FRANCISCO Villaespesa fué ya suficientemente juzgado como el «primero de nuestros poetas modernos» por Juan Ramón Jiménez, Salvador Díaz Mirón, Eugenio de Castro, Vargas Vila, Gabriel Miró, Neruo, Manuel Cardia, Carrere, Dicienta y tantisimos otros ilustres de la crítica de dos continentes, desde los italianos, con D'Annunzio al frente, genial, hasta los americanos del Sur, entre los que cierra palenque Rubén Darío, diciéndonos: Al lado de Francisco Villaespesa, todos los poetas me parecen fríos y mentirosos.

Nace Francisco Villaespesa en Laujar de Andarax, al pié de Sierra Nevada, el 14 de octubre de 1877. Comienza estudios en las disciplinas paternas de Leyes y en Filosofía y Letras, que abandona en tercer curso por la Poesía. Publi-

ca su primer soneto a los catorce años, y su primer libro, *Intimidades*, en 1893, a los dieciséis de su edad. Viene a Madrid, vive la bohemia; su fama, libro sobre libro, todos magníficos, le llevan al Teatro, y María Guerrero estrena en 1911 su *Alcázar de las perlas*, hito máximo del poder poético del siglo XX. Multiplica su labor con cincuenta y cuatro libros en la lírica y treinta producciones para la escena, con máximos triunfos. En 1917 parte al continente americano, y allí renueva los años triunfales, hasta lograr, en arte, según la misma Prensa de los varios estados, «la conquista espiritual y artística de América»; triunfos como jamás los ha disfrutado ningún otro español después de los conquistadores. Vuelve pobre y enfermo, como Alvarado, pero lleno de gloria y con la espada limpia. Se le malversa su obra inédita, dándole la más profunda y cruel herida mortal de su gloriosa existencia, y al fin muere, como Cervantes, como Lope, como Calderón, en el seno de Cristo, con un crucifijo entre las manos, naciendo definitivamente a la inmortalidad, el Jueves Santo 9 de abril de 1936, en Madrid, siendo sepultado el Sábado de Gloria en el Panteón de Hom-

bres Ilustres de la Sacramental de San Justo...

Tal es, en esquema, la vida fecunda y pródiga del gran poeta. Mas hoy nos interesa el Villaespesa prosista. Dejemos, pues, los plintos del inmenso lirico y del magnífico dramaturgo que tuvo por musas las Famas de la Historia y por intérpretes nada menos que a María Guerrero, Carmen Cobaña y Anita Marlos.



Villaespesa prosista sigue siendo Villaespesa colosal poeta, como Bécquer, como Valle-Inclán, como D'Annunzio, como Tamayo y Baus, como Rosalía de Castro, como Ricardo León, como Rubén Darío, como Cervantes, como Lope de Vega...

Los poetas prosistas—doblemente valiosos escritores—son los altos dignatarios de la prosa; los que la limpian de minucias y vulgaridades gramaticales a secas, para imponerle la jugosidad de las galas literarias.

Harto discutido es el tema de controversia de la prosa poética y de la prosa prosa; pero en esto, como en todo lo de arte, cada opinión es una crítica diferente, como cada crítica no concordan-

tes, en general, entre sí—queda en una opinión particular más o menos estimable, según la intención que la dicta, la erudición que la informa, la imparcialidad que pueda tener y el gusto estético que la preside.

Por tanto, nos hallamos de perfecto acuerdo con el clarísimo juicio de la Pardo Bazán cuando decía—tratando de Gabriel y Galán—que para cada uno el mejor poeta será el que se halle más en consonancia y afinidad con la vibración y sensibilidad de su lector. Esta es una serena reflexión y una gran verdad indiscutible, que la crítica misma, con sus eternas y célebres contradicciones y sus enormes errores, viene a confirmarnos.

¡Que les digan, por ejemplo, a los menudados seguidores de los ismos que eso que hacen no es poesía, y que la poesía verdadera es la Poesía! Pero un día los psiquiatras han de aclararnos esto.

La exquisitez, y también el mal gusto de cada época, valoran o desvaloran a los autores. Sólo la permanencia verdad y monolítica de su obra fecunda y genial va dominando las fluctuaciones culturales de cada tiempo; los desórdenes de los ineptos y las necesidades de sus modas, que, como tales, hacen furor en los

menguados y desaparecen después fugaces y sin consistencia, como un sombrero cursi, porque lo extravagante choca, pero no admira. El circo es entretenido, pero no inmortal, como la ópera.

Tratemos, pues, de Villaespesa, sentados estos principios, y, como dijimos, del Villaespesa prosista.

Cuando decide un poeta su tránsito a la prosa, viene a este nuevo campo literario descendiendo de las altas cumbres, fragante y ornamental. Desde sus jardines líricos, acostumbrado a sus fuentes, a sus estatuas en meditación sobre las rosas y los lirios; y es difícil acostumbrarse — sólo el tiempo y la permanencia en las llanuras pueden ayudar — a las arideces de un paisaje recortado y seco para él en principio.

Tiene que realizar una fuerte y energética transformación interior para, desde el verso, llegar a prosaizarse por completo, y conste muy bien que nuestro acento, al hablar de la prosa, guarda las máximas admiraciones para los grandes prosistas que tenemos el privilegio de disfrutar en nuestra magna historia literaria.

Sólo cuando logra el poeta desprenderse de su trasmundo del ensueño y acer-

carse a la más viva realidad—contraste, para él, violentísimo, metempsicosis muy dura—, su prosa va dejando los florilegios, sin perder jamás una esencia íntima que le distingue de los demás escritores.

La más auténtica prueba de la capacidad, de la densidad lírica de un poeta, del predominio de «su poesía», viene a serlo su prosa de transición. Ningún gran poeta puede secar violento la savia de su inspiración para convertirse, de subjetivo creador, en narrador objetivo. Y esta prueba nos reitera de Villaespesa, como de Bécquer, sus calidades intrínsecas de poetas.

Villaespesa, nuestro máximo poeta último, fué siempre tan rico en matices, tan apasionado, tan expresivo, tan musical, que las características de su prosa son estas mismas.

Una magnífica generación de novelistas florecía: Blasco Ibáñez, Baroja, José Francés, Federico Carlos Sáinz de Robles, Emiliano Ramírez Angel, Concha Espina, Díez-Canedo, Carrere, Joaquín Dicenta, Valle-Inclán, Ortiz de Pinedo, Federico García Sanchiz, Andrés y Edmundo González Blanco, Felipe Trigo, Carmen de Burgos, Sofía Casanova, Ré-

pide, Diego San José, con sus prosas clásicas; Alberto Insúa, Pérez Lugin, Gabriel Miró y tantos y tantos más...

Incorporado Francisco Villaespesa, con sus obras, a la generación espléndida de novelistas que citamos, se publicaron sus novelas en Los Contemporáneos, El Cuento Semanal, La Novela Corta y otras publicaciones, entonces nobles y limpios palenques de lucha lenta y valiosa, con hechos, con obras, no con palabras como ahora. Con trabajo fecundo y constante, con superaciones, no con su consonante infectado de hospital—y tan en moda.

Constituyen su producción novelesca las que integran el presente volumen, en concepto absoluto de obra completa.

Muchas, muchas más páginas admirables produjo la fastuosa fecundidad de su extraordinaria fantasía, como son los estudios sobre la poesía brasileña; prólogos innumerables; artículos diversos, de crítica y arte; sus libros Andalucía y México, maravillosos y perdidos en el desastre incalificable y malversador de su obra inédita; y aquel documentado y asombroso estudio de la poesía musulmana que figura como prólogo de La alkatifa de los vientos, del árabe Maluf.

La prosa de Villaespesa es la prosa florida, brillante hasta lo fastuoso, poblada de imágenes; prosa, en fin, de un insigne poeta. Cuando un poeta de la exuberancia lírica de Villaespesa deja la estrofa, la rima, la métrica y el acento de la versificación, ha dejado, sí, los elementos constitutivos del verso; pero... no ha dejado su imaginación, su fantasía, su personalidad lírica. La prosa de los poetas se diferencia en esto de la otra, que indudablemente podemos calificar de más prosa. La prosa de los poetas tiene esta musicalidad interna en la construcción de la cláusula, tiene un conjunto armónico muy bello, tiene un encanto y un colorido particulares.

Bien que no sea—como nada en este mundo lo es—del gusto de todos. Cada sensibilidad, cada psicología, cada carácter, encuentra más o menos de su gusto las cosas, según se hallen afines o no con su temperamento. Cierto que la prosa poética no es apta para novelas políticas, artículos políticos o expedientes burocráticos; pero también es cierto que sólo a los poetas se les dispensa este privilegio del deslumbramiento por el caudal armónico, por la continuidad poética, por el encantamiento de iluminación de

las imágenes, por la riqueza de sus coloridos, por su máxima expresividad.

El primer deslumbramiento de iris, la primera catarata de piedras preciosas que anuncia esa iluminación secular del arte poético nacional que es El alcázar de las perlas, aparece con los párrafos que describen la decoración del acto primero.

Desbordada la exuberante viveza del color y del ritmo, todo un caudal poético incontenible se desliza impetuoso y fecundo, como si un torrente de brillantes, zafiros, rubies, ágatas y esmeraldas, turquesas y berilos, carbunclos y topacios, ópalos y amatistas, encendieran su prisma prodigioso en círculos concéntricos de sol.

Y así como al publicarse El caudillo de las manos rojas, de Bécquer, la palabra tradición fué sustituida por traducción, creyendo aquella leyenda escrita por un poeta indio, las páginas cinceladas que siguen pudieran también tomarse por la narración de un auténtico poeta islamista. Su genio lírico le hace, sobre todo, alarife de los temas árabes; así en Las granadas de rubies. Las pupilas de Al-Motadid, Las garras de la pantera. El último Abderramán.

Mas hay, sin embargo, en otras. Bre-

viario de amor y *La ciudad de los ópalos*—un profundo y sutil romanticismo de arbitraria elegancia, que aroma sus párrafos con perfumes wertherianos...

Y no por eso deja de revelarse un realismo selecto en *Amigas viejas* o *Resurrección*, que contrasta otra vez con el nativo helenismo de *Zarza florida* o *El milagro de las rosas*.

Con varios nombres han sido tituladas algunas de los presentes obras, a saber: *Zarza florida* se ha llamado también *El milagro de las rosas*; *El caballero del milagro* y *El milagro del vaso de agua* son la misma; *Breviario de amor* apareció llamándose también *La tela de Penélope* y *Las joyas de Margarita*; y *Las palmeras del oasis* es otra de las narraciones árabes antes citadas, como *La marcha de las antorchas* es prácticamente una segunda parte de *Breviario de amor*...

También los títulos se sucedían, a cuál más bellos, en la mente, siempre insatisfecha, de nuestro excelso poeta...

FEDERICO DE MENDIZÁBAL.

BREVIARIO DE AMOR

SEGUIDO DE

LA MARCHA DE LAS ANTORCHAS (*)

(*) *Breviario de Amor* se publicó la primera vez solo. Más tarde apareció con el título de *La Tela de Penélope*, y también con el de *Las Joyas de Margarita*. Posteriormente, el autor le incorporó *La marcha de las antorchas*, publicando ambas obras juntas y con los capítulos numerados correlativamente, tal como lo hacemos en este volumen.

— ¿Y qué me dices de la familia de tu hijo? — preguntó él, mirando a su hijo con una mirada de interrogación.

— ¡Oh! — dijo ella, con una sonrisa de satisfacción — ¡es una familia muy buena!

— ¿Y qué me dices de la familia de tu hijo? — preguntó él, mirando a su hijo con una mirada de interrogación.

— ¿Y qué me dices de la familia de tu hijo? — preguntó él, mirando a su hijo con una mirada de interrogación.

— ¡Oh! — dijo ella, con una sonrisa de satisfacción — ¡es una familia muy buena!

— ¿Y qué me dices de la familia de tu hijo? — preguntó él, mirando a su hijo con una mirada de interrogación.

— ¡Oh! — dijo ella, con una sonrisa de satisfacción — ¡es una familia muy buena!

— ¿Y qué me dices de la familia de tu hijo? — preguntó él, mirando a su hijo con una mirada de interrogación.

— ¡Oh! — dijo ella, con una sonrisa de satisfacción — ¡es una familia muy buena!

OFRENDA

No para tus pobres oídos mortales, sino para que las escuches con lo más íntimo y puro de tu alma, escribo estas palabras incoherentes; palabras sueltas, como notas dispersas de una canción perdida en los vientos, como perlas desengarzadas de un collar roto por las manos displicentes del tedio en los momentos más áridos de la vida.

Tuyas son. Sólo tú puedes reunir las de nuevo en un ramillete de emoción y de armonía. Sólo tú puedes volver a engarzarlas en los hilos de oro de este rosario sentimental.

Tú sabrás comprenderlas y sentir las, porque el dolor y la nostalgia han sensibilizado tanto tus oídos, que puedes no sólo escuchar, sino interpretar el silencio.

Desde las ruinas de mi corazón van al tuyo, sangrando en un vuelo cándido, de palomas heridas...

¡Manos de piedad y de consuelo, de paz y de salud, sed propicias a estas líricas palomas moribundas! ¡Dadles un poco de calor sobre su seno y un poco de eternidad en sus labios!...

Y si después, las soltáis, para que vuelen a morir en la soledad gris de sus desiertos, su agonía será menos dolorosa, habiendo sentido el calor de su seno y la ternura infinita de sus labios.

Amada de ayer, de hoy y de mañana, de la Santísima Trinidad del Tiempo, que en tu cámara vasta y fría te deshojas de soledad y de abandono, como una flor enferma bajo las primeras lluvias del otoño, contemplando la inutilidad frágil y bella de tus manos trasparecer a la luz melancólica de los góticos vidrios emplomados... Un paje enlutado se curva ante tu trono y deposita sobre tu falda, como un tesoro, este pequeño libro miniado y florido de sangre y alma, y después, se retira silencioso y pálido, desvaneciéndose detrás de los cortinajes, como la sombra de quien no ha de volver nunca.

No le preguntes, no le detengas; no inquieras ni adónde va, ni de dónde viene, ni quién te envía este libro...

Albre sus páginas, y en tus horas de soledad y de abandono, derrama sobre ellas una lágrima, una sola lágrima de misericordia por el que nunca ha de volver.

BREVIARIO DE AMOR

I

Yo me pregunto siempre:

--¿Por qué la amo?

Y en esta interrogación se encierran para mí todos los misterios de la vida.

Su amor es algo fatal y eterno que, inexorablemente, renueva en mi corazón el mito cruel y doloroso de las entrañas de Prometeo.

La he amado, antes, en presentimiento, como la amo ahora en realidad, como más tarde la amaré en recuerdo...

Y a veces pienso:

—¿No será también este amor un recuerdo?

Todas estas dulces palabras, ¿serán eco de otras voces pretéritas?

Juraría habérselas dicho antes... Juraría haberlas oído de sus labios...

¿Cuándo? ¿Dónde?

Siempre y en todas partes.

Yo he sido al Principio algo suyo, como ella ha sido algo mío...

¿Carne de mi carne? ¿Espíritu de mi espíritu?

Todo, y más que todo.

Y estábamos tan orgullosos de ser uno, que alguna Divinidad, celosa de nuestra dicha, nos separó, para castigar la soberbia locura de nuestro sueño. Ella se fué con lo mejor mío, y yo me quedé con lo mejor suyo.

Y desde entonces nos buscamos y perseguimos en todos los amores trágicos, a través de todos los amantes célebres.

De nuestra separación nació el Amor.

Y desde aquel momento, las flores, las aves, las bestias feroces, los hombres, las estrellas, todas las cosas vivas de la creación, se buscan para amarse.

En su alta torre de granito, con la lámpara encendida para guiarme a través de la noche y de las olas, Ella se ha dormido, cansada de esperar, en las riberas del Helesponto.

Y yo, con los cabellos flotantes a la tempestad, he luchado contra el oleaje, hasta estrellarme en la impasibilidad de las rocas, los ojos y los brazos tendidos a su amor, en el desesperado esfuerzo de las agonías interminables...

Este terror al mar, a la caricia fría y pegajosa del agua salada, que estremece, a veces, hasta la más profunda raíz de nuestros cabellos, ¿no será el recuerdo ancestral de aquella tragedia nocturna?

Sus manos, en un primavera! pleniturno de Verona, me han tendido la escala de seda desde un antiguo mirador de mármol.

Y nuestros labios, en el frenesí de los be-

sos absorbentes, han rimado, antes que el gran poeta inglés, la inmortal despedida de Romeo y Julieta:

--Aún es tiempo... Espera... Espera...

--¿No oyes la alondra que canta?

--No es la alondra... Es el ruiseñor que trina en el granado florido... ¡Espera... espera... espera!

Ese deseo imperioso que la lleva en las noches de luna a la balaustrada de su terraza de mármol y hace que su corazón se estremezca con los perfumes de las rosas y los trinos de los ruiseñores, ¿no será también un recuerdo de aquella escena inovidable?

¡Oh, cuándo llegará nuestra hora plena, la hora en que volvamos a ser lo que fuimos: una sola alma en un cuerpo único!

¿En qué camino, en qué estrella nos encontraremos para fundirnos de nuevo y amarnos más aún que al Principio, porque amaremos en nosotros, no sólo nuestro amor, sino el amor de todos los amantes célebres, de los astros, de las nubes, de las aves, de las flores, de las fieras, de todas las cosas creadas y por crear en la Naturaleza?

¿Qué importa que aquí y allá, que hoy y que mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, pasemos de largo, sin reconocernos, a través de otros cuerpos y de otras almas?

Para los que aman, la eternidad se reduce a un instante supremo: el instante del beso.

Un solo beso puede prolongar el amor hasta lo infinito...

¿Cuándo nuestros labios se darán ese beso inmortal y único?

II

¿Hermana, amante, esposa, madre, hija?...

¿Vida o muerte?

¡Qué sé yo!

Todo eso y algo más: yo mismo, porque sin ti no me concibo, porque sin tí yo no sería yo, sino otro, tan extraño, tan diverso, tan absurdo que no me reconocería.

La Vida, el Amor, el Deseo, la Gloria, la Eternidad, Dios y la Muerte, son los siete velos con los que danzas—¡oh paradójica Salomé!—en mis fiestas interiores, en los divinos banquetes de mi espíritu.

Los más bellos sueños y las más terribles realidades, son las ajorcas, los cintillos, los brazaletes y los collares que hacen fulgidas y sonoras tus más leves insinuaciones.

Yo también, para complacerte, haría rodar, al golpe de un yatagán de plata, sobre amplias bandejas de oro, las cabezas de todos los austeros profetas que rugen maldiciones, encerrados en las mazmorras de mi alma...

Porque sólo tú existes para mí.

Fuera de ti, sólo vive tu recuerdo.

Y tu recuerdo, ¿qué es sino mi amor que

te multiplica y te adora en todas las cosas bellas de la Naturaleza?

¡Hermana mía, la de los ojos de paloma y las manos de lirio! Mis ojos estallan de dolor, las espinas taladran mis sienes; la sangre ciega mi vista; mis miembros crucen sobre el madero...

¿Hasta cuándo me dejarás crucificado en mi Calvario?

¡Amada mía, la de los senos pródigos como fuentes y los labios dulces y frescos como panales! Mi garganta se asfixia, mis venas arden bajo el sol; mis rodillas se doblan... ¡No puedo más!...

¿Hasta cuándo me dejarás morir de sed en mis desiertos?

¡Esposa mía, alma de fidelidad y carne de ternura! La noche amortaja mis cansancios; el huracán azota y encrespa mis cabellos húmedos por la lluvia, el frío paraliza mis miembros, y mi mano se fatiga de llamar en vano a tu puerta...

¿Cuándo veré en el umbral, a la luz de la lámpara doméstica, resplandecer tu figura, toda de blanco como un ángel bueno. Y oiré tu voz que tímida suspira: «Entra»?

¡Madre mía, regazo de piedad y voz de bálsamo! Tengo sueño, mucho sueño... Mis párpados son de plomo, y mi alma y mi cuerpo, devorados por todos los dolores, son como dos cervatillos heridos que van a refugiarse en tu seno...

¿Cuándo tu acento de dulzura y de paz me adormecerá sobre tu falda, cantándome esas viejas tonadas que no se olvidan nunca?

¡Hija mía, vida de sacrificio y espíritu de inmolación! De tanto llorar cegaron mis ojos; de tanto caminar sangran mis plantas, y mis oídos ensordecieron de tantas palabras vanas como han escuchado... Me encuentro en las tinieblas, perdido entre dos abismos...

¿Cuándo sentiré entre mis manos heladas el calor de las tuyas para guiarme en esta noche perpetua?

¡Amor cruel e insaciable, hecho con todos los amores y todos los odios del mundo, ¿cuándo me darás la muerte para renacer a la vida nueva de tu amor?

¿Cuándo?... ¿Cuándo?... ¿Cuándo?...

III

Muchas veces, en horas tuyas, he pensado, al mirar en los espejos encantados de la soledad y del silencio, multiplicarse hasta un infinito de ensueño, fulgurantes de ti, mis insomnes pupilas:

—Mis ojos, ¿son mis ojos o son los tuyos?

Sólo a ti veo en ellos, como si tú y yo fuésemos algo tan consustancialmente inseparables como la sombra y el cuerpo.

Quando desapareces tú, viene tu recuerdo; y mis ojos se llenan de joyas de oro, de chispas de diamantes, como si fuesen

cisternas donde se reflejasen todas las estrellas del cielo.

Estas ojeras que agrandan y ensombrecen mis pupilas, ¿nacieron de mis insomnios o de los tuyos?

¿Ciñen realmente, como coronas de amor, mis ojos, ¿o las he visto en los tuyos, y por eso los veo ahora en los míos?

¿Las he soñado en ti o en mí?

¿Brotaron bajo tus besos o bajo los míos?

Violetas efímeras, se abren en el transcurso de una mirada furtiva, y se deshacen en un fugitivo parpadeo, para volver a brotar y a morir. Y así siempre, como este amor que se enciende y se apaga eternamente, y que desaparece para surgir de nuevo, más intenso, más voraz, más absorbente, y para el cual no hay tiempo, ni barreras, ni distancias, porque sabe hacer de la misma muerte un principio de vida.

Ojos tuyos, ojos míos, ojos de los dos...
¿Hasta cuándo seréis distintos?

¿Hasta cuándo?

¡Oh, el día en que todo lo veamos a través de un solo sueño, y no exista ni lo tuyo ni lo mío, sino lo nuestro!

Muchas noches me acarician mis manos entre sueños, y despierto, temblando de

emoción, creyendo que son las tuyas que me reclaman a la vida.

Bajo la luz velada de la lámpara de bronce, bajo la luz casi irreal que nos vigila, me curvo sobre el lecho y me quedo inmóvil —horas enteras—, contemplando trasparecer mis manos, idealizarse, hasta confundirse con las tuyas, al beso absorbente de mis pupilas febriles.

A veces, las llevo hasta mis labios, y las beso con unción, siguiendo con mis besos los caminos azules de las venas y las líneas complicadas y agoreras de sus palmas cálidas y suaves como terciopelos vivos.

Te deseo, te busco, te palpo y te acaricio en mis propias manos, bellas y exangües como las tuyas.

¿No serán nuestras manos una misma cosa?

¿No serán dos rosas gemelas de romanticismo, que brotan y se deshojan bajo la blanca frialdad de la luna, en un mismo rosal de ensueño?

¿Tú no has acariciado nunca mis manos en las tuyas, como yo acaricio las tuyas en las mías?

Mis manos huelen a tus manos, están ungidadas de tí, de tus cabellos, de tu cuerpo, de tu alma, de todo lo tuyo.

Las aspiro hasta embriagarme, hasta palidecer, hasta extenuarme, como se aspira un perfume mortal, una de esas flores raras de la India que dan el olvido y la muerte. Y muchas veces, siento ansias irresistibles de morderlas, para absorber en ellas,

como un veneno, el sabor eterno y único de tu sangre divina, siempre la misma y siempre diferente.

V

¡Tu sonrisa!...

—¿Qué es tu sonrisa?

Para la frivolidad, una gracia más, entre las infinitas gracias que se adornan contigo.

Para los que sienten hondo y piensan alto, un enigma, algo así como la suprema síntesis de la vida y de la muerte.

Para mí, es algo más: una revelación. Es toda el alma que afluye a flor de tus labios y se desborda en ellos, como un vino generoso de oro en un cáliz de rubíes, porque tu cuerpo es ya pequeño para contenerla.

Tu sonrisa es como un tálamo imperial de púrpura y de perlas, donde nuestras almas se entregan a los espasmos frenéticos de su amor insaciable de dioses.

De tu sonrisa surgirá algo eterno, inmemorial, que pondrá un sello de admiración en los labios de las generaciones futuras.

De las cinco partes del mundo, saldrán interminables caravanas de gentes, sedientas de dulzura, para purificar en tu sonrisa sus vidas atormentadas.

Yo haré de ella, como el divino Vinci de

la sonrisa de Monna Lisa del Giocondo, la síntesis suprema del Arte.

Cuando sonríes, me siento inundado, hasta en los poros más ocultos, de un rocío místico.

Mi alma entera se disuelve en tu sonrisa, como un grano de incienso en una pátara de oro y de rubíes.

Y mi alma, y mis labios, y mis ojos y hasta la raíz de mis cabellos, sonríen también, como si todo mi ser fuese un espejo que centuplicase tu sonrisa.

¡Oh tu sonrisa! Sonrisa de ayer, sonrisa de hoy, sonrisa de mañana, libre de toda ley de tiempo y de espacio, capaz de amansar en los circos a los leones más feroces!...

¡Mi lujuria es también un león domesticado por tu sonrisa!

VI

¿Te acuerdas?

Desde el esbelto mirador gótico, que blanqueaba de mármoles en la fantasmagoría romántica de la Luna, inclinada sobre el silencio de la noche, como sobre un corazón moribundo, esperabas el milagro...

Y tu ansiedad eran tan profunda que varias veces te llevaste la mano sobre el pecho, temiendo que fuera a estallar de impaciencia.

Tus collares, tus joyas y tus ropajes recamados de gemas, te ceñían como llamas vivas, en un incendio de fastuosa pompa oriental.

Y tu carne de seda y de ensueño, se retorció y temblaba, como una santa en el martirio purificador y purpúreo del fuego sagrado.

Bajo el peso de tus cabellos profusos, como bajo una tiara fabulosa, se curvaba tu cuello en una interrogación persistente y desolada...

¿Qué preguntabas a las aguas verdosas de algas y fosforescentes de luna y de misterio, de los canales desiertos?

¿Qué buscaban tus ojos, perdidos bajo los arcos marmóreos de los puentes, en la alucinación nocturna?

¿A qué fantasma, a qué sueño tendías las manos anhelantes, en la soledad blanca de luna y perfumada de jazmines, de la hora romántica?

La silueta lejana y confusa de una góndola empavesada de flores como un tálamo nupcial, tembló en la profundidad insomne de tus pupilas; y el rumor remoto de unos remos de plata, algo así como un desgarramiento de frágiles y trémulas sedas de cristal, llegó a tus oídos, atentos a la noche y a la esperanza, haciendo palidecer con livideces de marfil viejo tu altivo semblante de medalla antigua, de camafeo bizantino.

Después... ¿Recuerdas aún?...

Tus cabellos largos y profusos, olorosos a todas las intimidades de tu cuerpo, descen-

dieron, temblando, en el silencio, como una escala de amor y de misterio.

Y tus brazos, y tus ojos, y tus manos, y tus labios, y toda tu carne voraz, hambrienta de caricias, y toda tu pobre alma, sedienta de ternura, desfallecieron de felicidad, en un éxtasis que dejó en tus recuerdos algo así como el presentimiento de los cielos.

Noche epitalámica, noche perfumada de cabellos y de algas, sonora de oleajes y de besos, ¿exististe alguna vez para nosotros?... ¿Existirás aún?

Los siglos, los años, los días y los instantes, pasan, y tornan de nuevo para volver a pasar; y siempre hay una sombra esperando en un mirador, y una góndola dispuesta a zarpar para donde la esperan.

Pero la mayor parte de las veces la góndola pasa, pasa, se aleja y se pierde... Y sólo ven nuestros ojos blanquear, a la luz de la luna, un pañuelo que nos dice adiós para siempre, camino de la fatalidad...

VII

Si, tu mano ha tenido hoy para mí crueldades insospechadas y monstruosas...

Tu mano tan frágil que parece pronta a deshacerse, como si fuese de humo, al soplo de un aliento; tu mano de suavidad de ter-

ciopelos y mansedumbres de paloma, se ha trocado ahora en un halcón hambriento.

Ha clavado inmisericordiosa sus garras de acero en mi corazón, estrujándolo avaramente, hasta dejarlo sin una gota de sangre, como una esponja exhausta.

Y mis ojos lo han visto...

Sí, estos ojos que sólo te ven a ti, siempre, de cerca y de lejos, abiertos y cerrados, han llorado en silencio toda la desesperación de su orgullo afrentado en pleno rostro, viendo tu mano entregada, con abandonos de amante, a la caricia frívola e inexpressiva de otras manos vulgarmente curiosas...

¿No sentiste clavarse en tu nuca, hasta abrasar la raíz más honda de tus huesos, la fulminación ardiente y violenta de mis ojos celosos?

¿Desgarró algún puñal tus entrañas?

¿Sentiste en el corazón la mordedura venenosa de un áspid?

Lo cierto es que ahogaste de súbito un débil grito y palideciste como una muerta, y te vi vacilar como si te acometiesen de pronto los temblores de la agonía...

Tu mano, esa divina mano que yo estrecho en sueños y a cuyos dedos he ceñido tantas veces, como sortijas nupciales, todos los rubíes y los granates de mis besos, es con su belleza heráldica como una invitación al deseo de todos los ojos, de todas las manos, de todos los labios...

¡Oh, yo quisiera que esa mano tan bella que nunca puede olvidarse fuese presa

de la lepra más repugnante, para que nadie se atreviese a mirarla, a tocarla, a besarla, más que mis ojos, mis manos y mis labios!

VIII

Esos galantes de cortesanos que te rodean, que espían y se reparten tus sonrisas como joyas hurtadas, que se arrodillan a tu presencia como si fueses un ídolo, que babean de lujuria, siguiendo el rastro de tus perfumes, y palidecen como eunucos bajo la música de tu voz, ¿qué aman en ti sino lo externo y superficial, aquello que no es exclusivamente tuyo, porque es de todos: la Belleza, la Juventud, el prestigio místico de tu Bondad y la virtud milagrosa de tu Inteligencia?

¡Oh ridículos cortesanos, no comprenden que todo cuanto aman en ti es vil y deleznable, anodino y efímero, como los deseos y las esperanzas que despiertas en sus carnes fugaces, agusanadas ya por la Muerte!

Esa belleza tuya, tan suave, tan frágil, tan delicada que reclama el pincel místico de Botticelli, o el mármol puro de Donatello, ¿qué puede durar?

Mañana, un accidente cualquiera, una enfermedad, no dejarán rastro de ella.

Un ácido puede comerse lo que todos anhelan.

La viruela conseguiría hacer desaparecer las líneas impecables de tu busto clásico.

Un cáncer pudiera devorar tus labios y corroer tus ojos, para absorber tu sonrisa y beberse la luz de tu mirada. Y entonces, ¿qué amarían en ti tus cortesanos?

¿Qué verían los espejos que palidecen al copiarte, sino la floración sangrienta y repulsiva de tus llagas? Y esa juventud tuya, tan incitante y tan comunicativa que hasta hace soñar a viejos decrepitos y a los árboles secos con resurrecciones y primaveras imposibles, ¿qué es sino un débil reflejo y una vaga sombra de tu belleza?

Los años arrugarán tu tez, exprimirán tus senos, deformarán tu vientre, adelgazando tus dedos de tal forma que los anillos se caerán de ellos por sí solos, y dejando en tus ojos como dos espejos turbios donde habrá de reflejarse el tedio profundo de la vida sin objeto.

Y entonces, ¿qué harán tus cortesanos? ¿Para qué te servirán tantas joyas y tantas galas como hoy almacenas en tus arcones de cedro tachonados de lises de plata?

Serás como una momia egipcia amortajada en sedas, en perfumes, en púrpuras y en oros.

Y ¿qué decir del prestigio de tu bondad?

Tu bondad sólo pueden amarla los eunucos.

Tu bondad es de todos...

A todos se entrega y se reparte por igual...

Es la gamella pública donde los miserables se comen las sobras de los espléndidos fes-

tines de tu alma. Y tu inteligencia, tu pobre inteligencia de mariposa, que va de flor en flor, libando en todas y sin concretarse en nada, ¿qué es y qué vale, comparada con las grandes inteligencias creadoras, que descienden hasta los abismos más profundos y se elevan hasta los astros, para extraer la suprema y fecunda síntesis de una idea nueva?

¿Acaso tu vivaz inteligencia de golondrina puede mirar cara a cara al sol, sin quemarse, como las águilas?

¿Podría despojarse de todo abrigo carnal, en la soledad de la cumbre más alta, y vivir eternamente, calentando el mármol de su propia estatua? ¿Sería capaz de atravesar los desiertos, sin morir de sed?

¡Oh tus mezquinos cortesanos, sólo aman en ti lo que tienes semejante a ellos, lo superfluo, lo baladí, lo fugitivo, todo lo que está dentro de la órbita del tiempo y del espacio!

¡Cuán diverso es mi amor!

Yo te amo a ti misma por ti misma, sin ningún otro prestigio, sin ningún otro valor.

Adoro lo que tienes más de tuyo, lo que perdura a través de todas las vicisitudes, de todas las evoluciones; lo que hay en ti de inmortal y único: tu alma de elección y de insaciabilidad, que es también como un prolongamiento sonoro de la mía.

Y desprecio tu belleza y tu juventud, y tu bondad y tu inteligencia, porque son comparados con tu alma como sargas y collares

de vidrio frente al oro más puro y las gemas más gloriosas.

Y aunque tu cuerpo sangre como una llaga, aunque la edad te curve como a un ramo seco, aunque te trueques en venenosa como un áspid y en cruel como una hiena, y tu inteligencia descienda hasta el nivel de la de esos cortesanos que se postran y rodean tu trono, yo seguiré amando en ti lo que en ti hay de eterno y de mío.

Y tú, fatalmente, hoy, mañana, dentro de un siglo, aquí, en el infinito, saltando trágicamente por cima de todos los deberes, de todos los obstáculos, en contra de tus propios sentimientos, vendrás a fundirte conmigo, porque sabes que tu altivez de reina sólo puede rendirse ante mi orgullo de Dios.

LA MARCHA DE LAS ANTORCHAS

IX

EN las horas de íntimo recogimiento, en esas horas de suavidad y de encanto, en las cuales mi cámara de poeta se viste de fiesta y se engalana con las flores más ricas del ensueño, para recibir dignamente a la ilusión fastuosa y alucinante de tu recuerdo, con el fervor de un lapidario antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Belkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean en los pebeteros de plata las fragantes y perversas lujurias del Oriente, y la crueldad divina del Amor solloza en las guzlas y suspira en las flautas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi alma en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, zafiros, ama-

tistas, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia por el deseo exasperado, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos, en tu cuello y en tus muslos, el serpentear metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos—toda mi carne y todo mi espíritu—que se enroscan en ti, y te besan y te oprimen y te muerden, en la lujuria infinita de este amor que tiene la destructora voracidad de las llamas.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia—hasta tu alcázar de leyenda—sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica:

Hubo en Thule cierto rey
que a su amada fué constante
hasta el día en que murió...

El relampaguear insolito de estas joyas te hará palidecer de rubor, y llevarte, de súbito, las manos a la castidad de los senos,

cual si de repente te sorprendiesen desnuda, en la transparencia del baño, las miradas violadoras y voraces de todos los sátiros del Deseo...

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.

X

Al aparecer en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fueses la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo.

Deslumbraste mis ojos en una gloriosa tarde de primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el Amor, para un amor inextinguible, que, como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venías pálida de inquietud y de ensueño, como una perla enferma de nostalgia, y bajo el marco floreal y sombrío de tus cabellos

profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos te daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan flúidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes de pliegues nobles y tonos claros armonizaban tan justamente la hermética fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia sustancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas: una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce, fatal, profundamente triste y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos crueles.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis huesos, próximos a estallar, y que mis venas y mis ojos van a romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anodamiento infinito, como si todo mi ser se disolviese en Dios.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonríes, siento que las uñas se clavan en mis carnes y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladear la sangre gustase también todas las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, porque eres ágil y lúbrica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto...

XI

A veces creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impassible este do-

lor brutal que, como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la medula de mi alma.

Una estatua, esculpida en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol a mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

Debes tener en tu corazón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado, todo el veneno de la tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual que esos juguetes que rompen los niños, por curiosidad, para ver lo que tienen dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú no podrías mirar tus manos sin mentir, como lady Macbeth, el horror de la sangre y el remordimiento del crimen.

XII

¿Por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? A tu lado, por ti y para ti, yo segaría con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría

alcazares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaría, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad... Y los héroes más fuertes y los dioses más altivos, se inclinarían a tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de transportarme a la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas, ¿qué va a ser de mí?

La hoja seca a merced del viento, el naufrago entregado a la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van a hacer, lejos de ti, mis ojos, estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarte algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas, será como si me arrancasen las retinas.

Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la oscuridad, como dos huermanitos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué va a ser de mis manos, de estas pobres manos que sólo viven para las tuyas, para soñarte, para acariciarte y para convencer a mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin ti, sin tus manos, las mías son como

dos miseros tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas a dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego?

¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios, que sólo para ti se mueven y hablan, que sólo para ti y para ti sonríen, concentrando en el panal de tu sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han huído todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo has de dejar a estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud alucinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis manos y mis labios; todo mi espíritu y toda mi carne, anhelante de ti y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y de bello sobre la desolación de la tierra... ¡Por mí, por ti misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida!...

El amor que se va no regresa.

Y si acaso, milagrosamente, torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado, tan otro, que no sólo no podemos reconocerlo, sino que, además, nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente, ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen a

si mismos, viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna:

—¿Y ésta es aquélla?

—¿Y éste es aquél?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancólicamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas.

XIII

Muchas noches, no sólo te presiento en torno mío, sino que te siento y hasta te miro a mi lado vigilando mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, a mi lecho, desnuda de todo pudor, con un perturbador ofrecimiento en los senos turgentes y blancos, una promesa torturadora en los ojos voraces y una invitación paradisíaca en los labios pletóricos de infinito.

Y estremecido de deseo, me alzo del lecho, te tiendo los brazos, te busco, con impacencias de niño, entre los cortinajes, en los ángulos, detrás de las puertas y bajo las sábanas...

Recorro como un loco la casa, llamándote a gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás podré encontrarte, porque no estás fuera de mí sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma...

¿Qué me importa que me ames o no, que seas mía o de otros, si tengo la certidumbre

de que así como tú vives en mí yo vivo también en tus recuerdos inalterable y fatal, como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope a una reina fabulosa, que cruza por donde cruzas, que se pierde contigo en las noches de luna, por las vagas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

¡Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te abandona un momento, y que, cuando la tierra te cubra con su abandono y su olvido impenetrables, se sentará allí a llorarte eternamente sobre la losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de mármol!...

Todo será inútil, todo... Y algún día, acaso las manos de tu amante te ahoguen, al oírte pronunciar, en los espasmos fugitivos del placer, la incoherencia de mi nombre, como yo la pronuncio, a veces, inconscientemente, entre los brazos mercenarios de un amor de alquiler... Porque yo amo tu carne en la carne de todas las mujeres, como también amo la luz de tus ojos en el fulgor de todas las auroras y el perfume de tu aliento en el perfume de todas las flores de la tierra.

. XIV

Yo no os escribo la dulce carta, que mi corazón ha compuesto, como respuesta a vuestras páginas impregnadas de perfume y de luz. De escribiros la tal como la siento, no podría mirarme ya nunca en el espejo, temerosa de verme en su cristal encendida de rubor... Porque hay ciertas cosas que las mujeres no pueden confesar ni a su propia conciencia.

Limitome, por tanto, a agradecer profundamente el regalo imperial de vuestras confidencias.

¿Con qué?... Sólo mi alma lo sabe... Y mi alma es muda, no tanto por respeto a mí misma, como por temor a haceros desgraciado, aún más de lo que sois, con la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción...

¿Podremos esperar que la próxima primavera nos traiga a los dos, como un presente floreal, un nuevo bien que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna que nos haga olvidar todos los dolores sufridos?...

Cuando vengáis a esta tierra de encanto, al arrullo de este mar azul, os diré por qué hoy no puedo soñar vuestro magnífico sueño, por qué hoy debo, rudamente, rechazar

vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía, tan prometedora de felicidad, tan humana y a la par tan divina, que me ha conmovido profundamente.

Pero yo os ruego, a pesar de todo, os ruego, amigo mío, por todo lo que de más santo haya en vuestros recuerdos, que no me olvidéis entre tanto. Es cierto... En mi corazón podriais encontrar las palpitaciones de aquel corazón que tanto amasteis y del que no queda ya ni el polvo de los sepulcros... Si, si, en mis labios podrian reflorar, para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y recordada y añorada eternamente... Y en mis manos y en mis ojos encontraréis también todos los divinos consuelos y todas las humanas felicidades que fueron a perderse en el olvido de la nada...

Es cierto, y yo he tenido que hacerme a mí misma una violencia inaudita para no ver esta visión de paz, para no extender, pronta a vuestro reclamo fraterno, mis brazos fieles de enamorada, a través de los montes y del Océano.

Yo os aseguro la más orgullosa victoria, y le pido a Dios, de rodillas, que derrame sobre vuestra dolorosa soledad el bálsamo de todos los consuelos... Y, ¿por qué no decirlo? ¡Diera hasta la última gota de mi sangre porque mis pequeñas manos inocentes os pudiesen conducir, eternamente, por un camino de sol y de flores, por una senda gloriosa, amplia y llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre!

Enviadme siempre, si esto no os causa

molestia, nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y creed en mi perpetua devoción y en mi sincero entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos acaso estoy más cerca de vos que amante alguna lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís; gracias también por las que aún no me habéis dicho.

¡Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi corazón!

Pero mejor sería que me olvidaseis, que no me escribieseis más, dejando morir tranquila, sin un nuevo anhelo, sin otra nueva esperanza, a esta nueva enferma desahuciada de la felicidad...

Febrero de 19...

XV

¡Oh hermano! ¡Oh hermano! He recibido vuestra carta como una consolación divina en estos días pasados de desolación y de sombra, y vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que quisierais tenerla entre vuestras manos para hacerla palpitar con todas las felicidades de la tierra y extasiarla con todas las paces del cielo...

Sonemos, hermano..., sonemos...

Yo vengo a ti, corazón dolorosamente
asaeteado por el amor...

Venid a mi encuentro...

Dadme rosas y rosas... Las espinas me
han lacerado, impidiéndome caminar...

Venid a mi encuentro... Esplenderán aún
los horizontes de primavera, si yo puedo mi-
rarme en vuestros bellos ojos, como en los
ojos de la fe...

Yo vengo a la patria nueva, para olvidar
los destierros, las nostalgias, todo mi pa-
sado de guerra y de derrotas...

Vengo, imagen de mansedumbre y de
devoción, a prestaros compañía en vuestras
noches de insomnio, a sonreír a vuestros
trabajos, a poner un ramo de humildes vio-
letas sobre vuestra escribanía y dar a vues-
tros labios y a vuestra frente los besos con
que sueñan, porque los han perdido...

Yo sabré ser para vos la amante, la es-
posa, la hermana, la madre y la hija, todos
los amores femeninos del mundo...

Sonemos, hermano mío... Sonriamos a
nuestro sueño. Mirémonos ahora en las al-
mas, para poder después mirarnos mejor en
los rostros...

Ahora es aún invierno, más pronto mar-
zo nos dará la maravilla renovadora de su
sol tibio...

¡Quisiera deciros tantas ternuras, tantas
cosas suaves y dulces!...

Más no puedo aún; no es tiempo toda-
vía...

Estoy enferma..., pavorosa de tomar una

medicina que recrudezca mi mal en vez de aliviarlo...

Tengo miedo de engañarme otra vez, de vivir, de todo lo que me rodea y de lo que puede llegar. Tengo miedo, mucho miedo, de vos y de mí...

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como deseabais... Tengo miedo, os repito...

Recordadme siempre, ¡oh hermano de arte, hermano de dolor y hermano también de esperanza!, como yo os recuerdo a vos, a vos que podéis ser el amor eterno, la poesía que no pasa, la poesía soberana...

Febrero...

XVI

A veces dialogo con mi alma, y le digo en un fiero arranque de orgullo:

«Alma mía, alma mía: sé fuerte y prosigue tu camino.

»No te detengas a sestear en el oasis. Las flores y las aguas claras quizás escondan tósigos de muerte...

»Alma mía, alma mía, a la sombra de las palmeras sueñas encontrar reposo—aunque sea breve—para tu caminar cansado y errante, y una sonrisa—aún la más leve—para la suerte ignota...

»¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nuevo sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de oro!

» ¡No escuches esas voces de oro! Camina... ¡Cada promesa no encierra más que un nuevo afán!

» Avanza siempre, avanza en el desierto.

» Bajo el sol y el torbellino, avanza siempre serena.

» No quedan rastros en los arenales... El viento borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los débiles...

» Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor!... ¡Alma mía, qué pena!

» ¿Eres tú, pobre alma, quien pide llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante cadena de albas rosas nupciales?

» ¡Alma mía, alma mía; camina, y conoce la verdad desnuda y triste!

» No serán para tí, que eres pobre, ni los besos ni las flores...

» Alma mía, alma mía, que eres como una niña huérfana y tímida, ¡tú no gozarás de nada! La vida es avara, y guarda terriblemente sus dones...

» Alma mía, alma mía, tú morirás sola, sin besos y sin flores...»

¡Os mando estas páginas dolorosas, arrancadas de un pequeño libro donde he ido anotando, pulsación por pulsación, todos los latidos de mi vida!

Marzo...

XVII

¡Oh amigo mío! ¿No ha desgarrado vuestro corazón la última carta que me habéis escrito?

¿Aún pensáis en mí y me recordáis, a pesar del tiempo, la distancia y mi silencio, con la misma poesía e idéntica fe que en aquellos días remotos de ensueños y de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la muerte, y hoy mismo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y materiales. No ha habido prueba por la que yo no haya pasado, ni tortura a la que no haya estado sometida...

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que, después de mirar arder su casa, se sienta sobre las ruínas, entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable de su fortuna...

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi oscura noche.

Pues bien, yo hoy os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los brazos a la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado y cruel...

Mi alma está enferma de ilusión y de cansancio...

Vos, quizá, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo creer en la virtud milagrosa de la vida...

Vuestras promesas pueden ser la salvación...

Yo venzo los mares, yo venzo la distancia y el tiempo, yo venzo el dolor y la muerte, y vengo a hacer florecer en vuestro corazón la augurada y eterna primavera...

¡Quizá, un día, el destino podrá unir nuestras aspiraciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles reales!

¡Quizá nuestras existencias enlutadas no encontrarán la resurrección con que sueñan!

¡Quizá!... Quizá este dolor pueda darnos la alegría, y esta comunión nos indemnizará de todos los afectos perdidos y de todas las esperanzas que huyeron...

Vos lloráis a una dulce mujer tan frágil y tan suave que se perdió en la vida, como una sombra detrás de un cortinaje; yo lloro a un hombre que jamás y que tan sólo amé, en cartas apasionadas...

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que soñé poseer...

Nosotros podemos recordar, conmemorar y enternecernos juntos...

En nuestra vida hay una virgen profundamente amada, que era digna del amor y fue presa de la muerte.

En mi vida hay un desconocido, que ya vive entre los muertos, indigno de todo recuerdo...

Nosotros podemos darnos las manos, podemos caminar unidos, y creer que al final he-

mos de hallar un puerto y un reposo... A él confío la postrera esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden a las vuestras, os las estrechan avaramente, os oprimen, como diciéndoos en su mudo lenguaje:

—¡Volved a conducir a mi pobre alma desterrada a su reino de amor y de paz!

¿Podréis abandonarme en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo a esta misera moribunda del ideal, que lo necesita, no sólo para sostenerse, sino también para olvidar, por un instante tan sólo, todos los viles prosaismos de la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse a cerrar los ojos, de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento.

¡Es el único sorbo de agua que el destino ha concedido y puede conceder a la sed insaciable de mis desiertos espirituales!

¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida, que hasta de vos llego a desconfiar...

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

¡Necesito oíros, veros con estos ojos que sueñan con los vuestros perennemente, palparos con estas manos que solamente por vos alientan, para convencerme de que no sois también, como todo, una quimera, una sombra intangible!

¡Decidme, sí, decidme, y repetídmelo en todos los tonos y a todas horas, que vues-

tro sentimiento por esta ignota será mas fuerte que todas las alegrías y que todos los dolores!

Enero...

XVIII

Amigo mío, no he contestado antes a vuestra larga y afectuosa carta, porque tenía el ánimo demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una poesía que creí había de conducir-me a la más alta felicidad y al más glorioso porvenir... Mas no hablemos de esto... Vos estáis aún en plena convalecencia, y es un verdadero crimen decirnos que la vida es triste, que la traición es el único visitante de los corazones entusiastas y sencillos que, para nosotros, los soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces y flores.

¡Oh amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia de los campos andaluces y de los mares latinos!...

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto donde jamás llegue un motivo de esperanza, ni aun pase la sombra de un hombre...

¡Oh ignoto, oh lejano amigo! ¡Yo sonrío a todas las dulces promesas que me hacéis, y me enorgullece que esta correspondencia se mantenga firme en el tiempo y a través de

todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la reciproca consolación de su ternura inagotable!

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que os inspire mi amistad; florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá a estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovencita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovencita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul, con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca, que le traiga el mensaje de la fortuna.

¡Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas.

Marzo...

XIX

Hoy te envié una cosa muy bella, ¿no sabes, alma mía?

Te envié lo más santo y puro de mi alma... con una golondrina...

Un beso muy grande, inmenso, infinito...
¡Qué divino fué aquello!... ¡Si hubieses visto!

Estaba repasando la lección de piano a mis hermanas, en una habitación muy chiquitita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan a las niñas, cuando se entró por el balcón abierto, a la tarde, un pájaro, plando, chillando, que aleteó entre las flores de mi propio sombrero...

¡Qué alegría! ¡Qué risa!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete...

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Palmoteábamos de contento...

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido, como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

Se quiso escapar por un espejo... Y cayó en

mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato...

¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

No me atrevía a mover los dedos, temerosa de hacerle mal...

¡Si vieras cómo temblaba entre mis manos!

Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena...

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos!...

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul de abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos, sin lastimarla, un collar, con un lazo alrededor del cuello...

Luego, las niñas la besaron en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce que, con el alma entera, le pedí llegase a tus labios...

¡Abrí los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió al verla escapar, piando feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¡Quién sabe!...

Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro...

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una

ansiedad tan angustiosa, que senti por mis mejillas resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas...

¿Llegará a ti?

¿Llamará con su ala a tus cristales, como diciéndote: «Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?»

¿Pasará, volando por tu lado, dejando en el aire que respiras, mi beso?

¡Alma mía, mira tú siempre a todas las golondrinas que pasen; y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más fina y la más esbelta, ésa es la mía, mejor dicho, la nuestra! Verás cómo ella también te reconoce...

¡Le hablé yo tanto de ti en aquel momento inolvidable en que palpitaba entre mis manos!

¡Qué no hubiera yo dado por poderme reducir, por haberme convertido en una cosa muy pequeña para abrazarme a sus alas y volar, y volar, a través de los mares y de los montes, hasta tu soledad y tu tristeza, y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidades, en delicadeza!...

Ama a las golondrinas, siquiera en recuerdo de esta que te llevó lo más puro y santo de mi ser.

Abril de 19...

XX

Después de una semana de angustia espantosa, de incertidumbre mortal, recibo noticias tuyas, una carta que derrama en mi alma la más inefable de las alegrías...

Ayer te escribí una carta de negruras, de pesares...

Estaba el día cenizoso, impregnado de una poesía helada que se me entró en el alma, deshaciéndose allí en una lluvia de lágrimas...

¡Qué tristeza da esta lluvia, este frío que se infiltra en los huesos, que parece llegar a nosotros con ansias de muerte, extenuándonos, torturándonos, amortajando nuestra imaginación con no sé qué presentimientos de próximas descomposiciones!...

Nuestra boca siente la humedad de la tierra mojada, y parece que respiramos el aire de un sepulcro...

¿Qué terror nos domina? ¿Qué fantasmas terribles nos amenazan en esta semioscuridad preñada de miedos?

Sentimos anhelos de gritar, de pedir socorro, de huir, y terminamos resignándonos a lo inevitable, a una agonía lenta y fría, como la lluvia que resbala por los cristales y extiende sus crespones de niebla sobre el llano...

Ayer, fué espantoso. Deseaba morir, re-

nunciar a todo, entre aquellas dolorosas convulsiones que retorcían, destrozándoles, mi alma y mi cuerpo...

Pero hoy, esa misma lluvia y esa misma luz enferma y nostálgica, que lo emplomiza todo, en vez de desesperarme, de martirizarme, me dan una divina languidez de fuego, que me hace morir, doblarme desfallecida, pálida y temblando de amor, sobre tu recuerdo...

¡Amor mio, será divino ver la lluvia, estando a tu lado, escondida entre tus brazos, con la cabeza refugiada sobre tu hombro!

¿Cuándo apagará el rumor de la lluvia el rumor de tus besos?

Vuelvo a escribirte, después de dos horas larguísimas y terribles, de una visita abrumadora.

Vuelvo a ti, ávida, loca, a abrazarme a tu recuerdo, a tu imagen, a tu fantasma. Yo no sé qué es esto que me acomete a veces... Es un delirio, un vértigo, un ansia inexplicable...

Siento como si se abriera mi cuerpo y saliera mi alma a extenderse con su locura por todo el Universo, a subir, a elevarse al infinito, y, luego, inmensa, engrandecida, llegara a ti, a ser tu esclava, a morir a tus pies..., a tus brazos, a tu boca...

Yo no sé si soy buena o si soy mala, si sé, si ignoro, si vivo, si muero... Yo no sé nada, pero sé que te adoro, que muero de ti y por ti...

Fuiste mío, eres mío, serás mío, fatalmente mío, porque tu alma es esta que siento palpar en la mía, porque tu corazón es este que oigo latir en mi pecho...

Octubre...

XXI

Te envió el rizo prometido.

Vacilaba mandártelo. ¿Sabes por qué? Me parece mezquino, indigno de tus manos, de tus ojos, de tus labios.

Antes tenía yo el cabello muy bonito, más claro, más brillante y más largo, que me hubiese servido de manto.

A veces me entristezco al mirarme al espejo. Ya no me sonrío como antes. No. Me da rabia, vergüenza de mí. No me creo lo suficientemente bella para aprisionar en mi rostro tu atención, para recrear constantemente tus ojos con una fiesta de belleza.

Yo quisiera ser una mujer extraordinaria, maravillosa, dotada de todas las perfecciones del alma y del cuerpo, inteligentísima, de una belleza suprema, para que fueses el dueño absoluto de cuanto grande hubiese en el mundo, todo reunido y exaltado en mí.

Sólo tengo mi alma, mi pobre alma, que se entrega a ti, con sus ternuras, sus delirios, con todo lo que posee.

Mi alma que te adora, que te adora mu-

riéndose de amor, muriéndose nostálgica de tus besos, de tu cariño, de ti... Te escribo con un ansia loca, como nunca, poniendo en cada palabra pedazos de mis entrañas.

He soñado contigo esta noche... No sé qué... Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Pero debió de ser algo muy dulce y muy bello, porque mi hermanita dice que, cuando entró esta mañana a despertarme, yo sonreía... ¡Cuánto he sufrido estos días, amor mío, cuánto he sufrido!

Creí que huías de mí, que me abandonabas; y los pensamientos más terribles se aferraban a mi alma, destrozándola... ¡Era como una pobre corza en un cubil de leones hambrientos!

Pensé destruir mi vida, destruirla enérgicamente, de un golpe, para siempre... ¿Qué iba yo a hacer en la vida sin ti?

Sin ti, la existencia es tan insoportable, tan tremenda y brutalmente fatigosa, que me pesa, que me aplasta, que me aniquila, en una tortura fatal y plena.

Sufro; me muero; me muero sin ti; sin tu cariño, sin tus caricias...

Ven, ven por mí... Ten valor... Vuela: atraviesa los mares, el tiempo, el infinito, todo, y ven por mí... Llévame contigo, donde tú estés, a la gloria, al infierno, donde sea, a sufrir contigo, a gozar, a ser dichosa siendo tu esclava, plegándome a ti, convirtiéndome en tu sombra, en el aire que respire, en algo tuyo...

Yo no quiero estar tan lejos de ti. No quiero estar, no puedo estar sin verte.

Yo haré por ti las mayores abnegaciones, las heroicidades supremas.

Te daré todas mis energías, toda mi fortaleza, todas las delicadezas de mi alma... Viviré para ti, ayudándote, animándote, siendo tu consuelo, tu amparo. ¿Qué cruz no resistirán mis hombros? ¿Qué abrojos no pisarán mis plantas, si siento en mis manos el calor de las tuyas, si puedo verme en tus ojos y oír tu voz?

Tú me amarás; sí, me amarás mucho, infinitamente. Me darás un amor desmesurado, como el mío, inmenso, que te haga estallar el pecho como a mí, que te trastorne, que te embriague y te enloquezca, como a mí.

Ven, ven, dime que me amas así, como nadie amó. Dímelo... No me mientas nunca... ¡Si tú me engañases, moriría de desesperación, troncharías mi vida!...

¡Oh, sería cruel, cruelísimo! ¡Desgarrarías mi pobre alma, mi pobre alma que tú mismo has despertado, y ante la cual has abierto horizontes infinitos de ternura!... ¡Sería una infamia inaudita!... Y mira, oye, esto que voy a decirte muy bajito. Aun así y todo, te adoraría, moriría sin una queja, bendiciendo tu nombre, besándole, al escaparse por mis labios, con el último aliento de mi vida.

Agosto...

XXII

Hoy estoy mejor, mucho mejor.

Te envió una sonrisa, una caricia... ¡Y tantas cosas de mi corazón!

Sonríeme tú también. ¿Por qué nosotros mismos hemos de angustiarnos? Ya que nadie nos consuela, consolémonos nosotros. Ya voy renaciendo, poco a poco, pero renaciendo al fin. Quiero apartar de mí tanta cosa terrible, tanta cosa como quiere destruirme, hundiéndome para siempre en el vacío, en la nada. ¿No es verdad que sería muy triste que yo me deshiciese, que desapareciese para siempre, llevándome en los labios este beso ávido, que es la entrada de toda mi alma y de mi vida?

¿Por qué morir? Es pronto aún. Yo retengo con ansia—quiero retenerlas—la esperanza en mi alma y la salud en mi cuerpo, como el que se aprieta los bordes de una herida por donde se le escapa la sangre...

Quiero conservarlas para ti.

¡Si vieras cómo lucho! ¡Son tantos y tan grandes los golpes que en la sombra me asesinan! Pero no temas. En el fondo de mi ternura hay algo vigoroso, algo salvaje e indomable, que sabrá unirse a tu alma, que la alentará, que la avivará, que la sostendrá en esta lucha...

Tú me has encontrado ya medio muerta, al venir. Enterrada toda mi fortaleza entre desdichas y adversidades, ¿qué iba a hacer?

Llegaste otra vez a ser mi visión. Te veía de nuevo sin forma real, como una cosa soñada. Quería atraer a mi espíritu tu imagen y no podía. Se había esfumado completamente. No te recordaba de carne. Sólo tus ojos, una mirada tuya se reproducía alguna vez en mí, sacudiéndome. Y al mirarte a mi lado, al sentir tu contacto, al tocarte con mis manos febriles, me has aturdido, me has dejado el alma y los ojos llenos de asombro. No sé qué te he dicho, ni sé lo que he hecho. Me has parecido una mentira, una burla de alguien contra esta pobre alma que enloqueció de esperarte. Y ansiando acercarme te huía; y ansiando hablarte me ahogaba el tumulto de palabras que acudían a mis labios...

¡Morir! ¿Por qué morir? ¡Si aún no hemos vivido la vida bella, la nuestra, la que nos reserva el Destino, tras de tantas violencias, después de tantas tiranías!...

No te abatas, no te desalientes. Soy yo, tu Amada, la que está ante ti, sonriendo, sonriendo. Toma de mis labios esa sonrisa de esperanza. Es tuya. Es tuya como todo lo que en mí hay digno de pertenecerte. Yo te haré feliz, muy feliz, el más feliz de los mortales. Tú mereces una felicidad suprema, inmensa, sin límites, única como tu alma, y como ella infinita.

Todo cuanto sueñas, cuanto pida tu espí-

ritu insaciable, todo te lo daré yo. Perdóname, perdóname. Yo quisiera decirte todo esto que me enloquece, este tumulto de ideas, palabras y sentimientos que me asfixia, pero no puedo... Y hay momentos en que me siento morir... ¡Qué frío, qué frío todo para expresar el fuego que llevo dentro! Me exalto, me quedo suspensa, extraña a todo, absorta, paralizada de tanto sentir, helada de tanto arder... No puedo, no puedo... Esto es tan grande, tan grande, que ya no sabe salir fuera de mis labios, y me ahoga, me ahoga... ¡Ten piedad de mí!

Julio...

XXIII

¿Qué hubieras tú hecho, al verme de improviso penetrar en tu estancia, al sentirme abrazada a tu cuello, besándote, besándote en la boca, en los ojos, en la frente, en esa frente que yo ansío coronar con mis besos, con estos besos tenues, largos, de ensueño, que guardan mis labios avaramente para ella sólo?

Estos besos que salen de mi alma y ascienden por mis labios, despacio, muy despacio, adormeciéndome el cuerpo, besos de reposo y de paz, tan callados como una muerte.

¿No sueñas tú también con unas horas tranquilas de silencio, en que yo dé a tu frente un beso de vaguedad y de misterio,

un beso de hermanos, y tú me beses también lentamente, en los ojos, y que luego, sin hablar y sin besarnos, se digan nuestras almas unas cosas muy extrañas y muy hondas, lo que jamás se dijeron porque las palabras son pobres y las miradas expresivas?

Yo sueño siempre, en mi soledad, con esa sorpresa y con esos besos. Y a veces, suspendo mi labor o interrumpo un estudio en el piano, y quedo extática, con los ojos muy abiertos y sin ver nada, inmóvil, soñando estos bellos sueños de felicidad y de encanto.

Junio...

XXIV

¡Qué crueldad, amor mío, la del Destino contra nosotros! Tú no sabes cómo me han puesto el alma... Pero no quiero atormentarte con mis lamentaciones... Sólo, sí, muerta de dolor, agotada de fuerzas, rendida ya de sufrir, mi alma te grita, a pesar de todo, que es tuya, únicamente tuya, que te ama, que te amará siempre, por cima de todos los obstáculos y de todas las vicisitudes.

Tuya, tuya, en alma y en cuerpo; ser tuya, en tu alma y en tus brazos...

Tú también, ¿por qué tú también has sido cruel conmigo?

¡Qué horrible lo que oí de tus labios! Tus

palabras se han ceñido a mi corazón y los están ahogando. Parece que tienen dientes y me trituran vorazmente las entrañas.

«Tú no eres; tú no eres... Me he equivocado... Creí hallar en ti a la mujer superior, a la Unica, y sólo he encontrado un poco de ternura... y nada más.»

Tengo que decírtelo para que sufras, para que te estremezcas de remordimiento al pensar en tu crueldad.

Mas perdóname, perdóname. Es verdad, es verdad. Yo no he sido para ti lo que soy, la que seré. Estaba espantada, acosada constantemente.

Tras de mis sonrisas, tras de mis silencios, te he ocultado muchas, muchísimas lágrimas...

Perdóname.

Yo soy, yo quiero creer que soy la que tú has soñado, la que tú amas, la que tú ansías, la que sonreirá feliz, un día, entre tus brazos.

Quiero ahuyentar estas sombras negras, que me envuelven, y pensar en la Esperanza. Quiero sonreírte siempre, desde lejos, ya que no puedo hacerlo a tu lado.

Respiro ahora algo tuyo, algo que tú has dejado, guardándome a mi alrededor. En estos muebles, en estos cuadros, en el aire, en todo, respiro como tu perfume, y todo me parece más bello, más alegre, porque tú lo has visto, porque tú lo has tocado.

¡Cuánto debo haberte hecho sufrir con mis esquivances! Ahora, al recordarlo, me da una pena inmensa... Mas no me guardes

rencor, que yo te lo pagaré, te lo pagaré espléndidamente, en una cuenta de felicidad que no se acabará nunca. Estoy sola. Ya van a dar las doce, la hora en que yo te esperaba, contando los segundos...

¡Qué angustia y qué vacío sin ti!

Desde que te dieron su último adiós, mis labios están cerrados. No he vuelto a hablar a nadie. ¡Si vieras anoche qué horas tan terribles, más desoladas!

Estábamos a oscuras, con el balcón abierto, sin que ninguno nos atreviésemos a hablar. El silencio hacía daño.

De pronto sonaron unas músicas en la calle, y todos se agolparon al balcón.

Yo, ahogada de pena, dejé caer mi cabeza en la falda de mi madre, que estaba junto a mí. Y la pobre, sin decirme nada, me acarició los cabellos y la frente, me acarició despacio, lentamente, comprendiendo acaso algo de lo que pasaba por mi alma...

Y las músicas seguían a lo largo de la calle, en la tristeza primaveral de la noche, perfumando el silencio de una infinita y dulce melancolía...

Amor non torna più...

Septiembre...

XXV

¿Por qué tú estás enfermo y yo lejos de ti?

¿Cómo habrás pasado esta noche, que ha sido la más larga y angustiosa de mi vida?

¡Qué pena verte marchar tan enfermo y tan solo, a donde no hallarás más que manos mercenarias que te cuiden de mala gana!

¡Qué noche de inquietud y de desesperación, sin poder llegar a ti, a tu lecho tan triste, y darte la salud y la alegría, con mis besos, con mi alma, con mi sangre toda!

¡Cómo te hubiera yo cuidado, cómo te hubiese tomado entre mis brazos, como a un pobre niño enfermo, apretándote en ellos muy dulcemente, muy suavemente, para no molestarte, para no hacerte daño!... Y muchos besos, muy chiquitos, en tus ojos, en tus labios, en tu frente. Y pasaría, despacito, muy despacito por tus mejillas las mías...

Yo pienso siempre acariciarte así... Ya ves, me acaricio la cara creyendo que eres tú quien me la acaricia, y entorno los ojos, y mis manos me parecen las tuyas, y me hablo, me digo muchas ternezas, y mi voz semeja tu voz...

¡Oh, cómo desearía estar realmente en-

tre tus brazos, y sentir en mis labios tus besos!...

¡Oh, mi alma, cerrar los ojos y morir sintiéndolos!... ¡Cómo deseo tus caricias! ¡Tus caricias suaves, muy dulces y muy tenues, y tus caricias locas, salvajes, que me destrocen y me maten!

¡Ya verás, ya verás cómo sé amarte! ¡Tú verás con qué amor y con qué orgullo se abren para ti, de par en par, toda mi alma y todo mi cuerpo!...

¡Tú no sabes el martirio mío de todas las noches, sin llegar a decirte tanta cosa como sube a mis labios, tanta cosa como muere ahogada, sin darte la felicidad suprema de escucharla! Yo no sé qué me pasa... Me molesta oír mi voz. Yo te lo diría todo al oído, o en tus brazos..., sí, sí, en tus brazos, apretándome mucho a tus labios, a toda tu ser; y a veces también a tus ojos, sólo a tus ojos...

¡Qué tristeza, aún no me he visto en ellos!

No hagas tú caso cuando me enfade... Son bobadas, mimoserías... Tú me contentas, ¿sabes? A mí me gustará enfadarme mucho, para que tú me digas cosas y me contentes. Y cuando estemos juntos, para que me cojas en brazos y me des muchos besos como a una niña consentida. Yo te castigaré a ti también a besitos... ¡Verás qué buena soy contigo y cómo disipo todas las penas de tu vida!

Yo sonreiré siempre, siempre, para que tú

no sufras nunca.

Confía en mi cariño, en mi corazón, que sabrá encerrarte en un sueño eterno de felicidad. El tendrá para ti todos los amores que no hallaste en la vida. Yo seré tu madre, tu hermana, tu amante. Todo.

Tolérame tú a mí un poco. Ve quitándome con tu dulzura, con tu amor, todas mis rarezas. Yo seré dócil y buena, si mi docilidad y mi bondad te agradan...

Soy la masa de cera entre tus manos... Tú puedes modelarme como desees.

Octubre...

XXVI

Yo no sé... Pasaste junto a mi alma, como un sueño fugitivo... Y aun no sé si tu amor fué una realidad o una quimera.

Me parece mentira tanta dicha. Esto es enormemente maravilloso para una mísera vida desesperanzada.

¡Qué pena tu ausencia!... Pero no podemos estar juntos. Sería plena y perfecta la felicidad, y nos está vedada.

Esto es horrible, sin embargo. Yo no vivo, no duermo; estoy realmente enferma; me estoy muriendo... Es una postración, un decaimiento de fuerzas que me tiene consumida.

No puedo vivir, ni aun sufrir sin ti...

Te quiero como eres, bueno o malo, pero siempre tú: el soñado. Tú eres mi dueño,

mi rey, mi Dios. Por ti comprendo todos los fanatismos y hasta todos los crímenes.

¡Qué felicidad ser tuya, ser amada por ti, vivir de tu misma vida en tu propia alma!...

Te adoro, te adoro... Te lo repito, enloquecida, a tus retratos, a tus cartas, a tu sombra que me persigue, que me busca siempre... ¡Y si vieras! De noche, cuando voy adormeciéndome con las cartas en la mano y tu retrato sobre mi corazón, creo que tu alma viene a mí y me acaricia y me besa muy suavemente; y me duermo sonriendo, con tu nombre en mis labios...

Y tú, ¿no sientes también, entre sueños, el roce de mi boca, que es tuya, que te dice adiós, cerrándote los ojos dulcemente? Yo pienso que no podré resistir la divina realidad de estas quimeras, que me matará tanta ventura, que sólo al volver a verte moriré...

¡Verte, verte, verte siempre a todas horas, no separarme jamás de ti!... ¿Cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuándo? ¿Cuándo?

Noviembre...

XXVII

¿Eres un fantasma? ¿Este amor ha sido un bello sueño? Un sueño, ¿nada más? Y tantas bellas palabras, tantas lágrimas, tan-

tos besos, ¿no serán sólo ilusiones, notas dispersas de una música que oímos en sueños? ¿En dónde estás? ¿En dónde? ¿Has existido, existes aún?... No lo sé... No lo sé...

Mi vida sangra por todos sus poros... No hay sitio en mi cuerpo y en toda mi alma donde no se abra una herida... Adiós... Eres lo fatal, lo irremediable... Y te digo adiós, en la seguridad de que hoy mismo, quizá, acaso mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, volveré a encontrarte, y, a pesar de todo, volveré a ser tu esclava, algo más tuyo que el alfiler de tu corbata y la sortija de tus dedos.

Diciembre...

COMENTARIO

AL azar he copiado estos fragmentos de dos diarios íntimos, tan íntimos, que dudo se hayan escrito alguna vez en la realidad.

Notas incoherentes... ¿Acaso la incoherencia no es la forma más sincera de la sinceridad?

¿Quién los inspiró? ¿Una mujer o varias mujeres?

Una y todas: la mujer.

Todas las mujeres no son más que el camino que el amor recorre en busca de la Única.

A través de la carne perseguimos siempre un alma: y al besar una boca, aun la más bella, aspiramos respirar en sus besos el perfume lejano que nos impregna interiormente... Recuerdo, acaso, de algo que fué nuestro, o presentimiento de algo que deberá serlo...

El amor no es más que la nostalgia de una felicidad que perdimos, y que anhelamos encontrar en todo, aun en la misma Naturaleza.

Esta historia no fué escrita para nadie, y

Sus protagonistas no tienen nombre...
¡Que cada enamorado les dé el suyo y que cada uno ponga algo de su propia vida, en estas páginas, para poder entender el oculto sentido de esta historia, que es la eterna, verdadera y única historia del amor!

FIN DE
«LA MARCHA DE LAS ANTORCHAS»

ZARZA FLORIDA (*)

(NOVELA GRIEGA)

(*) En ediciones posteriores a la primera, el autor publicó esta misma obra con el título de *El milagro de los rosas*.
Diputación de América — Biblioteca. Novelas Completas., p.

AL EXCMO. SEÑOR
DON GABRIEL MAURA
HOMENAJE DE ADMIRACIÓN Y DE RESPETO

EL AUTOR.

Madrid, abril 1908.

ZARZA FLORIDA

I

LA cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas.

La frescura musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, en pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchando sacudían las largas crines blancas, y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajo las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros, y el vaho cálido que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tirios, acostumbrados a las aclamaciones triunfales en el estadio de Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser uncidos por el cincel de Milón al carro de Helios sobre los frisos dóricos del templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, e inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecía, a lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad. Pero su alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frenéticas.

Los corceles de detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al Templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa, en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron a la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo a Dioscoro, su liberto:

—¿Y Lais?

—Está cumpliendo sus votos. Ella misma condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al claror del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateridas de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, en la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, a grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas, ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes, azulaban, con reflejos marinos de turquesa, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical, golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderes de frutas y amuletos ensordecían el aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturía monótona.

A veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de la carga. Los torsos desnudos sangraban al sol, bajo el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos etíopes, verdaderos hércules de basalto, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se aproximó a Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió a los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huído de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada a orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados, y, abandonando el rebaño que sesteaba a la sombra de un bosque de encinas, regresaron a la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo a caer exánimes al pie de la estatua de Zeus, en la celda del Partenón.

—¡Los dioses se van!—gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo la influencia monoteísta de las cosmogonías orientales.

—¡Los dioses se van!—gemían los oráculos de Cumas y de Eritrea.

—¡Los dioses se van!—repetían las Pitonisas, lívidas como agonizantes, retorciéndose en las últimas convulsiones de su locura sagrada.

Y este mismo grito fatal y agorero, repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perseguían en las aguas, en los campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

Las mismas costumbres se resistían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y ojos de niños: ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes.

como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druidico de sus bosques.

Dyonisios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la senil impotencia de su pueblo para resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros flúidos de un lejano mediodía primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto a la vieja fuente que brotaba a la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grácil cuerpo adolescente, que avanzaba majestuoso, como al son de una lira, con un ánfora de cobre a la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre las hojas sonoras de un cañaveral húmedo de rocío:

—Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rocas que recibieron las últimas lágrimas de Safo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

—¿Y estás contenta?

—Como los ruiseñores enjaulados. Nací grie-

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó de conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente, vestida con su propia desnudez, fué a llamar a las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

—Tómame... Soy tuya...

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus pechos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercanía de los templos y bajo los naranjos de los muelles.

II

En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.

Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestía tosco sayal ceniciento, y al hablar, las manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

—Atenienses—decía—vivís de supersticiones. Mas en vuestro santuario, también se alza un altar con esta inscripción:

«Al Dios no conocido.»

Yo os hablo en nombre de esa Divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

¿Por qué, pues, buscáis a Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

El está, sin embargo, dentro de nosotros.

En El vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmola-ción de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable a sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

El está en todas partes, y desde su trono

de nubes se inclinará para escucharnos, si semejantes a los niños llenos de fe y de confianza, le decimos:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...»

La voz del extranjero se elevaba cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Dyonisios preguntó a Dioscoro:

—¿Quién es ese hombre?

—Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea a quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Areópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervorosos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad a los esclavos, y vestida de pieles se retiró a los montes a hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas a su paso.

En Filipos, con una sola palabra, lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que le poseía. Y a Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de am-

bas piernas, que sentado a la puerta de la casa, lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo:

—¡Levántate y anda!...

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad a abrazarse a sus rodillas.

Las gentes gritaron:

—¡Dioses semejantes a hombres han bajado a la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron a aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores.

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen: gente infecta y despreciable.

El pretor le ha amenazado con echarle a palos de la ciudad si promueve algún disturbio.

Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dyonisios. Se apoyó en una columna, dispuesto a continuar escuchando:

—Vengo a anunciaros la Verdad.

El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquel que vino a la tierra a morir por nosotros.

El acento del extranjero parecía poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones y los asnos cargados de frutas, para mezclarse entre los oyentes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba, ahora, de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara a la sombra geórgica de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

Explicaba uno por uno todos los milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa:

—El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del Templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron a llamar familiarmente a la puerta de sus hogares.

Después se puso a referir su historia.

Fué encargado por el Sanedrín de Jerusalén de perseguir a los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

—Mas aconteció que yendo un día a Damasco, de repente, a la hora en que el sol brillaba más en el cenit, una luz del cielo envolvió mi camino.

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo.

Mi caballo, espantado, se encabritó, y cai desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba:

—¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

Y la duce figura de Jesús de Nazaret apa-

reció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, a suspirar:

—¡ Señor! ¿Qué debo hacer?

—Levántate y marcha a Damasco.

De manos de mis compañeros entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.

El silencio era tan profundo que se oía el aletear de las palomas que en blancas bandadas cruzaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja seca que la brisa hacía revolotear sobre la muchedumbre.

Pablo proseguía.

Anunciaba la resurrección de la carne, prediciendo un reinado de amor y paz sobre la tierra:

—¡ Ni esclavos ni señores! ¡ Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor!

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotando el sutil velo de gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos sobre la nuca por largo alfiler de plata, ceñían su cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, coronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunescos.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una cigarra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peñaños, resucitaba la euritmia y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo, entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo en sus lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrenda, a los pies de la aparición gloriosa.

Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

—¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Embellece con tus ojos nuestras mercancías! ¡Ennoblécelas con el contacto de tus manos!...

Y los vendedores, agrupados en torno de

ella, pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas; resinas y gomas de la Arabia, y abanicos de plumas de avestruz.

A lo lejos seguía resonando la voz del Apóstol con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar a sus ojos impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando a Lais en sus brazos la condujo, en un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacían arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en la exaltación suprema del deseo.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron a galope por la amplia vía de laurel y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua

de Minerva que, vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.

III

Celebrábanse las grandes Panateneas.

En la orgía luminosa y cálida del sol estival, las amplias vías engalanadas con arcos de triunfo y ramos de mirto, eran como las vivas arterias de aquel desbordante mar humano que se precipitaba, clamoroso, desde las cien puertas de la ciudad, hasta las estribaciones de la Acrópolis, invadiéndolo todo con el tumulto ensordecedor de sus voces.

Los mármoles de las estatuas y de los frontispicios atemperaban las violencias de la luz cenital, el claro azul del cielo y el verde brillante de los jardines, con los trémulos reflejos de su olímpica blancura.

El aire era una fiesta de perfumes: de mirra quemada sobre trípodes de bronce, de óleos, de flores, y de frutos maduros.

Una persistente y sorda marea de gritos y canciones, rodar de carros, gemidos de cítaras y sollozos de flautas, ascendía hasta el azul. Y a veces, las nubes de polvo, proyectaban sobre la movible policromía de las ágoras, las sombras fugitivas de su vuelo gigantesco.

Dyonisios, desde la terraza de sus jardines, contemplaba aquel incesante desfile de la muchedumbre que, con sus gritos y sus carre-

ras frenéticas, profanaba la solemne majestad de la fiesta, la más piadosa de todas cuantas celebraba la ciudad en honor de su Divinidad Protectora.

—Dyonisios, por Palas ¿qué mal pensamiento enarca tus cejas semejantes a las del Padre Zeus cuando vibra el rayo contra los Titanes, mientras la Victoria refrena el ímpetu de los corceles sagrados, tendiendo al viento la gloriosa movilidad de sus alas?

Dyonisios alzó la frente.

—¡Polignoto! ¡Que los dioses bendigan estos ojos que te vuelven a ver después de tanto tiempo!

Y estrechando al recién llegado contra su pecho, continuó:

—¿Cuándo llegaste de Roma?

—Al amanecer atracó la galera de Lisipo de Samos al puerto de Falera. Y gracias a Minerva puedo contemplar de nuevo su ciudad en el día más espléndido de sus fiestas. Colgué mis exvotos en los altares de los dioses marinos, y vine en tu busca.

Se alejaron conversando por los floridos laberintos.

A través de los ramajes se veía pasar la muchedumbre, en un relampagueo fascinante de joyas y de metales, en un deslumbramiento fugitivo de colores y velos flotantes.

—¡Los dioses se van!—continuaba Polignoto—. Y nosotros nos vamos con ellos. Estamos irremediablemente perdidos.

Nuestro ardor, la fiebre de juventud y de vida que nos poseía, nos obligó a expandirnos por el mundo, y perdimos, con nuestra

concentración, la fuerza primordial, la virtud más heroica de nuestra sangre.

La proa de nuestras naves abrieron nuevos surcos en todos los océanos; no hay un palmo de tierra que sandalias griegas no hayan pisado en señal de dominio.

Señalamos nuevos vértices al pensamiento, y ante el mundo entero, atónito de admiración, hicimos surgir del fondo de las olas, en su carro de nácar conducido por las palomas y custodiado por los delfines, la apoteosis triunfal de la Belleza, la eterna madre del Amor.

Mas ¿qué importa que nuestro Pensamiento y nuestro Arte floten sobre todos los naufragios del Tiempo, si ya no nos pertenecen?

Dimos a los bárbaros todo cuanto poseíamos.

Envejecimos prematuramente. El ansia de investigar el porqué de las cosas, acabó con la antigua fe. Y hoy nuestros templos y nuestros dioses son como cosas inútiles que nos legaron los abuelos, y que nosotros conservamos sólo por respeto a los muertos. Queda en los labios el nombre de las Divinidades, pero su símbolo ha muerto en nuestro corazón.

Hasta el culto de los Héroes se va extinguiendo, como las brasas de un fuego sagrado que nadie aviva. Los poetas prosiguen cantándolos, pero nadie los imita ya. En nuestra tierra se están secando los laureles.

Roma, más joven, más fuerte, recoge nuestra herencia y con el poder de sus armas do-

mina el mundo. Pero Roma es bárbara. Bajo su túnica griega late siempre su corazón de loba. Unció a los más poderosos monarcas de Oriente a su carro de triunfo, pero el Oriente penetró también en su corazón como un veneno infeccioso.

A la antigua sobriedad de Triptolemo que sólo abandona la esteva y empuña la espada cuando el enemigo invade sus campos, sucedió una agresiva embriaguez de rapacidades y conquistas.

El valor se transforma en crueldad.

El mismo pueblo, acostumbrado ya a vivir de los botines de la guerra y de la magnanimidad de los triunfadores, olvida sus derechos, y sólo pide, aullando en torno del palacio de los césares, ¡pan y circo!

Sus fiestas no tienen ni la gracia ni la belleza de nuestros juegos.

Los atletas no luchan desnudos, sin más armas que el vigor de los músculos y la celeridad de sus movimientos, para obtener en la carrera o gladiando, el ramo triunfal de encina, y añadir un nuevo trofeo a las glorias de su ciudad nativa.

Combaten armados, con encarnizamiento de fieras famélicas que a dentelladas se disputan la presa, hasta caer desangrándose, en estudiados gestos de histriones, ante la impávida indiferencia del César y el entusiasmo frenético de los espectadores.

Nada, sin embargo, más hostil a nuestra sensibilidad como las fiestas circenses.

Asistí al circo un bello día primaveral.

En las magnificencias de la luz se esculpían

nítidamente las figuras con relieves fulgurantes.

En el aire, tibio de sol, se insinuaba ya un fresco perfume a cálices recién abiertos, brotes tiernos, hierbas húmedas y jardines en flor. El incesante gorjear de los pájaros parecía envolvernos en cálidas caricias de nido.

Las turbas se agolpaban, gritando y gesticulando, en torno a las puertas de bronce, en un oleaje encrespado y tumultuario de colores, de cabezas ululantes y puños crispados. Invadían las anchas graderías de pómido labrado, en un violento triunfo de color, aullando de entusiasmo, como hienas que husmean en las brisas cargadas de desolación y de noche, el acre olor a sangre de las matanzas nocturnas.

Las cráteras de vino corrían, hasta agotarse, de boca en boca.

Los brazos se alzaban tremantes, como en la locura de la embriaguez, y las miradas, ardiendo de deseos, apuñaleaban el espacio, buscando entre las gradas, en las tribunas, en el sol, en el azul y en el aire, senos desnudos donde posarse, labios abiertos en que saciar su sed infinita de lujuria.

Los heraldos hicieron sonar sus largas trompetas de plata.

Hubo una pausa de silencio.

Estalló un círculo de vítores. La pálida figura del César, envuelta en un manto amatista bordado de águilas de oro, apareció en la tribuna, rodeado de familiares y pretorianos.

Tomó asiento bajo un dosel de púrpura constelado de gemas, cuyo importe bastaría

para atender a las necesidades de todo un pueblo. Luego aparecieron las cítaridas, las flautistas y las vestales. Y por último, los poetas, ceñidos de laurel, entre cuyos dedos temblaban las cuerdas de plata de las tortugas apolíneas.

El aire era una fascinación de luz: una cálida pesadilla de oro, púrpura y azul vibrantes.

Flameaban los mantos; espejeaban las corazas y las armas bruñidas; relámpagos de iris fulgían de los metales y de las piedras preciosas.

Un agudo perfume de lujuria primaveral lo invadía todo; parecía ascender como sangre febril y encelada por las venas del silencio y del éter hasta el corazón humano.

En los rostros ardía la misma expectación; igual deseo sangriento florecía en todos los labios, y en los puños crispados y en las voces estentóreas temblaba una misma impaciencia.

Bajo mi manto sentía crepitar la sangre hasta retorcerme las venas, y mis dedos se clavaban en la carne en un encorvamiento de garras.

De repente se abrió de par en par la amplia puerta de bronce, y un coro de adolescentes, de vírgenes y de ancianos, invadió, lentamente, con la blancura de sus trajes y la suavidad de sus cantos la candente soledad de la arena.

La multitud aullaba de júbilo; les tendía los brazos, increpándoles, presintiendo ya la suprema voluptuosidad de la matanza.

El coro avanzaba, salmodiando estrofas de una belleza moral única. Las figuras se apretaban las unas contra las otras, como para esconderse de la voracidad de las miradas.

Rostros de una expresión inefable, como sólo se ven en las antiguas estatuas de los dioses.

Se arrodillaron en mitad del circo, y con los ojos y las manos tendidas al cielo, continuaron sus salmodias, ajenos a cuanto les rodeaba.

Mi corazón se conmovió ante la dulzura de aquellas voces que deben ser como las últimas que las Parcas cortan en la garganta de los moribundos.

—¡Son los cristianos!—murmuró Menandro de Abdera, el célebre filósofo estoico—. Criaturas de bondad y de fervor que estos bárbaros se empeñan en exterminar, porque predicán el amor a Dios, el respeto a las leyes y la igualdad entre los hombres.

Y su voz era queda, temerosa del fino oído de un delator.

Frente a mí se destacaba el bello perfil de una doncella, de actitud tan noble y tan casta, que me hizo pensar en la Pallas Atenea que el divino Fídias cinceló en oro para eternizar el triunfo de nuestras armas contra los persas.

Y mi pecho que ha recibido impávido, seguro en su experiencia, todas las flechas de Eros y todos los mensajes de las palomas de la diosa, se sintió de pronto traspasado ante la armonía suprema de aquella figura virginal, ante la nobleza del rostro y la ter-

nura de aquellos ojos inmóviles, como petrificados en una férvida adoración interior.

No eran deseos, no.

Hubiera querido transportarla en una galea empavesada hasta la ciudad; armarla del casco y de la lanza de oro que Cleomones cinceló para la Minerva del Partenón, y colocarla después sobre un plinto de mármol pentélico, en el sagrario de mi casa, como una estatua viva de la Eterna Virgen.

Ante ella hubieran ardido las mirras de todas las adoraciones. Y el humo de los más puros sacrificios perfumaría constantemente su templo.

A mi lado, Menandro, palidecía también contemplándola.

—Es una de las más nobles hijas de Roma—murmuró a mi oído—. Sus manos eran las más hábiles para tañer harpas y derramar el oro sobre los necesitados. Sus ojos hechos al fausto de los palacios y al brillo de los gemas, han derramado bálsamos de consuelo sobre las miserias más sórdidas, sobre las úlceras más repugnantes. Es una flor de bondad y de gracia que va a dar su perfume a los cielos, después de haber agotado sobre la tierra el rocío de sus ternuras. Pura y sabia como la Minerva que protege tu ciudad.

Un grito formidable estremeció el espacio: las palomas que se arrullaban en los frisos de las columnatas, huyeron espantadas, dejando un temblor de sombras fugitivas sobre el luminoso entusiasmo de la fiesta. Parecieron posarse un instante sobre el grupo de cristianos y acariciarlos con sus alas.

Se alzaron las compuertas de los cubiles, y olfateando, erizadas y enormes, aparecieron las cabezas de los leones, de los tigres, de las panteras, de todos los monstruos del desierto.

El pueblo entero se alzó de sus asientos, ávido de no perder ni el más insignificante detalle, y quedóse un instante suspenso, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en las fieras, mientras los cristianos, sin preocuparse, continuaban de rodillas, entonando con voz cada vez más sonora las alabanzas de su Dios.

El César acababa de apurar, indiferente, una ancha copa de vino espumoso.

Las fieras avanzaron cautelosamente, erizados los lomos, azotando los ijares con las colas vibrátiles, desentumeciendo la elástica vivacidad de sus miembros ágiles y fuertes.

Se quedaron un instante inmóviles, atónitas, con las fauces y las pupilas abiertas a la luz, y un rugido pavoroso saludó al sol.

El circo era un ciclopeo corazón palpitante de angustiosa ansiedad.

Los cristianos continuaban salmodiando sus alabanzas.

Las fieras gruñían sordamente. Bajo la piel constelada de sol, se transparentaba el móvil relieve de los músculos tremantes.

Un trigre saltó, por fin, sobre los cristianos y un raudal escarlata humeó bajo sus garras.

La ansiedad de la multitud estalló en un clamor único.

Las fieras, al olfatear la sangre, rugieron

ferozmente, y como poseídas por un instantáneo vértigo de destrucción, se precipitaron sobre el grupo.

Se oía el seco crujir de los huesos triturados entre los dientes voraces; el desgarrarse de las carnes bajo las zarpas violentas.

Continuaba ascendiendo el cántico sagrado, cada vez más sonoro, dominando los rugidos, los ayes y hasta las ruidosas exclamaciones de las multitud, que ya en plena orgía de sangre, increpaba con los más soeces denuestos a las víctimas, azuzando la voracidad de las bestias con agudos silbidos estridentes.

La doncella continuaba arrodillada, con las manos unidas sobre el pecho, los ojos fijos en la altura y los cabellos flotantes como un manto de sol por la espalda, semejantes a esos simulacros de la Piedad que los escultores cincelan en los monumentos funerarios.

Un león mostraba entre sus colmillos sangrientos pedazos de entrañas aún palpitantes.

Sacudió las crines y saltó sobre la virgen, y la carne inmaculada floreció como un lirio sangriento entre los jirones de la túnica.

La muchedumbre, ebria de lujuria, quería violar con sus ojos aquella intacta desnudez sanguineante. Y la carne virginal se estremecía, más roja de rubor que de sangre.

De pronto, Menandro, lívido y desencajado, descendió a la arena, y su pequeño manto de filósofo se interpuso como un velo de pureza entre el cuerpo desnudo y la voracidad violadora de las miradas.

—¡Una víctima voluntaria!—clamaba la muchedumbre.

Yo no pude ver.

Sali del circo febril. Sentía en los labios un acre sabor de sangre, y ante mis ojos ascendía, como el humo de un sacrificio, el vaho cálido y purpúreo de la matanza.

Mi corazón, que oyó sin inmutarse el silbar de los venablos, aún tiembla de espanto al recuerdo de aquella escena.

Una nueva fe parece despertar en las conciencias. Fe tan poderosa que lleva a morir, sonriendo, a los niños y a las doncellas.

¿No recuerdas aquellas admirables máximas morales que nos legaron Sócrates y Platón?

En ellas se apoyan los nuevos creyentes, y los ojos verán otra vez sobre la tierra prodigios y milagros.

Se habían alejado hasta el centro del jardín. Como un rumor de colmena llegaba hasta ellos los clamores de la multitud jubilosa.

Bajo el pórtico de un templete, vestida de blanco, sin más adornos que las cintas de púrpura que ajustaban las sandalias y le trenzaban los cabellos, Lais daba trigo a las palomas.

En el fondo blanco de los mármoles, resplandecía el sol como en un escudo de plata.

En la quietud del aire se deshojaba el último perfume de las rosas, y parejas de golondrinas herían el azul con sus fugitivas saetas de sombra.

El gemido lejano de una cítera temblaba entre las hojas de los altos laureles.

IV

Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclinos, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enjovadas las ambiguas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo la gasa de los velos.

Las cíteras gemían extenuadas en un trémolo de besos, y danzarinas orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festivales nocturnos del dios de los pámpanos, o la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos robustos de los faunos sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía inmóvil, reclinado en su rico lecho de marfil y sándalo, extraño a todo, como un somnábulo extraviado en las profusas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y de armonía, enjovadas con su propia belleza, se enredaron en una caricia de suavidad a sus cabellos, y las sintió temblar, después, deslizándose

como serpientes de tentación y de fiebre a lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las linfas al sol: ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdores de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta cerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sangrando besos, como los bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacárea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la ayidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos, cargados de manillas de oro, resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse a su cuello, invitándole a apurar sobre las erectas magnolias de los senos el licor sagrado que da la vida y que a veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dyonisios se clavaron en las hondas pupilas absorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron a cerrarse para continuar mirando en su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente y, curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados herméticos, maternalmente, como si

fuesen los de un niño enfermo a quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas clásicas de la Belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el policromo mosaico del pavimento.

Se daba a sí mismo la sensación de ser alguna de aquellas viejas momias enfajadas de ungüentos que en sus viajes al país de los faraones había visto tantas veces presidiendo los más equívocos y encandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como a través de altas aguas turbias.

Y a veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo dromo a su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

Los esclavos cambiaban las últimas coronas a los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos enguirnaldados de narcisos, escanciaban con bellos gestos escultóricos, en frágiles vasos corintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los trípodes de plata oxidada subía el humo azulado de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los surtidores refrescaba la pesadez del aire, mientras la lluvia de pétalos de rosa descen-

día de los velarios de seda, cada vez más suaves, en un revuelo acariciante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dionisiaca, envuelto en una túnica de púrpura franjeada de oro, pesada y suntuosa como la de un sátrapa, con los brazos, las piernas y las orejas agobiadas de ajorcas y pendientes, levantándose perezosamente sobre el codo, dijo de pronto a Licino, célebre filósofo cínico, que en el lecho cercano se rascaba la áspera y punzante maraña de las barbas:

—¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, desgredado, descalzo y sin túnica?

—Porque así me encuentro bien. Tengo lo preciso. A mis pies les basta con la tierra que pisan, y a mi carne, con este manto raído y agujereado como el de uno de esos mendigos que te asaltan por las tardes, en la vía de los perfumistas y junto al muro de cerámica, inquietándote con la exhibición de sus llagas y con la implorante salmodia de sus súplicas. Mas ¿crees, por ventura, que mi cuerpo está más deteriorado que el tuyo?

—No. Pero rechaza inútilmente todos los dones que los buenos dioses prodigan, a manos llenas, sobre los mortales para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera, las arrojase a los perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

—No desprecio nada. Mas no soy como vosotros, que amáis lo superfluo sobre todas las cosas y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles a llevar colgadas del cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidades que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que a Hércules y a Teseo les obligó la necesidad a ir sin más vestidos que las pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, a su lado, sentían el acre y potente olor a macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas caricias del inmundo Diógenes a los refinamientos del elegante Aristipes.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardes que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles de Alejandria y de Corinto, y a la entrada de la puerta de Difilo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

A fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no existen escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como los hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, impertinentes como niños y lacrimosos como plañideras.

En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de los procónsules. Y desde la cima del Capitolio la loba romana, señora del mundo, se ríe despectivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de soñistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades. Incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis a aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba, le preguntó:

—¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura:

—¡Donde ésta quiera!

—¡Que no grazne más ese grajo!—interrumpió la voz áspera de un comensal.

Dorión le arrojó una ostra y Glycera el pedazo de melón que tenía entre los dientes.

Licino sorbióse filosóficamente la ostra y terminó de apurar la raja de melón.

—¡A bañar a ese perro sarnoso! ¡A bañarle!—vociferó Glycera.

Y las cortesanas, desgredadas, con los senos colgando por encima de las túnicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre filósofo, dispuestas a consumir la amenaza en algún pletórico tonel.

El misero Licino se revolvió ridículamente entre aquellas manos ávidas y febriles, que le estrujaban, arrancándole a jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su áspero pecho de jabalí y sus lanudas patas de chivo.

Dyonisios, que había escuchado las palabras del filósofo como si fuesen el eco de sus propios pensamientos, se levantó rápido a socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consiguió arrebatarse a las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenesí de la danza, yacían inmóviles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de címbalos rotos.

Algunas teas se consumían arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de pájaros errantes que vagasen aturdidos en el aire buscando por dónde escapar.

La última perla de la clepsydra marcó la medianoche.

V

Después de la fiesta, cuando las literas de los últimos convidados se perdieron a la luz humeante de las antorchas entre los árboles del jardín, Dyonisios sintió un intenso deseo de soledad y, evadiendo las caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado en su propia patria; Grecia era para él una inmensa necrópolis.

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron a inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas a Roma para adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba a aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor a Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana a la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo aiboreaba en su espíritu, confusamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro, en el sopor de la siesta, junto a los surtidores borboteantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista atónica, acabó por subyugarle, adormeciéndole en un ensueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce, la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín, entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones, que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba a veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dyonisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible le despertara.

La oscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un ruiseñor cantaba a lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hondamente que permaneció largo tiempo inmóvil, como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche, surgió de nuevo ante su estupefacción la imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal, que florecía luminoso bajo el milagro estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envolviendo a Dyonisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois, comparados con los eternos goces del espíritu?

El vió claramente la aparición; había sentido en sus sienes calenturientas la misericordia de las manos taladradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aún en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolverle en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz

misteriosa, y la claridad deslumbrante que le señalaron un nuevo rumbo, y creyó que también a él una mano de luz le indicaba el camino en medio de la noche oscura de su alma.

Saltó del lecho, ávido de afirmar o desvanecer aquel ensueño, y mandó a sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

—Llevalde—dijo—las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

—Señor—exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un viejo esclavo galileo—: Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza y sólo acepta lo indispensable: un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te llevaré al lugar donde congrega sus fieles: en un extremo de la ciudad, bajo los plátanos del Illiso...

Dyonisios partió con el siervo.

El tráfico empezaba a despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al Pireo, canturreando obscenidades y abrazados a la cintura de viejas prostitutas, cuyos flácidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atra-

vesaban las plazas, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían a veces ojos cargados de voluptuosidad, o pálidas manos enjoradas que se inclinaban para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendo sus barracas o descargaban largas recuas de asnos, mientras los recueros desinflaban a grandes tragos felpudas odres de piel.

En una encrucijada, sombreada de mirtos, la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneados de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumecían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monótono y repiqueteante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodes de bronce, braseros de incienso, y las guirnaldas que festoneaban sus puertas pa-

recian revivir milagrosamente en la frescura matutina.

A orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

A lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la ciudad al procónsul romano.

VI

Fuente de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismo plátanos donde un día volaron las palomas a picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruido, hablaba a la muchedumbre.

Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo: en los vallados de los pomares y de los huertos, en las cercas de los jardines y en los bosques de laureles y de adelfas, entre los cuales serpenteaba la plateada corriente del río.

Un perfume intenso a naranjos y limones maduros, mezclado con el vaho húmedo de la tierra mojada y los lejanos efluvios sali-

nos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisiós se detuvo un momento.

A su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sordidos traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes, rameras envejecidas en su oficio, cuyos senos, flácidos, colgaban por encima de las túnicas descoloridas, como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros, que bajo las escamas de sus corazas relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paráliticos, entre los cuales se veía a veces, apoyada sobre el tronco de un árbol, la austera silueta de algún filósofo... Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto a las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisiós sintió una viva ansia de regresar a la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apoyándose en el pedestal de una estatua mutilada se dispuso a escuchar.

Pablo, en medio de un coro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las

parábolas que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino:

—Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora en el hombro, regresaban cantando de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Galilea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba movibles sombras sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos iba a Belén, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbi de Galilea, tan amigo de los niños, a quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob curar con el solo bálsamo de sus palabras a un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra oscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas centecientas flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

«Sé generoso—decía—, pero no humilles al desvalido con tu generosidad.»

«Cuando des limosna, no mandes tocar de-

lante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.»

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes a besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos los labradores le saludaban agitando los brazos:

«¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hosanna al Hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hosanna!... ¡Hosanna!... ¡Hosanna!...»

Jesús continuaba:

«No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan a sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta a los desheredados a la mesa de tu corazón y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves a tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Lloro con él... Esta es la verdadera caridad.»

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños sesteaban a las sombras de las olivas polvorientas.

Un pastor tañía un rabel a compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellas y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron a orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían a pedazos, lívidos y purulentos...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados y tenía además una tienda de perfumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acercándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer, con la

punta de los dedos, sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba a declinar, coronando de rosas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron a dar agua a sus camellos.

El Rabbi avanzó serenamente. Su perfil aguilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...

VII

Dyonisios presentía que algo nuevo iba a florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima a rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, a los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que al soltar un ave a la libertad del vuelo colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia a todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin a tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogí-

miento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, a hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento a los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice o los contornos del cuerpo de las Virgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, a la entrada de un bosque de mirtos, volvió a aparecérselo.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo e intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, a cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban a los hombres y los dioses violaban a las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos, que, semejantes a la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

El, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

Le perseguía constantemente, rozándole a veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole, a orillas del camino, a la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argenti-

nas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacia danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

El, aterrizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse a respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía despiomado en su lecho de piedra. Y así, a fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

VIII

Lais, a la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Las rosas parecían crepitar de fiebre en el hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

A lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel mediodía estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor soñoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino; los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y a lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leona-

ba con manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobrehumanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

A los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por vendimiador a la sombra de los pámpanos injuriantes.

Recorría aún su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al sentir en los senos aquellas manos velludas y pegajosas que exhalaban un agrio olor a mosto.

Cayó de espalda bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío, sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego, su encuentro con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó a su cámara y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis

se esculpía nitidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobranante, como si un presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y a la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho como una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, a solas con su locura, interrogando inútilmente al Destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangrentados por las largas jornadas a través de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales, y cientos de plañideras se desgañitaron en torno de un túmulo digno por su riqueza y grandiosidad de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el

impetu de millares de machos vigorosos. Atenienses de rostro de niños; latinos que palidecían entre sus brazos, hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos, y marineros que le descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban a Afrodita, y no volvían a envidiar a Anquises, amante de la diosa.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente dos braseros de incienso.

Un día, ciega, bajó a la ergástula y se entregó a todos los esclavos.

Cuando la dejaron exánime, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos a las piscinas para alimentar a sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios le enloquecía.

Lo llevaba grabado a fuego en su carne y en su alma.

Le veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía a veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse a su recuerdo en el sueño con la misma impe-

tuosa vehemencia con que se había entregado a sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aún más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmolación de su propia belleza le parecía aún poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuentaron, no encontró uno solo digno de suplantarle.

Los hallaba o demasiado débiles o brutalmente groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dyonisios le perseguían aun en medio de los aturdimientos del placer, irritándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable le sentía correr por sus venas, dilatándose a través de su sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron a florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué a consultar con una hechicera de Telsalia.

Aquel antro removido y húmedo, como una tumba recién abierta, heló su sangre, paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorció en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca, desdentada, contraíase en el furor de las imprecaciones, y su mano esquelética trazaba extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negras serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían, chirriando, entre las ascuas mortecinas, las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento a vísceras quemadas adensaba la pesadez del aire.

En la oscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos, y relucían a veces, como carbunclos, las pupilas fatidicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en vez guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desenrollándose del caduceo, se enroscaron en sus brazos, alargando las achatadas cabezas hasta introducir sus

lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la oscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma:

—Dyonisios vive. Le veo a lo lejos, de rodillas sobre un alto peñasco, orando a un Dios que no es nuestro...

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas.

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un ágape de cristianos.

Entonces Lais comisionó a dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aquellos hombres torvos que, a decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmolando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente las terribles cóleras de su Dios implacable...

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y de pasos precipitados. Y abriéndose camino a través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas a los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

—¡Alégrate, hija de Venus! Dyonisios vive. Las Parcas tejen aún su vida. Un penitente cristiano, a quien hallamos orando al salir el sol en la falda de un monte, nos dió noti-

cias suyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluso un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En la exaltación plena de su alegría estuvo a punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; mas doblaba por lo intenso de aquella emoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse para no caer en el rugoso tronco del rosal centenario. Y así, desnuda, bajo la luz gloriosa, semejaba una floreal estatua de Venus cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado a su culto.

Algunos pétalos, agostados por el sol, descendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de púrpura de la fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos.

Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpar del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la frente de Lais revoloteó una paloma, como si la trajese un mensaje de la diosa.

Lais, sonriente, crédula del augurio, la vió

alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.

IX

Al atardecer del día siguiente, Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos.

Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo.

A veces, turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros que, en un claro del bosque, ladraban a la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aún no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas, ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

A sus brazos y a sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía.

en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendientes de los hombros pieles de pantera, le seguían, agitando sus tirsos florecientes, cuyas pifias de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La tortuga de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, a las caricias sabias de móviles dedos expertos. Y el alma de Pan resucitaba hecha armonía en los registros de las flautas, bajo el aliento cálido de las flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:

—¡Misericordia, Señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos monstruos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestias, transparecían las carnes amadas; y los ojos, todos los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se

escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de su voluntad temblaba, próximo a romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebató, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus flagelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los cabellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse a su cuello, desde profundidades desconocidas, y en su carne resucitaban los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento que hacía pensar en los esfuerzos de los novillos bravios al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía crugir descoyuntado su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El Enemigo espiaba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Los senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y sus pies, al posarse te-

merosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pantera, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno a Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente:

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron a su cuello.

—¡Salve, salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo!—cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, a compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

—¡Salve, salve, Afrodita, madre de Eros, corazón del Olimpo!—contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsos cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos desencajados, en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estremecimientos convulsivos de todos sus miembros se retorció el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó a Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la jauría. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él, suplicante y amorosa, con los brazos tendidos y los ojos húmedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La Naturaleza entera se sobrecogía ante el estupor del milagro.

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un humilde gesto de adoración, hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos se escaparon los tirsos.

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente a los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

FIN DE
«ZARZA FLORIDA»

EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA (*)

(*) En ediciones posteriores a la primera, el autor publicó esta misma obra con el título de *El caballero del milagro*.

EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA

I

EL viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente a las plantas del Santo Ermitaño, narraba con sinceridad y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida; de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo a los más crueles y satánicos cultos del Vicio y del Crimen.

Sus manos, feroces y acerbas de zarpa, se cruzaban ahora sobre el pecho en un ademán suplicante de fervorosa imploración, o se tendían desesperadas al cielo, trémulas y angustiosas en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias parecían abrirse nacies y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran a alborear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada a martillazos sobre el hierro más

duro, pasaban a veces rápidos enternecimientos de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera...

De cuando en cuando se detenía tembloroso y espantado, como si de súbito, a la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen y por primera vez sintieran todo el horror y todo el vacío del tenebroso e insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El Santo Ermitaño, sentado en tosco y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas, y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exangües.

Era flaco, enjuto y retorcido, como si estuviese formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su ser, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con su esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando a la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su in-

terior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpúrea del crepúsculo, en la paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos, floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones y flotantes al viento las luengas guedejas desgrednadas, ascendían en largas filas hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde, entre el verdor húmedo de los álamos, albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte, por las cañadas olorosas y fértiles y a lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados, entre silbos de hondas, balar de corderos, ladridos de mastines y trémulos y musicales desgranamientos de flautas y zampoñas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saúcos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos paseaban lentamente entre ellas, con las manos extendidas derramando bendiciones; ahuyentando, con la santa eficacia de sus conjuros, todas las plagas y to-

dos los maleficios que descienden sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco Cordero, que bala en los puros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles, se claven en vuestras nuca!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue con sus fúlgidos triángulos de luz a las águilas rapaces y a los inmundos quebrantahuesos, cuyas curvas y afiladas uñas, anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellores!

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales aguijones, cuando seesteis a la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastros!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme ni los aludes que ruedan de las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios serafines que custodian las heredades os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por dondequiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbor-

dantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo buenos cristianos, temerosos de Dios, y que vuestros finos vellones, hilados en rucas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe e incienso y abriguen a los humildes de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas, y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperezas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda adoración, se arrodillaban a su paso, abandonando el cayado y la zampona a orillas del sendero para ofrecerles, en ingenuas y devotas actitudes, que evocaban las viejas y piadosas adoraciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su carlanca y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes e irisadas espumas de un torrente que, con

estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres, que se balanceaban como incensarios a los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el Angelus.

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo a la tierra bajo la sombra de sus blancas e inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo mágicas y sobrehumanas sonoridades de laúdes de plata y de arpas de cristal...

Extasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en un desmesurado anhelo de inmensidad, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia...

Manos invisibles de suavidad y de consuelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fierezas y voracidades del deseo; y a su amparo las conciencias se abren para purificarse, como esas flores que sólo dan su fragancia en el misterio de las sombras...

¡Hora solemne y pía... para arrodillarse al borde de los caminos que conducen a los santuarios e inclinar nuestra altivez, hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuimos amasados!

¡Permanecer así, con los labios pegados a ella, respirando su aliento purificador y absorbiendo sus jugos maternos, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojos de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del Santo Ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían a los cielos en la angustia desesperada de una suprema imploración, y la bárbara y rispida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre la adamasquinada coracina, a los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que se gozan a media voz, con bruscos

escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las amplias chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélidas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

A su recuerdo, se despiertan y santiguan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la medianoche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra, el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas a sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos...

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los desesperados estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, a través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes, sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías, saqueadas sin compasión, con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas destilando sangre en la mano y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas rotas; las Sagradas Formas pisoteadas sacrilegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas truncas rebotando sobre la marmórea y maravillosa policromía de los mosaicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y el fervor exaltado de los más hábiles y famosos artifices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre aún cálida y humeante de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ebria de placer y de crimen; y sobre la santidad de los altares, extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro...

Raptos a medianoche, sobre las grupas de salvajes corceles, bañados de sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcían desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, a través de los bosques talados y de las llanuras asoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas a los vientos de la noche, humeaban

entre los resplandores y las chispas del incendio, como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba a cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir a tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el oscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la muerte, que a los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al Destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y a la par tan grotescos, que espantaban...

Cosía a sus enemigos en pieles de ternera recién degollada, y los lanzaba de esta guisa a los montes más inhospitalarios para que sirvieran de presa a las alimañas de los bosques o cazarlos de nuevo con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros, que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en

ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados a su mesa después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba a sus famélicos mastines para que con sus dentelladas hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y tenaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlescamente de las lágrimas, con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del rocoso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águilas, su almenado y fuerte castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mensajeros, descendía hasta el fondo de los valles, como una avalancha, a cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oír su nombre, como si nombrasen a Satanás, o apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata a las mieses o la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos.

Grandes cirios de cera virgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de las arpas y los laúdes, la multitud, arrodillada, cubierta de ceniza como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al Santo Ermitaño, parecían quemarle los labios, con todos los fuegos del infierno...

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria, en un aquellarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenazaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabriendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban en gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún como si fueran recientes, las antiguas heridas...

En la noche atribulada y oscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

—¿Que has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre, a quien él mandara un día, como rico pre-

sente de cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saetazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro fornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

—¡Devuélveme a mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa, a quien arrojó, con una catapulca, la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada, cuando, desarmado, con el gerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió a volar garzas, a los días siguientes de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imagen de una bella y noble infanzona, a la cual su ferocidad había hecho apurar todos los tósigos del infierno.

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole a detenerse espantado, erizado el cabello, sin atreverse a volver el rostro, por miedo a encontrar, espíandole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino.

Muchas veces, en plena orgía, apartó la copa de sus labios, al contemplar su silueta, muda e inmóvil, acurrucada tras un tapiz o como formada por el aliento de algo muy misterioso esfumarse en los borrosos cristales de los amplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora, como siempre, allí, a su lado, igual que se le apareció la vez primera, cuando desmelenada y lívida cruzó el puente del castillo para arrojarse a sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre, un anciano infanzón a quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía con la esperanza de un espléndido rescate, en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que inmortalizaron los ingenuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena.

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y bajo sus negros y ásperos mostachos una sonrisa triunfal dejó al descubierto, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepentimiento sincero, alzó galantemente a la hermosa doncella, y mandó que, libre de grillos y de cadenas y con todos los honores correspondientes a su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado en una especie de solio con dosel blasonado, acostumbraba recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extra-

ñados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano, seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon, en su honor, cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aún tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó a sus sicarios que le encadenasen fuertemente a una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorcia de dolor, a su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó a la hija a la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncocos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...

III

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamias, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero a medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueante y progresivo atublabá y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala para deshojar en el rincón más oscuro y apartado de su castillo las guirnaldas de rosas y de verbenas, que como una evocación de pagánias ornaban sus sienes...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio demoledor y corrosivo como una ponzoña que le impelía a arrojar del lecho a latigazos a la impúdica cortesana o a la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo aterrizado, como si le petrificara el espanto, ep los um-

brales de alguna estancia o en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostiles que le acechaban, puñales desnudos aizados sobre su cuello!

Espectros sangrientos, en cuyas facciones creía adivinar rasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las florestas estremecidas por el viento, el chirriar de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y el silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba, porque creía escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y a medida que su cerebro se iba poblando de pavorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de continuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos sin que el bronce de las campanas les llamase a rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacia muchos meses, a los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas...

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación a besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Des-

de las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamente las ásperas guajaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del yar el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado, que dos bueyes apenas si pudieron transportarle hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces sus manos no habían vuelto a derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano consultó a los más famosos astrólogos: el cielo permanecía mudo a sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvía febrilmente en su lecho, y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresalto súbito y una terrible pesadilla le estremecían de nuevo.

Creía sentir ruido de cadenas, como si monstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle a las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba

del lecho, y empuñando la espada, acuchillaba en las tinieblas a los fantasmas, hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca, sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos delirios, sintió de pronto como si una suave canción que fuese a un tiempo una divina claridad se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdores se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor, con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría, por vez primera, a la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo, y sin más compañía que sus remordimientos, atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas, como atraído por no sabía qué irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña de aquel Santo Ermitaño, del cual se hablaba con profunda veneración en cien leguas a la redonda, afirmando que poseía el bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bálsamo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Redentor antes de depositarle en el Santo Sepulcro.

IV

El Santo Ermitaño le oía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin que la más leve contracción turbase la armónica y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomillo y mejorana, venían de cuando en cuando el eco de las salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de alguna flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavidades de la montaña.

Y del fonde del valle, entre las vagas y dispersas neblinas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular, como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y de los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad!—clamó sordamente el viejo castellano, en sus angustiosas tribulaciones de naufrago, abrazándose desesperadamente como a una suprema y definitiva esperanza a las flacas y sarmentosas rodillas del Ermitaño.

Y en su voz parecía desbordante toda la infinita tristeza humana, en un ansia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó, por fin, su pálida frente. Su larga barba descendió como un torrente de plata a lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocan-

do paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña que parecía venir de otros mundos más serenos, sin que tuviese que atravesar garganta humana:

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que sólo curan las más leves dolencias. Para manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, a aquellos a quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando a las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor, y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito a salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte a ti, por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina sin temores, que la mano del Angel que guió a Tobías te conducirá a través de las tinieblas, hasta la eterna luz de la gloria.

Alimenta con tus propias entrañas la Piedad y el Arrepentimiento, como las madres a los niños encanijados y raquíticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió, en una ansiedad palpitante de esperanza:

—Y ¿qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita, como pidiendo a ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma.

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad del bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió a perfumar de nuevo la paz del momento, con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y a pie como un mendigo, sin más apoyo ni defensa que tu báculo de romero, ni más adorno que las caracolas de tu esclavina y sin otro abrigo que tu burdo sayal de penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las monta-

ñas, vadea los ríos, cruza los desiertos, y ve a arrojarte a los pies del Vicario de Cristo, y sus benditas manos, depositarias de las llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas y harán que vuelva, para siempre, la paz a tu espíritu atormentado.

Y volvió a inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente, como si se hubiesen desplomado sobre ella de pronto todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió a suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena:

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso Ermitaño! ¡No hay salvación! ¿Cómo voy a cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen a Roma? Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos hayan podido contemplar, siquiera a lo lejos, entre el polvo del camino, resplandecer, al sol de la gloriosa mañana, los altos y fuertes muros de la Ciudad Eterna. Esa penitencia es superior a mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el Santo Ermitaño volvió a levantar el rostro, compadecido de aquel pobre ser arrugado por los años y de aquella

alma miserable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo, como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, extático, permaneció orando algunos instantes, mientras el castellano esperaba, sin atreverse a respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció transfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleteó en sus oídos, mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró, rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—, la piedad del Altísimo empieza a manifestarse en tu favor. ¡Lado sea!

Toma este cuenco de madera que me sirve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto. Toma este vaso y encáminate a la fuente, y en cuanto lo veas desbordarse de agua, tus culpas estarán lavadas y podrás regresar tranquilo a tu castillo a esperar, sin temores, tu última hora.

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra a la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano, cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba

ya, como un tembloroso diamante en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras a lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes, que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle...

V

Terminada la oración, empezó a descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del Santo Ermitaño, al abrir de nuevo su corazón a la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años, cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente, sentíase fuerte y ágil, como en aquellos bizarros días de su juventud, en que al frente de sus hombres de armas cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines a ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos, o asaltando, en los caminos de Compostela, a los cortejos de nobles peregrinos que iban a cumplir sus

votos y a dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar a su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matos floridos del camino, hiriéndose a veces en las zarzas, creyendo encontrar entre las rocas revestidas de musgo y acarieladas de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora, cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo a su alma de toda culpa y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor! —exclamó loco de júbilo, al contemplar a la sombra de tres finos y altos álamos, cuyas siluetas gentilíceas se idealizaban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para aliviar la sed de los peregrinos que iban a lle-

var sus votos a la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los belfos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la ancha concha de jaspe se desgranaba como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fugitivas titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados...

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarlo a sus labios, encendidos por la sed ardiente de su espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito a lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano, como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo fué inútil. El vaso estaba vacío... La fuente... seca.

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la había, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas, a los calenturientos beduinos extraviados y enloquecidos por la sed, en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito a sus sentidos, volvió a arrodillarse y a tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aún húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre, y volvió a sonreír a la esperanza.

Los monjes del santuario, ¿sólo dejarían correr sus caños de sol a sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga, agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde, estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adormeciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando a la plata flúida de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.

VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, a orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos a las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíticos, casi esqueleticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue a los rastros en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre.

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de expiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos, para orientarse, por el amplio y magnífico paisaje que a sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisíaco en un

valle primaveral, entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del Santo Ermitaño, sintió su corazón abrirse de nuevo a la esperanza y disiparse, como los vapores de un mal vino después de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!—exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó a descender del valle, en una desenfrenada carrera, como si a la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo más profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera a los verdes e irisados lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, a su presencia, con esos largos y oblicuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cerneirse en los aires las alas del alcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba a jirones en los cactus agudos y punzantes como moharras de lanzas y entre la aspereza espinosa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se estremecían a los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjás, bordeando precipicios, abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un instante, jadeando de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse, en un esfuerzo desesperado, el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por unos instantes la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar al agua a las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar por vez primera en el espejo de la corriente su figura miserable, donde la

edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas que parecían surcos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de espectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luengas barbas y sus cabellos enmarañados.

Aguijoneado por la sed horrible de su espíritu, se inclinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Mas de súbito, como arrebatada el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapareció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y estéril de una barranca desolada.

Y, sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera a romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se podría de sed bajo la modorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado, hirviendo de ansiedad por desbordarse, entre durezas irreducibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, o quizá en el fondo aún opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, desfallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como

la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el Santo Ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabí de Galilea que había amparado a la adúltera, resucitado a Lázaro y redimido, con su perdón y sus palabras, a la hermosa e infatigable pecadora de Magdala...

VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua.

A su paso se secaban las fuentes, cegábase las cisternas, los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba a los cálices de las flores su frescura renovadora y fecunda...

Sus pies sangraban sobre el terruño desbastado, como si anduyese sobre carbones encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirriar entre las voraces llamas de un incendio inextinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquítica y empolvada mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron a lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de su figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones, evocaban a aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera a los labios abrasados del Nazareno la frescura de su cántaro, a la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingenua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y rumores de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—¡Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera! ¡Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto a las águilas que se ciernen en el azul y a los chacaes famélicos que aúllan en las montañas vecinas!

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinándose hacia

adelante las arrogancias de su busto, ofreció, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van a llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres veces la señal de la cruz y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime, sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como un brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran, levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo a la esperanza, al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que le ofrecía, convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, vencida por fin la dureza granítica de la última costa que la encarcelaba, parecía ya próxima a estallar y desbordarse por su alma, para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

VIII

Y comenzó a caminar por las arenas, en busca de aquel mar que se abría a su desfallecida esperanza como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento; tañidos de laúdes y suaves orquestaciones de arpas de cristal y oro, que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados e imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón, como una flor de maravilla que surge en la hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas regueros de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre, y el can-

sancio, y las heridas, y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias de su carne ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrojando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía, como huyendo de la profanación de sus plantas...

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo, y de sus labios lividos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó a su Santo Padre, al morir en la cruz para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente, por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar a sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su vida, surcó sus mejillas, y fué a caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los án-

geles y los serafines, en la apoteosis gloriosa del cielo, agitando sus turibulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas e inmortales palabras de redención:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

FIN DE
«EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA»

RESURRECCION

RESURRECCION

I

ENVUELTOS en la poesía suave y melancólica de un atardecer primaveral, se encontraron de improviso, al descender un escarpado sendero, frente al enigma azul y polifónico del mar latino.

Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas, aquellos luminosos y plácidos momentos en que la felicidad pareció querer cobijarles bajo la fugitiva caricia de sus alas trémulas, en el encanto imborrable de un beso rápido, dado a hurtadillas a la sombra fresca y protectora de los sauces que encauzan el río, o en las fragancias de los recodos floridos de rosas y de jazmines, que sombrean la blancura geórgica del molino.

¡Bellas horas de amor y de confidencias, de ensueños desmesurados y de nobles ambiciones, que dejaron en el fondo de sus almas, al desaparecer para siempre, disipadas por las vicisitudes de la vida, una nostalgia de infinito, un ansia de ternura y una sed insaciable de ideal!

Ambos, al encontrarse de nuevo, se detu-

vieron, profundamente turbados, como ante el milagro de una aparición, y sus manos se estremecieron convulsas, al estrecharse cordialmente, como si en ellas resucitase, más vivo aún, todo el ardor de las antiguas despedidas.

Octavio, inclinándose galantemente, murmuró, casi al oído de Silvia, aterciopelando sus palabras con una dulzura y una suavidad que a él mismo le parecieron extrañas:

—Jamás pensé volver a contemplarte, embelleciendo con tu presencia la soledad augusta de estas remotas playas. Aún dudo si eres en realidad una bella criatura humana, desbordante de juventud y de belleza, o el fantasma de un recuerdo que en estos melancólicos lugares, a la evocación de mi deseo frenético y vivificador, surge de no sé qué confusas y divinas lejanías del olvido.

Y devorándola con los ojos, escudriñando, hasta en lo más profundo de las suaves pupilas amadas, la impresión que le producía aquel encuentro fortuito, permaneció un instante, mudo e inmóvil, petrificado en mitad del sendero, como temeroso de que una palabra o un gesto pudiesen disipar imprudentemente el encanto alado de aquella aparición frágil y tímida, disolviendo la armonía celestial de su belleza en la bruma vaga y temblorosa que humeaba, como un holocausto, del fondo del acantilado, al choque espumoso y glauco de las olas contra la aspereza indómita de los roquedos.

Y Silvia, con la voz débil, desfalleciente,

en un suspiro trémulo de confianza fraterna, empezó a relatar la larga y lamentable historia de su vida: un doloroso y resignado poema de vulgaridades y de miseria cotidianas.

Inconsecuencias de la fortuna: un viaje precipitado a las costas cantábricas; y allá, en las sombrías y frías soledades de un viejo caserón de la montaña, la muerte de la madre, en una noche oscura de tempestad, mientras el viento aullaba en los robledales, haciendo estremecer siniestramente las ventanas desvencijadas y las puertas carcomidas de su solar en ruinas...

Y ella misma, víctima de una penosa enfermedad del pecho, que le hacía más pesada aún la desgracia de su orfandad...

Todo el gris frío y sucio de aquellos cielos parecía ensombrecer su alma, escalofriando a veces su cuerpo con un presentimiento de muerte cercana.

Los médicos le habían enviado a aquellas playas serenas y claras del mediodía, donde transcurrieron las horas más bellas y alegres de su adolescencia, para que se restableciera...

—Y aquí me tienes otra vez, esperando que la vida sana y el calor de esta tierra fecunda devuelvan a mi alma y a mi cuerpo la animación y la salud que ha perdido. Mis ojos necesitan el deshumbramiento de este sol, y mis pulmones el aire cálido de estos valles...

—¿Y no recuerdas?...—se atrevió a susurrar Octavio.

Pero Silvia, grave y serena, haciendo un gesto de silencio y de renunciación, le interrumpió, con una dulzura melancólica:

—¡Paz a los muertos!

Prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aún palpítase la antigua conmoción, esfumándose en el encanto romántico de la hora, con la suavidad de una visión apenas entrevista en sueños.

II

Octavio se quedó pensativo, viéndola alejarse, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y exuberante como una primavera tropical, para morir después en la fatiga y el cansancio de la ausencia prolongada, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica, una saudade vaporosa y dulce de labios frescos, de ojos claros y de manos de seda.

El, en sus luchas diarias con la Naturaleza, permaneció siempre ardiente y entusiasta, vigilando con tenacidad sus fuerzas y sus armas, pronto a la conquista de nuevas metas ideales, enloquecido por la embriaguez del triunfo...

Y aquel casto y puro madrigal de su adolescencia se fué olvidando ante la sonoridad estruendosa de su epopeya de gloria.

Silvia, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con el alma atemorizada y el cuerpo enfermo, dominada sólo por dos deseos vivísimos y contradictorios, paralelamente fuertes y tenaces.

Poder vivir, librarse de la muerte, cuya guadaña sentía a veces helar de espanto su cuello, pero vivir sola con sus recuerdos, haciendo de ellos su único culto, abandonada de todos y de todo, sin anhelar una caricia o un beso, dedicada íntegramente a la contemplación dolorosa de todas las cosas lejanas y dispersas de su vida.

Hacia del dolor su única y suprema aspiración.

Sólo de cuando en cuando un hálito fragante de deseo la agitaba, estremeciéndola hasta en sus vísceras más ocultas, mostrándole todo el mal y toda la gris monotonía de aquella existencia sin ideales.

Y ante su vista turbia y fatigada aparecían entonces, con deslumbramientos de relámpago, los espléndidos y mágicos panoramas de su paraíso perdido, los encantados jardines de Armida, a los cuales debía aspirar de nuevo como a una liberación suprema.

Mas estos espejismos duraban bien poco, volviendo a caer de nuevo en el silencio grave y triste, en la aridez eterna y desolada de sus mudos desiertos espirituales...

¿Quién podría coronar de nuevo, con las más fragantes guirnaldas de la esperanza, el mármol mutilado y estéril de su vida sin objeto?

¿Qué mano podría conducirla otra vez hasta los umbrales de una felicidad imposible?

¿Qué voz resucitaría milagrosamente, en el sepulcro de su corazón, el amor muerto?

Octavio comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud, tan amada por él en otros tiempos y que aún hoy deseaba como una promesa incumplida.

Mas ¿cómo hacerse entender?

¿Cómo atraerla de nuevo al encanto de la vida?

¿Tendría aún las fuerzas necesarias para arrancarla de la oscuridad y el silencio en que se asfixiaba, y mostrarla nuevamente a la plena belleza de las cosas?

De su corta entrevista a orillas del mar, él había sacado una convicción cruel y dolorosa, que le martirizaba, despertando en su corazón todas las hidras venenosas y voraces del remordimiento.

Silvia permanecía indiferente a todo.

Nada le impresionaba. Ni la poesía del mar, ni la grandeza de los altos montes nevados, ni el encanto de las colinas en cuyas faldas florecían, nupcialmente, las fugitivas blancuras de los almendros y de los naranjos.

Al contrario, le había dicho, con una voz muerta a toda esperanza, que aquel espectáculo maravilloso le fatigaba.

Y no era mezquindad de ánimo, no.

Su espíritu estuvo siempre abierto de par en par a la contemplación de todas las cosas grandes y nobles de la tierra y de los cielos.

¿Por qué ahora esta desilusión?

¿Quién había tronchado brutalmente las alas esplendorosas de aquel espíritu ávido de luz, para sumirlo para siempre en la ceguera y en el silencio de la nada?

Y al contemplar sus manos, a los últimos reflejos del sol poniente, sintió de súbito un profundo y violento horror de sí mismo, como si estuviesen teñidas aún por la sangre de algún crimen lejano e irredimido.

Y así, las dos almas sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y, sin embargo, anhelantes de desbordarse de amor en la copa infinita de la vida.

La primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces, de perfumes y de estremecimientos vitales. El aire tenía calideces de nido y las ondas arrullos de tórtola en celada.

Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora, a cuyo son los desiertos de su alma florecerían en un nuevo y divino milagro de amor.

III

Todas las tardes, a la misma hora, volvían a encontrarse, tácitamente, en aquellos mismos lugares, como arrastrados por una fuerza oculta y poderosa, superior a todo el esfuerzo doloroso de sus voluntades exaltadas.

¿Qué nuevas y maravillosas sirenas les atraían, con la fascinación suave y sonora de sus cánticos sobrehumanos, hacia la orilla, apartada y remota de aquel mar eternamente azul y eternamente cambiante, como la viva paradoja de sus almas inquietas y serenas a un mismo tiempo?

¿Qué desenterrados y deslumbrantes tesoros de maravilla buscaban todos los días, en el recogimiento casi místico de aquellos parajes solitarios, donde hasta las aves marinas y los barcos de pesca pasaban a lo lejos, de largo, como respetando la solemne quietud de aquel remanso de paz inefable, de aquel rincón de ensueño, hecho a posta para el éxtasis supremo de las más íntimas confidencias y de las más silenciosas contemplaciones?

Las mismas olas parecían amortiguar sus rumores, idealizándolos en una suavidad de sedas que se rasgan, al besar con la plata flúida y trémula de sus espumas frágiles las arenas de oro, que el crepúsculo enjovaba con sus más profundas y ricas pedrerías.

Antes que declinase el sol, estuviesen donde estuviesen, sentían la necesidad imprescindible y tirana, el anhelo irrefrenable de dirigir sus pasos, como en una santa y piadosa romería, a aquel sendero marino y oculto a toda mirada indiscreta, donde habían vuelto a encontrarse después de tantos años de ausencia.

El abandonaba sus libros o sus bocetos, en el amplio estudio abierto al milagro de

la luz y al perfume salobre del mar; ella dejaba, sobre la mesita de laca, colocada frente al mirador, desde donde sus pupilas se extasiaban ante los fértiles y pródigos panoramas del valle, los encajes de la labor recién comenzada.

Se encontraban siempre en lo alto de la senda. Descendían lentamente hasta la playa, y allí, sentados, al amparo de unas rocas, conversaban con familiaridades infantiles.

Pero sus almas, sus pobres almas tenaces y crueles por tantas fatigas y sufrimientos como las habían trabajado y endurecido, no dejaban transparentar, ni por un momento, en sus palabras o en sus gestos, la voracidad del incendio interior que las consumía, devorándolas hasta en sus más ocultas raíces.

Hablaban siempre de cosas indiferentes o lejanas: de las próximas cosechas, del estado floreciente de sus cortijos de la sierra y de sus haciendas del valle, de los ganados que pastoreaban en las fértiles riberas del río; de la paz y el sosiego de aquel pueblecillo de labriegos y de pescadores...

A veces evocaban las épocas remotas y felices de su infancia, cuando correteaban, bajo la vigilancia materna, por los senderos del soto, o entre los laberintos del jardín, buscando nidos o cazando mariposas.

El la narraba, a media voz, sus grandes amarguras de luchador infatigable, sus gloriosos esfuerzos por domar las rebeldías tenaces de la piedra, para infundir alma eter-

na a la materia perecedera e inerte, siempre solo en su estudio, allá en la ciudad amarilla y febril, lejos de la Naturaleza, empeñado en crearla a fuerza de cincel y de martillo.

Ella le conmovía con el relato gris y nebuloso de sus horas de orfandad, vacías de todo afecto, encerrada como una reclusa en la vieja casona solariega, sin más cuidados que las mercenarias atenciones de una antigua criada.

Mas los dos evitaban cuidadosamente hablar de su adolescencia, sobre todo de aquellos días en los que en el silencio nocturno, bajo la blanca comunión de la luna, se juraron amor eterno, a través de las rejas floridas de nardos y de jazmines, mientras los ruiseñores desfallecían en un trino de cristal en los granados y en los naranjos de los huertos.

Sólo en las pausas de sus diálogos se les veía temblar, agitarse, como estremecidos por un deseo ardiente e impetuoso...

En las comisuras de sus labios contraindos parecían aletear las confesiones de sus almas, próximas a entregarse, a confundirse, en un abandono de sinceridad salvadora.

Pero al romperse de nuevo el silencio, tornaban a recuperar su marmórea inalterabilidad de esfinges, como avergonzados o temerosos de que, por un solo instante, la una pudiese leer en el fondo de la otra la palpitante impaciencia, el ansia desenfrenada de rendirse, de humillarse otra vez bajo la dulce tiranía de aquel amor milagroso, que

como el fénix de la leyenda renacía más fuerte y más bello de sus propias cenizas.

Sus vidas estaban como petrificadas en el recuerdo claro y luminoso de su adolescencia, y todas las amarguras del presente y todas las desgracias que pudiera encerrar su destino futuro, no les interesaban.

Y así, sin querer, en el naufragio vulgar y sórdido de sus existencias desencauzadas, tendían el uno hacia el otro, fatalmente, persiguiéndose y esquivándose, en el esfuerzo inaudito de su esperanza desesperada.

IV

Poco a poco fueron sintiendo la necesidad imperiosa de prolongar aquellas entrevistas, de verse más a menudo, para desahogar, aunque sólo fuera en la charla banal y frívola de sus conversaciones cotidianas, la tormentosa inquietud que agitaba sus corazones.

Ya no les bastaban aquellas confidencias crepusculares, en el recogimiento de la marina, sino que procuraban encontrarse también, por las mañanas, al tornar de misa, en las frondosas alamedas que prestaban sombra al molino; y a veces, Octavio, con gran escándalo de los corros de comadres que cuchicheaban en torno de la fuente, y de las graves tertulias que entretenían sus

ocios en la puerta de la farmacia, penetraba, aprovechando cualquier pretexto, en la vieja casona de Silvia, enclavada con sus fuertes torres y sus murallones de ladrillo, como una fortaleza, en uno de los extremos de la plaza.

Y allí, en aquellos amplios salones, ennoblecidos por los años, tapizados de azul pálido, con sus estrados de damasco rojo y sus grandes consolas doradas y sus cornucopias y miniaturas del siglo XVIII, revivían, en el silencio conventual de las horas, las pasadas alegrías de sus adolescencias.

Cada rincón, cada mueble, los evocaba un antiguo episodio de aquel amor que fué el glorioso y vehemente despertar de sus corazones al encanto exaltador y fecundo de la vida.

Detrás de aquel biombo de seda carmesí, en cuyo fondo de brasas aleteaba triunfalmente un fúlgido bando de cigüeñas de oro, al final de una velada de invierno, mientras sus familias se despedían en torno del hogar, él, todo pálido, con la voz balbuciente y los ojos bajos, temblando de emoción, interrogó por vez primera, con la más divina de las interrogaciones, a la ansiedad de Silvia, y la palabra amor, la santa palabra misteriosa que le hacía desvelar y enrojecer, en sus largas noches de soledad y de fiebre, se escapó por fin, temerosamente, como un leve suspiro, de la virginidad fresca y roja de sus labios.

Al lado de aquel piano, una tarde de soledad y de abandono, ella le confesó tam-

bién su amor, en una lágrima furtiva, mientras sus manos suavemente acariciaban los viejos marfiles del teclado, y la lluvia resbalaba, en un desgarramiento de perlas, sobre los altos cristales de la vidriera emplomada...

Allá, en el descanso de la escalera que desciende hasta el patio, a la luz medrosa y vacilante de la lámpara que ilumina la imagen milagrosa de la Virgen de los Remedios, las manos de los amantes, en un apretón que les hizo vacilar y estremecerse hasta en lo más profundo de sus entrañas, se estrecharon por vez primera...

Y en aquel esbelto mirador de mármol, que cubierto de jazmines y de pasionarias se abre sobre el florido miraje del valle, en la penumbra violeta de un crepúsculo de estío, mientras las campanas saludaban al Angelus y la luna naciente espolvoreaba de plata las cumbres lejanas del monte, sus labios probaron, en una absorción lenta y voraz de alma y de cuerpo, la embriaguez desbordante y única del beso...

Y ahora, recordando todas aquellas dulzuras perdidas, permanecían largos ratos sentados el uno frente al otro, ajenos al presente, en un silencio tácito, apenas interrumpido por el latir ansioso y casi sollozante de sus pechos oprimidos...

En la tribulación de sus almas sólo una palabra podía redimirlos, devolverles de nuevo todas las fuerzas y las alegrías de la vida y hacer florecer, en el sepulcro de sus corazones, la divina ilusión de la esperanza.

Pero sus labios tenaces y duros se negaron a pronunciarla.

Pasaban horas enteras en grandes pausas de silencio sin tener ni el valor de mirarse, como temiendo que pudiera leerse en sus ojos la divina palabra que se negaban obstinadamente a articular sus labios.

Una noche, casualmente, en las penumbras del salón, sus manos, al gesticular, se enlazaron... Silvia dejó escapar un leve sollozo entre la sombra...

--¿Qué te pasa?—suspiró Octavio, aproximándose a la desfalleciente y envolviéndola en los cálidos efluvios de su aliento de fuego...

Y en el trémulo acento de su voz, había como la promesa de una revelación próxima a cumplirse...

El silencio fué a abrir sus labios; una claridad de aurora pareció querer rasgar las tinieblas...

Pero todo volvió a sumirse en un anonadamiento infinito...

Silvia se alzó de repente, y tambaleándose como si estuviese ebria, ordenó a la vieja criada que encendiese las luces de las arandelas antiguas, que lloraban, sobre las vejeces descoloridas del salón, sus largas y oscilantes lágrimas de cristal y oro...

V

Silvia regresa de pasear la irritabilidad de sus nervios por las praderas verdeantes de tomillos, y vuelve con aromas campestres en los volantes de la falda y una calma sangrienta en los pedazos de su corazón, desgarrado por nuevas ansias y por nuevos anhelos.

La primavera empezaba a despuntar en su alma, y sentía el temor y la angustia que hace estremecer a los árboles al sentir la inquietud de los brotes tiernos próximos al milagro del florecimiento.

Se sentó fatigada sobre la fina y olorosa hierba que crece junto a los viejos y ennegrecidos muros de una casita abandonada en el silencio y en la soledad campestres.

Su cabeza, un poco fría en las sienes, se alzó, en un gesto desesperado y mudo de súplica ardiente, a aquel rincón del cielo donde los últimos rayos del sol poniente envolvían en vivos reflejos de oro cálido todo un mundo confuso y embrionario de cosas empalidecidas bajo los soplos postreros de su luz moribunda.

Y permaneció allí, inmóvil, con las manos caídas a lo largo de las rodillas y los ojos siempre fijos en una pequeña estrella que chispeaba, como una lágrima de plata, más allá del tembloroso azul del infinito...

¿Podría, por fin, su ansiedad de virgen impaciente arrancarla de aquel manto de Purísima, para colocarla, como un emblema divino, sobre la marmórea palidez de su frente?... ¿Podría aún su pobre alma de reclusa romper las prisiones donde se marchitaba, y volar libre, por los espacios sin límites, como aquellas aves que se perseguían y se remontaban por los cielos serenos?...

¿Habría llegado el momento propicio para poder recoger en sus manos anhelantes las delicias y los encantos de una nueva ilusión?...

Sentía su corazón desbordante de dulzuras como un panal.

Su misma carne tenía turgencias de poma madura que empieza a entreabrirse, para ofrecer su miel al caminante... Y se alzó pálida, extenuada, de aquel descanso agreste... Y al andar tuvo que apoyarse en el tronco de un almendro florido, porque sus plantas se negaban a sostenerla...

Y allí, reclinada sobre la corteza rugosa del árbol, dejó correr sus lágrimas, en un llanto suave y lento...

Y es que sintió, al oprimir con sus manos ávidas las turbulencias de su seno, latir entre ellas, como un pájaro estremecido, su viejo amor, aquel amor que había sido la única y suprema aspiración de su vida...

VI

Sentía un ansia instintiva de estar sola, de interrogar a su alma, en el silencio y en la soledad de su alcoba. En la gran cocina, la gente de la casa reía a plena garganta en torno de un perro flaco y lanoso, que pirueteaba junto a la amplia chimenea campesina.

Nadie advirtió su presencia, y a tientas llegó en medio de la sala, en cuyo fondo le atraía un espejo con sus ambiguos encantamientos de plata.

Encendió una bujía, y colocándola sobre una vieja consola, dentro de un alto candelabro de plata oxidada, se aproximó, en un impulso de curiosidad irrefrenable.

Mas, de súbito, una misteriosa realidad le obligó a retroceder...

¿Qué secreta y extraña coquetería le había impulsado, en aquella tarde, a apretarse el corsé, a vestirse un claro y vaporoso traje, casi nupcial, y prenderse en el escote y en los cabellos manojos de flores blancas, como si fuese una novia que se encaminaba al altar?...

Largo tiempo contempló avaramente su peinado caprichoso, su pie calzado finamente, su talle esbelto al cual se anudaba una cinta de terciopelo, y sus manos largas, finas y aristocráticas, en cuyos dedos, de una

blancura eucarística, sangraba, con toda la violencia de un deseo, el rojo húmedo y vivo de un rubí de Oriente.

Y triste, con la tristeza que le causaba la admiración de aquella su belleza inútil y estéril, con los ojos a medio cerrar y los labios ligeramente contraídos, ensayó una sonrisa, quizás un poco helada, quizás un poco ardiente...

Estaba tan cerca del espejo, que sin darse cuenta su aliento se extendía sobre la limpidez del cristal como un velo de ilusiones.

Y detrás, y detrás de ese cristal oscurecido, vió borrarse lentamente su figura blanca, huir, esfumarse, no quedando más que un perfil lejano y vago.

Algo invisible le besaba, con largos y audaces besos de fuego, la tersura ebúrnea de su frente infantil.

Algo impreciso enlazaba con anillos de hielo la virginidad pletórica de su cuerpo...

Un miedo extraño de ella misma la invadió, y locamente, furtivamente, corrió como un fantasma al campo silencioso donde la luna esparcía ya, como una promesa, la dulcedumbre de su luz de plata...

Una ancha nube se extendía en medio del azul, semejante a las ramas gigantescas de un árbol ciclópeo sombreando maternalmente los ensueños de un lago tranquilo.

Silvia se detuvo un momento, asustada ante la espantosa serenidad de la Naturaleza.

Mas de repente, todo su frágil cuerpo se estremeció temblando con violentas sacudi-

das; de sus labios crispados se escapó un grito de dolor, que saltando sobre la noche de la tierra, subió a hundirse en el día del cielo...

Y entonces, sus dedos nerviosos y finos, azuzados por insólitas inquietudes, buscaron rabiosamente alguna cosa que desgarrar: las cuerdas de un arpa, de un alma acaso...

Y sus dedos no encontraron más que las flores blancas que adornaban nupcialmente sus cabellos y su escote...

Y lentos, lentos, con una lentitud martirizante y enfermiza, las fueron deshaciendo...

Y los albos y puros pétalos destrozados vuelan sobre su falda, y van a caer sobre la hierba, que en el silencio nocturno parece estremecerse en la angustia de una amargura ignota...

VII

Florece abril en los rosales de los jardines, en los naranjos y en los granados de los huertos y en los almendros de las laderas.

Las nuevas golondrinas trinaban sobre los alambres de los parrales verdeantes, en torno de los caseríos encalados, como vestidos de fiesta para celebrar la primavera.

En las alamedas del molino, entre la melodía alada y fresca de las aguas de los re-

mansos, los ruseñores, ebrios de azul y de sol, entonaban, con sus voces de cristal y de plata la más sonora y suave epifanía de la vida.

De la tierra descendían los aromas campestres del romero y del tomillo; un perfume penetrante y tibio de azucenas, albahaca y nardos silvestres ascendía de las huertas y de los sembrados, y el olor áspero y salino del mar saturaba las brisas.

La Iglesia católica, con toda la pompa pagana de las liturgias, celebraba, en aquella gloriosa mañana de abril, la fiesta de las Palmas.

Silvia y Octavio se encontraron, como impulsados por una mágica coincidencia de sus deseos, en el lugar de su primera entrevista.

Aquel día se habían levantado alegres y exuberantes de entusiasmo como nunca.

Sus ojos y sus labios parecían sonreír a un ensueño, una esperanza que venía en camino por aquellas sendas olorosas a flores y calientes de nidos...

—Mira, Silvia, cómo hoy está azul el mar y cómo el sol resplandece de sereno.

Y el joven, sonriendo suavemente, le indicó con el brazo la glauca e infinita superficie de las aguas, que una leve brisa rizaba de plata y de oro.

—¿No te parece—prosiguió en voz más baja, agitando en la transparencia del aire la esperanza viva y radiante de un ramo de oliva—que hay una perfecta y plena armonía entre todas las cosas exteriores, el sen-

timiento místico de esta fiesta, la exactitud de la hora y todo lo que sienten o debieran sentir nuestros corazones?

Silvia pareció asentir con un leve movimiento de cabeza, y continuó a su lado, mirándole febrilmente, con sus grandes ojos negros, que parecían pasgarse en la contemplación de algo vorazmente deseado y jamás conseguido.

El silencio fué breve; casi un parpadeo.

—Tú—exclamó Octavio, sosteniendo la mirada de ella con la acerada fijeza de sus pupilas dominadoras—, tú estás ya bien. Tus mejillas se encienden con todas las púrpuras de la salud, y hay en tus ojos y en tus labios una como resurrección de la vida. La primavera te ha curado.

—Tienes razón. Todo este verde, todo este azul, y tanta luz y tantas flores, me han restablecido. Parece que un alma nueva anima mi cuerpo...

—Te olvidaste del mar... ¿No te parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció súbitamente, murmurando *sotto voce*, en un estremecimiento de todo su ser, como si estuviesen próximas a estallar sus alas:

—¡Sí!

—El mar es la poesía más bella, la más fuerte, la que más se asemeja a la de nuestras almas, la que más llena nuestros corazones... Es cambiante, voraz, inquieto, arrullador y sereno... Tiene el encanto único y maravilloso de lo que siempre cambia sin dejar de ser lo mismo; de lo que se renue-

va y resucita constantemente... ¿Lo entiendes tú así, Silvia?

—Hoy sí... Acaso porque la fiesta de las Palmas siempre me conmovió profundamente.

Y en su voz había algo que procuraba escapar, huir a la sinceridad de su alma...

Octavio se quedó pálido, humillado en todas sus aspiraciones...

Esperaba otra respuesta, más en armonía con el sentido oculto de sus palabras.

La miró obstinadamente, queriendo profundizar hasta en lo más hondo de su espíritu, penetrarla del fuego que le consumía, del deseo violento y ya irrefrenable de hacerla sentir la antigua conmoción...

Y casi al oído se atrevió a susurrar, en una lentitud desesperada, mordiendo las frases:

—¿Sólo por esto?

Silvia no pudo sostener la mirada ni escuchar tranquila la mordacidad de aquel acento que penetraba como un estilete, esgrimido por una mano cruel y sabia, hasta lo más recóndito de sus entrañas...

Abatida, sin fuerzas ya, bajó la cabeza, sin atreverse a responder...

Pero su actitud resignada, el desfallecimiento de su cuerpo, toda ella, parecía suplicar, pedir arrodillada, con las manos en cruz y los ojos ahogados en lágrimas, una tregua, una pausa, una espera, antes de pronunciar la palabra definitiva, la palabra que había de condenarlos o salvarlos para siempre.

Hubo un sollozo como ahogado por el rumor del mar, y nuevamente silenciosos, oyen-

do sólo el latir de sus corazones, emprendieron el regreso hacia el pueblo, en una ascensión lenta y penosa de desesperanzados.

Y, sin embargo, jamás habían estado tan cerca de la felicidad...

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía espumoso el mar entre las salientes de las rocas y los escollos de los pequeños islotes cubiertos de algas...

Sobre las cabezas destocadas ondeaba un loco júbilo de palmas y ramas de oliva.

Las campanas, en un escándalo alegre de bronces, estremecían los ecos del valle...

Todos los rostros reflejaban en su palidez angustiosa una ansiedad suprema.

Todos parecían esperar algo, con los ojos fijos en las soledades marinas, como espiondo en ellas la sombra suave y santa de aquel dulce Rabbi de Galilea, a cuyo paso se calman las olas, florecen los arenales y en las almas agostadas, en los sepulcros vivientes, resucita, como nuevo Lázaro, la ilusión de la esperanza...

Octavio se aproximó, impulsado por una viva curiosidad y por el interés que a su corazón generoso le inspiraban siempre los humildes, a un grupo de viejos tripulantes de parejas.

—¡Hola, Juan!—le dijo familiarmente a uno de ellos, el más anciano de todos.—¿Qué te pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto abajo a Silvia, a aquella linda señorita, demasiado bien vestida y profundamente orgullosa para mezclarse con la gente del

pueblo y comprender todas las fatigas y todos los dolores de sus vidas trabajadas por la necesidad y la miseria.

—Las parejas del *Rayo* y de *Luis* se han perdido esta mañana entre las nieblas y nadie ha vuelto a saber de ellas. Como el mar estaba picado y hay marejadas de fondo, su tardanza nos preocupa.

—¡Pobres gentes!—exclamó compasivamente Silvia, aproximándose al grupo.

—¿Hay peligro?

—¡Siempre es peligroso dar contra un escollo!—respondió duramente el marinero.

La joven palideció mortificada por lo agresivo de la expresión.

—¡Bien podías—añadió severamente Octavio encarándose con el viejo—tratar con todo el respeto que se merece a esta señorita!

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró a los jóvenes con malicia, y quitándose respetuosamente la barretina, murmuró entre dientes:

—¡Usted perdone, señorita!

Y se perdió entre los suyos, con las manos metidas en los bolsillos, fumando su larga pipa de barro, cuyo humo perdíase, en leves espirales azules, en las vivas y fúlgidas claridades de la mañana.

Los amantes permanecieron unos instantes inmóviles, estremecidos interiormente por la noticia que amenazaba a aquellas miserables vidas entregadas al azar de las olas.

Sus corazones buenos y magnánimos se abrieron a la piedad, y por sus ojos serenos

pasó algo así como la sombra de una lágrima.

Y se miraron sin hablarse, sonriéndose, como satisfechos de atesorar aún, a pesar de todas las vicisitudes de sus existencias errantes y solitarias, incólumes, en el fondo de sus almas, aquel amor y aquellas ternuras para las desgracias ajenas.

¿Cómo era posible que sólo para ellos, para su amor, para su esperanza, estuviesen exhaustos sus corazones?

Se miraron desesperadamente, como interrogándose, en un anhelo infinito de expansión, en un deseo supremo de sinceridad.

Pero la palabra salvadora murió, estrangulada de emoción, en un leve suspiro, entre sus labios abiertos para el beso único y eterno...

Y de nuevo volvieron a la realidad, más pesarosos de su silencio, pero también más resueltos que nunca a continuar apagando en su frialdad de muerte todas las llamas voraces de sus hogueras interiores.

VIII

Parte de la muchedumbre, en un estremecimiento de angustiosa inquietud, se aproximó a la iglesia.

El sacro acto comenzaba, mientras las campanas de la torre mudéjar sonorizaban

la serenidad azul de la hora con el estrépito de plata de sus alegres y vivaces repiques.

Desde el interior del templo, la voz grave y austera de los cantores entonaba:

Gloria laus et honor tibi sit... Rex Christe Redemptor.

El coro repetía con más fuerza, desde la penumbra:

Gloria laus et honor tibi sit...

La muchedumbre se arrodilló en una imploración ferviente.

Todo parecía esperar al gran Redentor de almas y de conciencias, al que había de devolver la esperanza a tantos corazones atribulados.

Silyia y Octavio, arrodillados junto al presbiterio, sentían en el fondo más oscuro de sus conciencias como un divino resplandor auroral...

Ella, sobre todo, parecía dominada por una inquietud extraña y anhelante, que le hacía clavar, de cuando en cuando, la obstinación tenebrosa de sus miradas en la imagen sangrienta y dolorosa del Cristo, que expiraba entre las flores y los cirios del altar mayor...

¡Ah, poder probar ella también esa redención, sentirse comprendida y amada por alguien, en medio de aquella fiesta de música y de bondad de la Naturaleza!

Volvió a mirar desesperadamente a Octavio y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente.

Silvia tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarse en sus brazos, y allí, a la presencia de todo el pueblo arrodillado y ante la imagen de aquel Dios, que murió por el amor de los hombres, gritarle con toda la fuerza expansiva de su voz, contenida entre sus labios tantos y tantos años:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la iglesia continuaron más dulcemente:

*Hí placere tibi, placeat devotio nostra,
Rex bone, Rex clemens, cui bona cuncta placent...*

La voz del órgano, en un desbordado torrente de caudalosas armonías, preludió los compases de una marcha triunfal, haciendo retemblar las altas bóvedas de la capilla e inundando los corazones de una viva y conmovedora alegría.

Las puertas se abrieron de par en par, y los fieles comenzaron a entrar por las naves, salmodiando:

Cum ramis palmerum Hosanna clamabant in excelsis.

Y todo parecía agitado por un viento cargado de milagrosas promesas y de celestiales prodigios.

¿Qué gran misterio iba a rasgarse en el júbilo litúrgico de aquella hora santa que nos evoca una de las más bellas e ingenuas páginas del sagrado poema de nuestra redención?...

¡La entrada de Jesús en Jerusalén, entre los clamores y las bendiciones de un pue-

blo ebrio de la bondad de sus palabras, que alfombraba sus pasos con la oliva de la paz y las palmas de los triunfadores, bajo el dosel eternamente azul y eternamente puro de los cielos de Oriente!...

Silvia y Octavio sintieron que también, en la Jerusalén interior de sus sueños, se abrían, entre un clamor sonoro de trompas de plata, las maravillosas puertas de diamantes, para dejar paso al cortejo triunfal y luminoso del Amor, el nuevo Redentor de sus almas...

Y ebrios de felicidad, con las manos aún enlazadas, clamaron también con el coro:

Cum ramis palmerum Hosanna clamabant in excelsis...

Y sus voces parecían volar, con las espirales del incienso, por los altos ventanales, a perderse en la gloria luminosa del día, entre el clamor de las campanas y el estruendo del órgano...

IX

De pronto, un grito poderoso resonó en la ribera, llegando hasta el templo y conmoviendo, en un estremecimiento de júbilo, a la multitud arrodillada:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas permanecieron en la igle-

sia. Casi todas volvieron a la playa, agitando las palmas y llamando a grandes voces a los que regresaban.

Las parejas avanzaban majestuosamente por el azul rutilante del mar, desplegada la blancura de las velas a las suaves brisas de la mañana, como dos palomas que después de haber azotado la tempestad con sus alas regresan victoriosas a la seguridad de sus nidos.

Un monaguillo, escapado de la iglesia, balanceaba rítmicamente, encaramado en lo alto de una roca, el turíbulo de oro, derramando blancas nubes de incienso que iban a perderse en el azul profundo.

En los islotes de la costa palmoteaba un grupo de rapaces, animando con sus gritos alegres a los que llegaban.

Silvia oprimía aún en sus manos las de Octavio.

—¡Silvia! ¡Silvia!—exclamó, al fin, éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabelleira amada—. Si un día penetrases de mi brazo en esa iglesia, y, al arrodillarte conmigo ante el altar, te preguntara: «¿Me amas, Silvia?», ¿qué responderías?...

Hubo un pequeño silencio...

El se atrevió a insistir:

—¿Contestas?...

Ella le retiró las manos, y, mirándole fijamente, como entregándosele toda entera en la mirada, le gritó con una voz que parecía desgarrada del fondo del alma:

—¡Te amo! ¡Te amo!...

Sus corazones palpitaron por fin de amor,

junto a aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y de redención.

FIN DE
«RESURRECCIÓN»

AMIGAS VIEJAS

AMIGAS VIEJAS

I

MARÍA Antonia, la molinera del Puente, era una moza alta y esbelta como uno de aquellos álamos que se estilizaban en un éxtasis de ensueño, en el fondo azul y plata de los claros remansos del río.

Su belleza y su esbeltez no excluían el vigor y la fortaleza, pues sus puños eran capaces de amasar, sin fatigas, muchas fanegas de pan, sobre la amplia artesa; y sus caderas, anchas y potentes como las de una potranca, que se agitaban rítmicamente al caminar, bajo las sayas de bayeta amarilla ribeteadas de negro terciopelo, revelaban la sólida y sana contextura montañesa de las mujeres primitivas, tostadas por el fuego del sol y el hielo de las ventiscas y fortalecidas por las rudas faenas del trabajo cotidiano.

Se había casado hacía cerca de nueve años, siendo aún muy joven, en la blanca ermita de Nuestra Señora de las Nieves, una dorada y clara mañana de vendimia, olorosa a miel y a mosto y humanizada por los revuelos de las golondrinas y de los tordos, que en dispersas bandadas emigraban hacia las

tierras del Sur, con Juan Lorenzo, un gestión de cerca de dos metros, de músculos y alientos de ciclope y ojos y alma de niño.

En una cálida noche de trilla, junto a la choza de ramas secas, y al arrimo de las mieses maduras fragantes de sol, a hurtadillas, con el pretexto de refrescar un poco la garganta con el agua gurguliente del piporro de barro, él le había hablado, trémulo y balbuciente, de aquel su querer apasionado y hondo, pálido de emoción y jadeante de esperanza, mientras sus compañeros de trabajo, entre risas y cantos de mozelas, aventaban lentamente los últimos montones del trigo de la parva, que a la luz de la luna despedían extrañas fosforescencias de oro etéreo.

Ella no supo contestarle más que con una sonrisa que puso al descubierto el blancor sano y compacto de sus dientes de lobezna, entre la púrpura encendida y golosa de sus labios llameantes de granada. Ambos conocían desde muy pequeños que para luchar contra las miserias de la pobreza no existían armas mejores ni más eficaces que la voluntad asidua y el trabajo tenaz.

María Antonia era la hija menor del viejo molinero de las Acacias, y él un peón del cortijo de Grazalema, donde, en unión de su padre, se ganaba su modesta hatería, ayudando en las faenas agrícolas y prestando también su concurso a los pastores y zagales en el cuidado de los numerosos rebaños de cabras que ramoneaban en las jaras y setos del monte, y de las rozagantes pjaras

de cerdos que, hociqueando en los lodazales, buscaban la presa regalada de las víboras, entre las junqueras de los arroyos, o en las húmedas umbrias de las vertientes ásperas de aquellas fragosas montañas que alzaban hasta los claros cielos, más allá de las nubes, sus testas calvas y nevadas de ascetas en éxtasis.

Después de aquel rápido encuentro en la noche de trilla, como obedeciendo a un convenio tácito, volvieron a encontrarse siempre, a las sombras de los olivos polvorientos, en las horas bochornosas de la siega, junto a los surcos removidos y casi humeantes, en los días fecundos de la siembra, y a lo largo de los caminos dorados de hojas secas en las fiestas paganas de las vendimias.

Juntos danzaron, al son de la guitarra, bajo los porches de los cortijos o en los adros de las ermitas en las romerías de la Virgen de Septiembre; y todos los domingos y días de precepto, mirábanse de reojo a la salida de la iglesia.

Y así pasaron dos años, hasta que una mañana de septiembre entraron juntos, benditos por Dios, entre una algazara de chiquillos y un argentino clamor de campanas, por los umbrales de aquel molino que habían tomado en arrendamiento.

¡Dichoso día! La mañana tenía místicas suavidades de sedas de casullas litúrgicas. Una alegría de trinos y de risas de cristal invadía los álamos que sombreaban los cubos dorados por el sol del otoño; y a lo

lejos, en los viñedos cobrizos de las laderas, resonaban, comentados por las flautas y las zamponas, como en una égloga antigua, el fragante epitalamio de las vendimias...

II

María Antonia no estaba arrepentida de su elección.

Juan Lorenzo seguía la tradición honrada y laboriosa de su vieja familia de labradores, acostumbrados a regar con su sudor los áridos terrones de la gleba.

Nada de francachelas en las tabernas de las aldeas vecinas, ni de escándalos nocturnos en las calles.

Su único descanso eran los brazos fuertes y aterciopelados de su mujer, y la única recreación de su espíritu el ver cómo a fuerza de labor y de constancia, de trabajo inteligente, en las alacenas del molino no faltaba la gracia de Dios, y aún se guardaban todos los años, como reservas acumuladas para los malos tiempos, algunas peluconas escondidas en el fondo de los grandes arcones de roble.

María Antonia empezó por enamorarse de aquel hombretón alto y fornido, cuyo ancho tórax moreno y velludo se delataba a través de la abertura de la camisa de cáñamo, a los más leves movimientos, y cuyas manos eran capaces de arrancar de cuajo los

árboles de más dura raigambre, y terminó por dejarse subyugar por el encanto de su voz de niño, por su manera suave y mansa de decir las cosas, por su amor al trabajo y por su respeto a los consejos de los ancianos molinerós que casi a diario visitaban a sus hijos para vigilar y atender la marcha próspera del molino.

Siete años de ventura, transcurridos sin la sombra de la más ligera nube, sin que nada los apartase del deber, ni del cariño, contentos al ver que no eran inútiles sus esfuerzos, habían hecho de sus vidas un poema fuerte y sano de felicidad inacabable...

¡Y luego, aquel ángel que le había dado el Señor!

Era una linda criatura de cerca de cinco años, rubio y fuerte como un recental, vivaz y alegre como un pollo de perdiz, que apenas si alzaba cuatro palmos del suelo y que era ya el encanto y la alegría de todos. El rapaz se llamaba Juan Vicente.

María Antonia daba gracias a Dios a todas horas, y desde lo más profundo de su alma bendecía el momento inefable en que sus ojos azules y tímidos de violeta se encontraron por vez primera con las grandes y negras pupilas africanas de Juan Lorenzo.

Lo recordaba todo, entornando los párpados como para verlo de nuevo en el fondo de su corazón, con una sonrisa de beatitud aleteando entre la púrpura fresca y sana de sus labios.

Primero, el noviazgo, con todos sus encantos, con todas sus divinas expansiones.

Después, las bodas; el temblor de su voz y el rubor de su rostro al pronunciar de rodillas, al pie de los altares, entre el humo fragante del incienso y la apoteosis luminosa de los cirios, las santas palabras del ritual...

Su vergüenza al encontrarse a solas con su hombre, en la cámara enjalbegada del molino, junto a aquel amplio lecho blanco como el armiño y oloroso a romero y a mejorana...

De un soplo apagó la luz; subióse las manos al pecho, en un movimiento instintivo, como queriendo ocultar y defender sus blancuras invioladas; cerró, temblando, los ojos y cayó desfallecida en los brazos potentes...

Y luego los terrores y los sobresaltos del primer embarazo; un sudor frío que recorría su espina dorsal, helándola hasta en sus raíces más profundas, y aquel dolor vago al principio y cada vez más intenso, hasta convertirse en un brusco desgarramiento de todo su ser...

En ciertos instantes, un mundo de fantasmagorías poblaba su imaginación exaltada por la fiebre; y entonces, como para desahogar su corazón de esperanzas, se decía a sí misma en un arrullo trémulo de voz:

«¡Será un mocetón como su padre, fuerte y ágil, capaz de ayudarnos a pasar los días amargos de la vejez, o una rapaza alegre y viva, de cabellos de oro y ojos azules que llenará de risas y cantos nuestro humilde nido!»

Y así, divagando sobre el porvenir, pasaba horas enteras, mientras sus manos ágiles y finas cosían los pañales y preparaban la canastilla para el que había de llegar.

Y cuando apareció Juan Vicente, su alegría no tuvo límites, viendo cómo en el pequeño se iban abocetando los rasgos firmes y enérgicos del padre.

III

Todas las tardes, mientras en el rescoldo del hogar humeaba la cena, y en la mesa, sobre la blancura deslumbrante de los manteles resplandecían de limpieza la porcelana de los platos y el vidrio de las copas, María Antonia, peinada y ataviada como una novia, iba a sentarse bajo la sombra lujuriente de la parra, a la puerta del molino, en espera de Juan Lorenzo.

Las gallinas picoteaban, escarbando en la tierra removida, los granos dispersos del trigo que al mediodía había sido puesto a secar en la solana.

De los árboles frondosos que custodiaban la acequia, caía en el silencio una algazara de pájaros que agitaban el aire con un cascabeleo de cristal y oro.

En el fondo del río, bajo el arco árabe del Puente, ardía el incendio fabuloso del ocaso; y las ruedas del molino, al girar rá-

pidas y monótonas a impulsos de la corriente espumosa, espolvoreaban la tarde de una frescura reconfortante y alegre.

A lo lejos se oían las risas y las carreras de Juan Vicente, que con otros rapaces se entretenía en perseguir, a manotadas y caperuzazos, las sombras lógicas y disparatadas de los murciélagos.

Con la labor interrumpida sobre la falda, María Antonia espiaba, entre los rumores del crepúsculo—tañer de esquilas, canciones lejanas, voces huecas y súbitos ladridos de perros—, el tintinear claro y sonoro de las campanillas de los mulos de Juan Lorenzo, que, cargados de costales de grano, regresaban todas las tardes al molino.

Contemplando la blancura de su casita, el ajuar humilde y limpio, las alacenas repletas, los cobres que fulguraban en la penumbra, todo aquello que era suyo, María Antonia sentía, al lado de su hijo, un bienestar de conciencia satisfecha, un júbilo profundo e íntimo.

Su trabajo casero lucía: veíase siempre el suelo barrido, las sillas ordenadas, las paredes blancas de cal, y todo respiraba limpieza y bienestar.

Además de las atenciones del molino, cuidaba con celo de aquel numeroso ejército de gallinas y de patos, cuyos huevos ella iba a vender todas las mañanas, a grandes voces, por las calles de la villa.

A la vuelta del molino, pared por medio de él, vivía la Joaquina, casada con el Bizco, un borracho impenitente, cuyas pendencies

y cuyos escándalos eran la constante comidilla de los vecinos.

María Antonia tenía una gran amistad con esa pobre mujer macilenta y dolorosa, que casi a diario recibía sendas palizas de su marido que, además, le imponía el sacrificio de las hambres y de los harapos.

Decía muchas veces, viéndola pasar hacia el río, con grandes montones de ropa sobre la cabeza, envejecida y estúpida por el contagio de las miserias y brutalidades sufridas, con la hijita semidesnuda agarrada a las sayas andrajosas:

— ¡No sé cómo puedes sufrir tanto, pobre-cilla!

La otra no se quejaba; tenía las miserables resignaciones de una perra expulsada, y con un encogimiento de hombros y la voz sumida, contestaba siempre:

— ¡Paciencia! Dios lo quiere.

Estaba muy agradecida a María Antonia, porque con bastante frecuencia la libraba de las brutalidades del borracho y de las constantes penurias de la casa.

La mujer de Juan Lorenzo, comparando su suerte con la de su pobre vecina, sentía en la comparación exaltarse su felicidad, bendiciendo la hora en que naciera en su corazón el primer impulso amoroso hacia su marido.

Cuando éste regresaba del trabajo, con el ancho y viejo sombrero echado hacia la nuca y la chaqueta al hombro, de orcajadas sobre los fuertes lomos de la *Generosa*, una mula de piel lustrosa y fina que daba gus-

to verla, María Antonia se desvivía, apesadumbrada y triste, en referirle todos los sufrimientos de la vecina y la crueldad del Bizco. Juan Lorenzo entonces, encogiéndose egoístamente de hombres, cansado de oírle siempre las mismas quejas, repetía también lo mismo:

—Déjalos a ellos, que ya se arreglarán.

Conocía al Bizco desde la infancia, pudiendo seguir paso a paso su vida y observando su predisposición fatal para la vagancia y para el vicio.

Aquella índole desordenada repugnaba a su conciencia, pues sentía un profundo desprecio por los que no tenían como él la infatigable actividad productiva y la reposada satisfacción de los deberes cumplidos.

En aquella hora los trabajadores recogíanse en grupos, dando las santas noches; una polvareda sofocante se alzaba en los caminos bajo las albarcas de los cavadores y las patas de las caballerías cargadas de hierbas olorosas.

La tarde moría, envolviendo en un oro turbio las llamaradas del poniente, y por los campos, los grillos y las ranas, las lechuzas y los mochuelos preludiaban la larga sonata nocturna, mientras enfrente del molino Juan Vicente y la hija de la Joaquina, descalzos y felices, rodaban abrazados, en sus juegos inocentes, sobre la hierba húmeda que alfombraba de tenues terciopelos la puerta del molino.

IV

—¿Sabes lo que me convenía?—dijo una vez Juan Lorenzo a su mujer.

—¿Qué?

—Arrendar las tierras lindantes con el molino. Esto nos daría más descanso y siempre ganaríamos algo más.

—¡Ya lo creo que nos convenía! Un hombre tan honrado como tú...

—El mayorazgo de El Limonar quiere arrendarles. Fui a hablarle, mas ya hay pretendiente. ¿No sabes quién?

—Algún alma ruin...

—Ni más ni menos que nuestro vecino el Bizco. ¡Tú no sabes lo que me reí cuando el mayordomo me lo contó!...

—¡Un excomulgado, que sólo tiene tiempo para armar pependencias a su pobrecita mujer..., el Señor me perdone! ¿Y es él solo quien pretende el arriendo?

—El solo. He quedado en ir esta noche a hablar con el mayorazgo, y creo que se conseguirá la cosa.

—Sería una gran fortuna. Tierras fértiles, y luego cerca de nuestros ojos para vigilarlas. ¡Mas el Bizco!... ¿No oyes?

Estaban en la cocina, Juan Lorenzo limpiando sus calzones de pana para la visita de la noche, mientras María Antonia iba poniendo la mesa... Sintieron pasos bajo la

parra del portalón, y una sombra rastrera y rápida apagó un momento las últimas claridades del crepúsculo. Era el Bizco, que escuchaba a la puerta.

—¡Se habrá visto atrevimiento!—dijo María Antonia toda enfadada, dirigiéndose al que huía.

—¡Quien escucha, su mal oye!

—¡Diga a su marido que ya me las pagará!—gritó una voz sorda y trémula de ira.

—Déjalo—dijo tranquilamente el marido—; está borracho, como de costumbre... ¡Pobrecillo!

Cenaron, Juan Lorenzo, a la cabecera de la mesa, al lado del hijo, riéndose y celebrando las gracias del rapaz. A sus pies rozaba el gato. Enfrente, María Antonia migaba el pan en la sopa. Comían bajo la parra.

Por encima, el cielo un poco oscurecido y todo picado de estrellas, tenía un palpar de penumbras profundas, en el que los ojos se perdían en profundas divagaciones.

Un viento fresco, impregnado de henos, agitaba con murmullos suaves las hojas metálicas de la higuera verdeal.

Pusiéronse a hablar de los higos.

Entonces, Juan Lorenzo contó sus esperanzas en la cosecha que produciría el banal de la ribera, un palmo de tierra que valía un millón, según él.

--¡Qué hermoso estaba en el tiempo de las habas!—dijo con orgullo María Antonia.

—Lo que necesitamos es una viña—tornó

a decir Juan Lorenzo, después de un momento de pausa, mientras sus manos partían el pan en grandes pedazos.

—Nada produce tanto como las viñas. Pensaba arrendar una al señor mayorazgo.

El entonces empezó a enumerar proyectos de futuras prosperidades: comprarían un carro con una pareja de mulas, tendrían viñas y olivares y una huerta con aguas corrientes y norias rumorosas, en el fondo del valle, con una casita muy blanca bajo las nogueras verdes.

Y para animarse, citaba de memoria los casos de fortuna acumulada lentamente por hombres activos y trabajadores: Joaquín el de las Parras, que estaba podrido de rico: el Fandango, a quien su padre conociera cavando a jornal, y el tío Mercedes, que había perdido un ojo en la guerra carlista, donde fué de soldado, y que ahora, a fuerza de dinero, había logrado librar a sus dos hijos de quintas.

No hacía mucho que había visitado la finca del compadre Policarpo.

—¡Mi padrino!—gritó palmoteando Juan Vicente.

—Aquello sí que es labor—continuaba Juan Lorenzo—. Aquello sí que es sementera—y acumulaba pormenores. Cien fanegas de trigo en los trojes; montones de paja más altos que las torres de la iglesia; yuntas de bueyes gordos y lozanos...; carretas para la vendimia, la casa llena de arados y el molino sobre las rocas de la ribera... ¡Un encanto! Hace treinta años era sólo un ga-

ñán de don Francisco de Cobos..., y es honrado, honrado como Dios.

—Lo que hace falta es salud. Dios ayuda a quien trabaja—resumió la mujer, y luego, entre risas, continuó:

—¡Lo que nos íbamos a reír si me viese convertida en una rica labradora!

—A mí me compraréis un par de zapatos y unas espuelas para montar a caballo—exigió Juan Vicente, mientras comía a dos carrillos.

—La verdad es que no podemos quejarnos.

—Ya lo creo que no—apoyó María Antonia—, ¡y deja el tiempo correr!... Este año tenemos ya algunos ahorrillos; el año que viene tendremos más, y así, poco a poco, podremos reunir para comprar una hacienda.

El se levantó, se echó el sombrero sobre los ojos y la chaqueta por los hombros y se dispuso a partir.

—Voy a ver lo que decide el señor mayorazgo.

—Hasta luego.

Al empezar el camino se volvió un instante y le dijo riendo a su mujer:

—¡Lo que tendría gracia es que el Bizco quisiera armarme pendencia!

—No te fíes de él; de todo es capaz ese alma ruín que Dios confunda.

Apenas perdiéronse a lo lejos los pasos de su padre, Juan Vicente corrió en busca de su amiguita que, tranquilamente, sentada sobre un haz de hierbas secas, junto a una piedra de molino, coscurreaba un pedazo de pan duro.

—Vámonos a coger uvas, en el parral de la cerca, que mi padre ha salido.

Y alegres y risueños los dos rapaces, cogidos de las manos, perdiéronse corriendo entre las sombras de los árboles del camino.

V

En su casuca, la Joaquina roía un pedazo de pan negro y seco, traído del horno hacía dos semanas.

No habían podido pagar el amasijo, y la hornera se cansó de fiarle.

Al llegar el Bizco pidióle a grandes gritos la cena, y al encontrarse con que nada había dispuesto, la cubrió de injurias, gritándole con su voz que apestaba a vino:

—¡Grandisima puerca! ¡Grandisima borracha!

Ella apenas se atrevió a protestar, suspirando:

—¡Hombre, por Dios, que te puede oír la niña!

Y él, exasperado de su pasividad, cobardemente le dió de bofetadas con su áspera mano innoble de asesino, clamando que estaba harto y que sería capaz de matarla.

La pobrecilla no hizo ni un gesto para repeler tanta brutalidad. Aquella vida de vileza y de insultos robóle hasta el refugio de las lágrimas, embotándole poco a poco la razón. Abría los ojos sobre el borracho, en

un pasmo trémulo, suspirando, en un hilo tenue de aliento, en un soplo apenas perceptible de dolor:

—¡No me pegues más, por el amor de Dios, no me pegues más!

Todo se resumía para ella en una esclavitud muda de mártir resignada.

No tenía padres y se le habían muerto todos sus parientes. Su hermana había sido asesinada por su amante en una choza siniestra, al lado del molino. Era la última representante de una raza de sometidos incapaces de resistencia, y no tenía en la vida otro fin más que obedecer a su verdugo y procrear animalmente como las marranas de las pocilgas.

El insistió en los insultos con más saña, y ebrio de cólera ante el silencio de ella, la arrastró de los cabellos, hasta arrojarla, como un despojo inútil, sobre la cantarera. Al estrépito de los cántaros que se rompían, un gato escuálido y negro, como una sombra maligna, huyó espantado, enarcado el flácido lomo de esqueleto y fosforescentes en la sombra las anchas pupilas, diabólicamente dilatadas.

VI

—Vecina—gritó la pobre mujer, llegando jadeante al molino donde María Antonia acababa de quitar la mesa.

—¿Qué quiere?

Joaquina continuó en un tono lloroso de plañidera:

—Perdóneme por el amor de Dios; pero no puedo olvidarme de tanto bien como me ha hecho. Aquel hombre es mi desgracia, es mi vergüenza...

—¿Te ha pegado de nuevo?

—¡Como de costumbre! Nuestro Señor nos ayude. ¡Mas si sólo fuese eso!...

—¿Qué más te ocurre?

—¿Mi hombre no entró en su casa hace poco?

—Entró para escuchar lo que aquí decíamos... Sólo por eso... ¡Mas quien escucha, su mal oye!... Razón tiene el refrán.

—¡Ay hija!, llegó de aquí como una fiera. Me tiró de los cabellos, rompió los cantaros del agua y azotóme con una cuerda, gritando que yo tenía la culpa de todo y que habían de saber pronto quién era el Bizco... Perdóneme, por el amor de Dios, tantas mortificaciones... Le oí hablar de que pretendía tomar en arrendamiento las parcelas del señor mayorazgo, y que Juan Lorenzo aspiraba a lo mismo...

—¡No es ningún pecado agenciarse cada cual la vida! Mi marido ha ido a hablar con el hidalgo; que el tuyo vaya también. El señor mayorazgo escogerá a quien le plazca, y nadie tendrá razón para quejarse.

—Todo eso se lo dije, vecina. Ve a hablar. Hablando se entiende la gente; se enfureció más..., me pegó de nuevo... Vecina..., perdóneme por el amor de Dios; pero

yo quiero decirle que..., ¡miradme temblar!, no pueden sostenerme las piernas...; el Bizco ha salido con malas intenciones, jurando que se la habían de pagar, que iba a dar fin de Juan Lorenzo... Perdóneme, hija, por el alma de su padre, mas él es malo, capaz de todo estando borracho... ¡No deje salir a su marido esta noche, no le deje salir!...

—¡Mas si acaba de salir ahora mismo! —exclamó María Antonia, alarmada de súbito; y sin hacer caso de las voces de la vecina, que la seguía implorante, en sus quejumbres plañideras, echóse el mantelo, y a todo correr tomó la áspera senda, bordeada de zarzales y de saúcos, que conduce al villorrio, mientras a lo lejos, en el fondo oscuro de los barrancos, resonaban lúgubrementemente los aullidos de los perros, que parecían devorar el silencio nocturno.

VII

Eran más de las nueve de la noche. Los hombres estaban en las eras, fuera del poblado, y aquí y allá, echadas al fresco junto a las puertas entornadas y oscuras, dormitaban algunas sombras. Las penumbras nocturnas, agujereadas de estrellas, proyectaban sobre la paz de la aldea vagas y fantásticas inquietudes. El campo yacía dormi-

do, y solamente, de cuando en cuando, en el silencio absorto de los rastrojos, latía un perro o tintilaba una esquila. La casa del mayorazgo se alzaba en el otro extremo de la villa, aislada de los casales por una frondosa y alta alameda. Alrededor se extendía la huerta, feraz y húmeda, y detrás los naranjales y el olivar interminable y oscuro, como hecho de sombra y de sortilegio.

María Antonia corría desalentada, arras-trada por presentimientos funestos y llena de la idea del peligro que corría un hombre que para ella era su Dios.

Todo dormía ya. La alameda de enfrente, envuelta entre las tinieblas, a la menor bocanada de viento parecía quedarse rumiando alguna cosa terrible, en un secreto entrecortado. Al fondo, con su línea de grandes ventanas, se entreveía la casa del mayorazgo como una inmensa mancha de granito.

En otra ocasión María Antonia no hubiese osado atravesar aquel camino, en aquella hora, pues se decía que erraba por allí el alma en pena del viejo canónigo Morales, muerto en pecado mortal, en acecho de los imprudentes mortales que se atrevieran a pasar por aquellos contornos, testigos de su crimen. Mucha gente la había ya oído clamar en roncocos gritos, después de haberse apagado en el silencio las últimas campanadas del toque de ánimas, y contábase que un hombre que la había encontrado hacía años, había perdido el habla de miedo.

A la entrada de la arboleda, María An-

nia detúvose a escuchar junto a un tronco. Estallaban las ramas en lo alto con hoscos estremecimientos, como si manos invisibles las quisieran desgajar. Aplicando el oído, sentíase en la huerta el correr del agua en los estanques, como el desangrarse de profundas e interminables heridas, abiertas por fino estilete en el corazón de la sombra. Nadie había llegado aún a casa del mayorazgo. María Antonia respiró más tranquila; no había ocurrido nada, y rápida, alzando, en acción de gracias, los ojos al cielo que rutilaba de estrellas, recorrió la alameda y fué a tirar del cordel de la campana del portalón, que turbó con un son vibrante el silencio del edificio. Preguntó por su marido, y diciéndole que aún no había llegado, cerráronle la puerta sin más observaciones. Ella se quedó de súbito muda, reclinada en un poste, sintiendo latir de ansiedad su venas.

¿Dónde estaba entonces Juan Lorenzo? No era hombre acostumbrado a frecuentar tabernas, ni trabajar en las eras, ni era cantador noctívago... Era la primera vez que ella ignoraba su paradero; ¿qué hacer?

Entonces, escudriñando con la vista en torno suyo, sintió de pronto un violento escalofrío de los riñones a la nuca; y a fuerza de inquirir en la sombra las imágenes, se falsearon dislocándose ante su vista desvariada... Parecía que los troncos iban y venían, arrastrando caudas de follajes, como espectros evocados de una tumba... Ondulaban sin cesar esos bandos de formas extrañas como aquelarres espectrales, y el rumor del agua

era el de una conspiración siniestra cuchilleando amenazas.

María Antonia sentía estallarle el corazón en el pecho, y un zumbido pérfido y sordo como un moscardón aturdió sus oídos. Y llena de un miedo álgido, mirando despavorida a todos lados como si legiones de genios malos la siguiesen, recorrió la alameda arrimada a los troncos y cosida a la sombra. A medio camino detúvose. Había visto moverse un cuerpo en la otra banda. Escondióse detrás de un tronco, con los ojos fijos en el punto en que la forma humana bullía. Juzgó un instante haberse angañado. Mas el bulto volvió a aparecer, cortando transversalmente el camino. Rápidamente pasó ante sus ojos medio rasgados por el pavor...

Vió a un hombre en mangas de camisa, que, con el sombrero echado sobre los ojos, caminaba a grandes saltos, tambaleándose... Debía ser un borracho, pues hablaba solo con palabras entrecortadas y torvas:

—Todo se paga en este mundo... ¡Adelante!

A lo lejos, se detuvo un instante canturreando fanfarronamente, como a guisa de reto:

Nadie me tosa en el mundo
ni me levante la voz:
yo soy más duro que el bronce
y más valiente que Dios.

VIII

La ronca estridencia de aquella voz, brutalmente agresiva, hizo desfallecer a María Antonia, como si de repente se le hubiese helado la sangre en las venas. Para no desplomarse tuvo que agarrarse, a tientas, a las ramas de un saúco, que crujiéron al esfuerzo desesperado de sus manos.

La sombra tambaleante del borracho se perdió allá, a lo lejos, entre las alamedas de un recodo del camino... Entonces la pobre mujer, cruziendo toda de terror, decidióse a salir de su escondrijo.

Apresuró el paso. Era tarde, y tal vez Juan Lorenzo estaría ya en casa:

—¡Oh, si estuviese ya allí, Dios mío!

Esta esperanza disolvióle un poco sus terrores, y mentalmente ofreció una misa a Nuestra Señora de las Nieves si nada hubiese ocurrido; y prosiguió con más ahinco su camino, como si aquel santo ofrecimiento hecho con todo su corazón y con toda su alma a la milagrosa patrona de la Serranía, la hubiese tranquilizado, serenando todos los tumultos de sus pensamientos.

La avenida se ensanchaba a medida que se acercaba al pueblo. A lo lejos, rastreando por los muros de las primeras casas, volvió a surgir la sombra rastrera y fatídica; y ella, al contemplarla de nuevo, tornó a quedarse muda, estremecida no sé por qué extraños

presentimientos. Sobre una piedra del camino blanqueaba, a la claridad de las estrellas, un pañuelo abandonado.

María Antonia se inclinó a recogerlo, y entonces una cosa dura cayó de él, levantando en las piedras asperezas de sonos metálicos.

Era una navaja llena de sangre. Perdió completamente la cabeza, y con el corazón desbordante, como un cáliz de agonías, y la imaginación henchida de lúgubres presentimientos, púsose a correr sin destino fijo, por las calles de la villa, clamando en alto gritos contra el Bizco, contra Dios y contra su propia desgracia.

En el silencio del pueblo adormecido, su voz resonaba con sonoridades de una vieja campana cascada llamando a rebato.

Algunos postigos abriéronse, y por sus huecos aparecieron algunas siluetas cabeceantes y ávidos tendidas a escuchar. Después, un rumor confuso y cada vez más creciente de pasos atropellados, resonó en el empedrado de las calles, y trémulos bultos precipitáronse, como sombras, persiguiendo a otra sombra, tras de María Antonia.

Ella contaba a quien veía que su hombre había muerto, que sus hijos estaban sin padre y que había sido el Bizco el autor de su desgracia.

Comenzaba treinta veces la misma narración, con voz velada por los lloros y estrangulada por los sollozos.

Algunas mujeres, atemorizadas, con el pañuelo por la cabeza y en grandes gestos de

abatimiento, seguían a María Antonia, corriendo sus lamentaciones. En breve toda la tierra estaba alborotada, y cuando la pobre mujer llegó a la solana del molino, la gente se agrupaba en torno a la puerta.

La casa estaba vacía, y en ella recomenzaron los gritos y las lamentaciones.

Abriéndose paso entre todos, con el sombrero terciado y empuñando su vara de almendro, con puño y borlones de plata, llegó el señor Alcalde, a ver lo que pasaba, atraído por aquel tumulto de gritos, por aquel escándalo de llantos e imprecaciones.

—¿Qué pasa aquí?—exclamó, ahuecando ceremoniosamente su voz cascada de asmático, y conteniendo con un ademán autoritario a uno de los grupos de rezagados.

Todos le rodearon, queriendo contarle, haciendo fuegos pirotécnicos de imaginación, y en una marea confusa de voces y de gestos, cómo había acaecido el suceso que todos lamentaban:

—Fué así...

—La cosa comenzó...

—No; que fué de otra manera.

El señor Alcalde, alzando en un gesto solemne su vara, impuso silencio a la muchedumbre, y después de una pausa de asma y de tos exclamó, sentenciosamente, limpiándose con un pañuelo el sudor que le bañaba la frente:

—Mas el caso de haber encontrado una navaja llena de sangre no prueba que Juan Lorenzo haya muerto.

Y su voz autoritaria se impuso a todos.

— ¡Es verdad!

— ¡Es verdad!

— ¡Quizás Juan Lorenzo esté en las eras:

— De allá vengo yo ahora, y no le he encontrado—prorrumpió un zagalón, apoyándose para hablar en la rústica pala de aventar.

Un anciano objetó:

— Se le debe ir a buscar en la alameda y en los melonares de la huerta del mayorazgo.

Varios trabajadores salieron a escudriñar las alamedas.

María Antonia quiso también ir, pero las mujeres la detuvieron. Y sentadas todas en la puerta de la casa, yacían silenciosas y curvadas como si un viento de desolación las abatiese. En el silencio lúgubre, los sollozos de María Antonia sonaban de vez en cuando como un estribillo de amargura.

En un rincón, las gentes comentaban las hazañas recientes del Bizco, y todos convenían en que hacía ya mucho tiempo que debía estar ahorcado.

Algunos tenían palabras de condolencia para la Joaquina, tísica de tantas palizas como le administraba el borracho.

De pronto, en lo alto de la cuesta, entre los vallados y matorrales de los ribazos, descendió, como un gruñido de jabalí acosado por la trailla, la voz vinosa y fanfarrona del borracho, que enfáticamente canturreaba:

Nadie me tosa en el mundo
ni me levante la voz:
yo soy más duro que el bronce
y más valiente que Dios.

IX

Casi al mismo tiempo resonaron gritos y carreras en el camino, y por la puerta del molino cuatro mozos de labranza entraron, llevando extendido sobre unas parihuelas el cuerpo sanguinante de Juan Lorenzo. Todos se alzaron, en un rumor indescriptible de llantos y de increpaciones. Las mujeres, ocultándose el rostro con las manos para no ver el cadáver, huyeron aterrorizadas a esconderse bajo el emparrado del porche.

Tendieron las parihuelas en un rincón, y algunos manos piadosas las rodearon de velones encendidos, cuyos mecheros humosos proyectaron una luz de pesadilla sobre la escena, agrandando en la pared la sombra del cadáver y las siluetas del acompañamiento.

María Antonia sola, resistiendo valerosamente a todos los empujones que la daban para apartarla de allí, permaneció al lado del cadáver. Abrazóse al cuello del muerto, cubriéndole de besos la cara y los labios entreabiertos, por cuyas comisuras corría un hilo viscoso de sangre. Una enorme pasión reventaba en ella, al inclinarse, desgredada y livida, desbordantes de llanto los ojos, sobre aquel cuerpo que se helaba poco a poco, adquiriendo un siniestro dibujo anguloso y lívido.

Fuera, el Alcalde y los guardas del campo habían apresado al Bisco.

Todas las voces clamaban ruuamente:

—¡Ya está preso! ¡Ya está preso!

La Joaquina, con los cabellos sueltos, humillábase en el polvo, pidiendo clemencia con voz sorda y baja, en la que había un fondo de miseria y de dolor. Los puños salíanle de las mangas andrajosas del corpiño con tísicas amarilleces de pergamino... y por más esfuerzos que hicieron no lograban arrancarla de las rodillas del Bizco. Los malos tratos, las bestialidades y las hambres con que aquel hombre la atormentara implacablemente, con una ferocidad morbosa de degenerado, desde el mismo día del casamiento, habían arraigado en su corazón una ciega obediencia, una necesidad fatal de aquel imperio, de aquel dominio brutalmente agresivo y canalla... Así y todo le amaba, por ser el padre de su hijita, por haber partido con ella su catre y haberle dado ese primer beso, que es como la anunciación de la maternidad en la carne de la mujer virgen.

X

Al día siguiente fué el entierro.

Era una de esas horas ardientes y fatigosas de estío en que los troncos rugosos de los olivos y entre las anchas hojas tostadas y polvorientas de las higueras se extenúan de modorra, en un canto sudoroso y monótono; las cigarras y las palomas torcaces descien-

den en lentas bandadas, para apagar su sed, sobre las últimas pozas verdinegras de los arroyos.

Las campanas, cascadas de vejez, empezaron a doblar en bruscos y fatigosos estremecimientos de metales herrumbrosos, en un rechinar angustioso y pesado de cadenas que se rompen, derramando sobre la caligie estival, sobre el vaho bochornoso y asfixiante de la hora, su frialdad pegajosa de muerte, sus desfallecimientos sonoros y gangosos de agonía.

El entierro salía, bajo el emparrado del molino, en un desfile lento de dolorosos plañidos.

Delante iba el sacristán con la cruz parroquial en alto.

A su lado, un monago agitaba rítmicamente la campanilla, orgulloso de sus ropajes de escarlata y de los encajes de su roquete, travieso y activo, mirando de reojo a sus compañeros de juegos que, medrosos y encogidos, pegados a las faldas de sus madres, contemplaban con ojos curiosos, desde lo alto de la solana del molino, aquel lento desfile de muerte.

Detrás seguían dos filas de hombres del campo, con sus oscuros trajes de domingo, llevando con aire grave y cansado, grandes hachones de cera, en sus manos oscuras y ásperas como raíces.

Algunos, los que habían sido amigos y compañeros de rondas de Juan Lorenzo, caminaban con los ojos rojos, ocultando la cara, como avergonzados de que les vieran llorar

las mujeres que, pálidas y lacrimosas, se asomaban a las puertas y a las esquinas o seguían el cortejo, llevando de las manos a sus hijos andrajosos y descalzos.

La caja era de tablas de pino, forrada de tela negra, con ribetes de galón dorado. En ella descansaba Juan Lorenzo, vestido de fiesta con su faja roja, con enormes zapatos de becerro y los dos puños unidos por una tira de cinta negra para sujetar las manos cruzadas en el pecho, en la actitud de la última imploración.

Lo llevaban en hombros cuatro amigos, y un muchacho conducía el banco de pino que había de servir para los responsos.

La comitiva siguió lenta y grave hasta el cementerio, que se alzaba, blanco de cal y negro de cruces, en lo alto de una colina. A la entrada se detuvo.

El féretro, a un gesto del párroco, fué colocado sobre el pequeño banco de pino. Una vida fecundante de átomos impalpables vibraba en la luz. El entierro se había detenido, y todos se volvían para ver al párroco esparcir el agua bendita sobre el cuerpo de Juan Lorenzo.

Todos murmuraban lagrimeando:

—¡Que el Señor le ampare!

Y enumeraban sus virtudes, su buen genio, su economía y su templanza.

—¡A los buenos se los lleva Dios pronto porque son del cielo!—roznó una vieja.

De pronto dejóse oír la voz del párroco imperiosa y llena de sabiduría, rumiando latines, y se hizo un silencio piadoso.

Todos se arrodillaron, pues nadie en aquella villa acostumbraba oír el latín de otra manera. La recitación grave, y en una lengua extraña, daba a los espíritus sencillos la profunda emoción de un fin próximo y el recuerdo de almas que parten para las regiones serenas de la bienaventuranza con sus túnicas azules y su par de alas blancas, abiertas para el vuelo supremo.

El párroco iba diciendo:

—*¡Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison! Pater noster...*

Y las voces rezaban bajo, en un coro murmurador, que iba alternativamente agonizando y subiendo hasta perderse con la última aspersion del agua bendita.

Nadie se atrevía a respirar, contemplando aquel cadáver en esa rigidez tirante que precede a la putrefacción. Corriale por las ventanas de la nariz un hilo de sangre negra que las moscas bebían zumbando, y por entre los dientes, a espacios, en la boca que se abriera en las últimas convulsiones de la agonía, gotas de gas podrido hacían crepitar pequeños glóbulos, como pompas de jabón, de la íntima fermentación que lo devoraba.

Los amigos de otros días se adelantaban para limpiar con sus pañuelos piadosamente la cara y los labios de Juan Lorenzo.

—*¡Bendito sea Dios!*—decían despavoridos por el hervor de la corrupción cadavérica que la torridez del sol activaba prodigiosamente.

El cementerio quedaba en la cima de una colina, ceñido de muros blancos, con una

cruz de hierro en la fachada. Desde él se contemplaba un hermoso y extenso panorama: olivares, huertos floridos, rastrojos amarillentos, cañadas cubiertas de árboles frutales y, por último, allá a lo lejos, cortando el horizonte, la montaña enorme, atravesada por cien arroyuelos, con manchas verdes de nogueras y de encinas. Más a la izquierda, ondulaba, en un mar de verde vivo casi sin gradaciones, la región lujuriente de las viñas. Higueras gigantes abrían hasta el suelo quitasoles metálicos de largas hojas, sobre las que revolaban los gorriones. Aquí y allá, las huertas abrían en la gran sinfonía cromática una cadencia graciosa de tonos de bronce.

En los regatos, a la sombra de los cañaverales, las lavanderas lavaban sus ropas cantando. El hilo del agua era tan tenue como un soplo de vida, y serpenteando por debajo del arco del puente, donde se alzaba un grupo de eucaliptos nuevos, iba a expirar, lentamente, en la arena de la rambla, bajo las raíces sedientas de los juncales amarillentos.

XI

En la cumbre de la colina, donde se alzaba el campo santo, en el trémulo manchón oscuro, hormigueaba el entierro, arremolinándose bajo la media naranja de la puerta.

Penetraba el féretro, donde en hombros de cuatro camaradas el cuerpo inerte de Juan Lorenzo, con las manos en cruz sobre el pecho, oscilaba trágicamente, al ir a encerrarse entre los muros blancos de su eterno reposo.

La cruz parroquial relampagueaba igneas fulguraciones de oro en la gloria del sol, y los ropajes flotantes de los monaguillos encendían vivas llamas de púrpura sobre la fúnebre negrura del cortejo.

La campana de misericordia lanzaba, fatigada y lenta, el último doble de finados, y sus notas, graves y tristes, rebotando de quebrada en quebrada, de barranquera en barranquera, de valle en valle, se amortiguaban en la distancia, en una quejumbre monótona y plañidera de bronces rotos y mohosos.

En la caligie asfixiante de la hora se respiraba, a veces, como un hervor de pudredumbre, como el hálito abrasador pestilente de un horno crematorio.

XII

Por la cinta polvorienta, de un gris lívido de osamentas calcinadas, de la carretera, que se pierde entre el bronce leproso de los viñedos y el verdor enfermo de los olivares, camina lentamente el Bizco, custodiado por una pareja de guardias civiles.

Las cubiertas blancas de los tricornos ale-
tean suavemente, en la serenidad de la bri-
sa, como revuelos de palomas, y el acero de
los fusiles rasga el aire con espejeantes ca-
brilleos.

El asesino conversa, indiferente, con sus
guardianes, con sonrisa procaz, que deja al
descubierto la brutalidad primitiva de su
alma entre el avance carnívoro de sus en-
cías. En el encogimiento titilante de sus pu-
pilas aceradas, que se emboscan a la sombra
negra y profunda de sus cejas cerdosas, hay
algo cruel y duro de ave de presa o de fiera
en acecho.

Camina con la frente alta, mostrando con
cínico orgullo sus muñecas esposadas.

Al pasar, desde las puertas de los cortijos,
brazos airados de mujeres le maldicen, y
durante largo trecho le persiguen los aulli-
dos de los perros y los denuestos de los
rapaces.

XIII

Mientras tanto, bajo los arcos de la co-
rraliza del molino, sobre un monte de bá-
lago y de hierbas olorosas, cansadas de co-
rretear por las alamedas que ensombran
los cubos, dormían tranquilamente, fundidos
en un estrecho abrazo, el hijo del muerto
y la hija del asesino.

La rubia y enmarañada cabecita de la

niña reposaba dulcemente sobre el hombro moreno y firme de Juan Vicente, y sobre sus labios en flor, abiertos en la más inocente de las sonrisas, parecían aletear yo no sé qué divinas, remotas e inefables saudades del Paraíso.

Habían huído aquella mañana del tumulto ensordecedor de sus casas, escapándose llorosos de los brazos de su madre, que les apretujaban hasta hacerles daño... Y juntos vagaron por las cercanías, ocultándose a la gente, refugiándose en lo más espeso de la arboleda para cazar mariposas o atrapar zarzamoras.

Fatigados, al fin, se entraron en la corraliza, y sobre aquel lecho de bálago recién segado les sorprendió aún el sueño con algún puñado de moras en las manos y algunas flores silvestres en los cabellos.

Algunas veces despertáronse sobresaltados a los aullidos de dolor y llanto que llegaban del molino, y casi a un tiempo alzaron sus cabecitas amodorradas.

—¿Qué es eso?—suspiraba la niña, refregándose perezosamente los ojos con sus manitas enrojecidas por las moras.

—¿No oyes como lloran?—clamaba, después de un instante, queriendo despertar a Juan Vicente.

—¡No es nada, tontuela! —refunfuñaba éste, medio adormilado.

Y los dos, cabeceando, volvían a abrazarse, hasta quedar dormidos de nuevo, mientras que a lo lejos resonaban cada vez más intermitentes y apagados los gritos de angustia.

y en la ribera del río se desgranaba, dispersa en los mil ruidos del agua, el canto de las lavanderas...

XIV

—¡Juan Vicente!—gritó, enronquecida de dolor, María Antonia desde el umbral de aquel molino, ayer tan alegre y amplio para su alma y ahora más triste y estrecho que una tumba.

—¡Mi hijo!... ¿Dónde está mi hijo?

Y sin hacer caso de las mujeres que arrodilladas en un rincón de la cocina rezaban el rosario, se encaminó al corralizo con los ojos rojos e hinchados de llorar y su rostro desencajado y lívido como el de un agonizante.

Y allí, bajo los arcos, sobre el lecho de bálago y de hierbas olorosas, se encontró dormidos a los dos niños, acurrucados en un abrazo como dos pajaritos.

Mas no estaban solos, no. También a su lado, semioculta en la penumbra de los arcos, una forma humana, arrodillada, los contemplaba, inmóvil, sin atreverse a respirar, como si temiera despertarlos.

Aquella forma, dolorosa y deshecha en llanto, era la Joaquina.

Las dos mujeres se miraron: primero, fieramente, agresivamente, como si quisieran

trocar sus ojos en puñales para saciar sus odios. Después sus miradas se fueron enterneciendo, aterciopelando, hasta acabar fundidas en una desbordante lágrima de piedad y de cariño...

Se tendieron los brazos, y mezclando hasta lo más profundo de sus pobres almas sus lágrimas y sus penas, murmuraron en voz muy baja, como en un suspiro que quisiera ser al mismo tiempo una oración:

—¡Dejemos dormir tranquilos a esos ángeles!...

FIN DE
«AMIGAS VIEJAS»

LAS GRANADAS DE RUBIES

LAS GRANADAS DE RUBIES

I

Dos veces todos los años el viejo narrador del desierto levantaba las largas y pesadas cortinas de púrpura que impedían la entrada a su tienda y aparecía en el umbral, envuelto en sus amplias vestiduras blancas, grave y solemne, con la majestad de un profeta que se dispone a traducir en el mísero lenguaje de los hombres los misteriosos conceptos sobrehumanos, que entre el fragor del trueno y el deslumbramiento del relámpago, le fueron revelados en la cima de una bíblica montaña.

Dos veces al año el narrador del desierto extendía sobre el umbral de su tienda una gran alcatifa franjeada de seda, tejida con extraños arabescos de hilos de plata, que al enlazarse en el centro formaban un maravilloso jeroglífico.

Gravemente, como el que cumple un rito sagrado, colocaba en el centro de la alcatifa un cojín de cuero negro, sobre el cual resaltaban complicados adornos de oro, interrumpidos de cuando en cuando por pequeños óvalos de ámbar, que le daban vitales fos-

forescencias felinas. Y este cojín le servía de asiento.

Siempre escogía para empezar sus narraciones esa hora silenciosa y dulce en que el sol declina, cuando es más intenso y puro el azul diáfano de los cielos, curvado sobre la inmovilidad bronceada de los palmares lejanos.

A su espíritu, extático y contemplativo, le parecía aquel momento el más oportuno y propicio para interpretar, en palpitantes relatos, el sentido misterioso y oculto de las más herméticas profecías.

Hacia mucho tiempo que le conocía la gente de aquellos contornos, y aunque sólo se dejaba ver dos veces cada año, su recuerdo permanecía muy vivo en el corazón de los beduinos y su nombre era siempre el motivo más familiar de sus veladas, bajo la luz de plata de la luna, en torno de las cisternas o junto a las empalizadas que guardaban los rebaños de la voracidad hambrienta de las fieras.

Como desconocían su nombre, le llamaban simplemente el Narrador del Desierto.

Su fama se había extendido tanto en lenguas de la admiración, que no existía un solo aduar desde las montañas del Líbano hasta las extensas planicies del Hegiar, en el que no se conociese y reverenciase su nombre.

Su tienda permanecía cerrada durante todo el año, como tabernáculo privado de celebrantes y de adoradores.

Se afirmaba que después de derramar se-

bre los hombres el armonioso consuelo de sus parábolas, perfumadas de la más santa piedad, emigraba, siguiendo el vuelo de las cigüeñas, a desconocidos parajes inaccesibles a toda humana planta, a bosques intrincados de fabulosos prodigios, donde la voz divina se hace oír en el bramar espumoso de los torrentes, en el rugir de las bestias feroces, en el silbato agudo y cortante de las serpientes, y hasta en el estremecimiento fragante de la brisa al animar los altos cañaverales floridos de campanillas silvestres.

Algunos murmuraban en voz baja, casi al oído, como si relatasen algún misterio inaudito, que, al extinguirse las últimas palabras de sus narraciones, desaparecía con el crepúsculo y, transformado en sombra, iba a perderse, invisible, en la profundidad azul de la noche hasta volar a las más ocultas y remotas constelaciones para luego descender de ellas con el alma henchida como una copa colmada de todos los tesoros inauditos que encierra el Misterio.

Había quien juraba haberle visto, bajo la claridad de perlas de la Luna, dibujar en el suelo con una varita metálica extraños jeroglíficos, siguiendo los vagos contornos que proyectaban las sombras de los altos ramajes de las palmeras.

Los rudos pastores que conducen sus manadas de cabras negras y lanudas a pastar en los amarillentos herbajes que crecen, raquíticos y miserables, a orillas de las cisternas o entre las blancas rocas calcinadas de las

montañas del Irak, aseguraban en voz baja, estremecidos de espanto, que la tienda del narrador del desierto estaba guardada por monstruosos dragones que impedían todo acceso a sus umbrales.

Siempre que el viejo macho cabrío de retorcida cuerna, que servía de guía a sus rebaños, había intentado aproximarse a ella. al rozar con su hocico, áspero y húmedo, los tapices de la entrada había tenido que retroceder dando saltos y cabriolas alocadas, como si hubiese sentido en su lengua, lijosa y sucia, la picadura de una de esas víboras que se enroscan a los matorrales secos, hambrientas de infiltrar su veneno, en esas horas asfixiantes en que el sol agosta y suprime hasta las sombras de los troncos desnudos y leprosos de las higueras salvajes y de las altas pitas polvorientas.

¿Por qué sucedía esto?

Porque los dragones que custodiaban la tienda del Narrador del Desierto soplaban sin ser vistos por entre las rendijas de la tienda.

Y su aliento era abrasador y ampollante, como el del *simoun* que devora y calcina los restos de las caravanas.

Una vez, uno de esos guerreros nómadas de cabellos teñidos de azafrán y coronados con guirnaldas de muftí, de esas flores que tornan invulnerables a los que se adornan con ellas, en la serenidad de una hora crepuscular, tuvo la mala ocurrencia de disparar, en un gesto de desprecio y de burla, una flecha al interior de la tienda del narrador del desierto...

Mas apenas la flecha hubo partido, silbando, del arco firme y vibrante, guiada por el brazo duro y el ojo experto, como si rebotase en un escudo de diamante, tornó hacia fuera y fué a clavarse violentamente en el amplio y vellosos tórax del arquero.

El guerrero nómada abrió los brazos y, espumajeando rabia y angustia, cayó exánime sobre las arenas, y la guirnalda de mufti se enrojeció de repente con los cálidos tonos de la sangre viva...

Se decía también que un fakir de luegas y blancas barbas y enmarañados cabellos, tan largos que flotaban sobre sus hombros como un manto de armiño, llegado de las remotas regiones donde el Ganges arrastra su corriente sagrada entre bosques de encanto y ciudades de misterio, ansioso de averiguar lo que ocultaba la tienda, había obligado, en una tarde de oro y de púrpura, a una inmensa boa que le acompañaba en su larga peregrinación a introducirse en el retiro impenetrable del Narrador del Desierto.

Apenas la serpiente introdujo su achatada y avizorante cabeza de ojos fascinantes entre los cortinajes de la entrada, se vió su largo y escamoso tronco encogerse y vibrar, ondular y retorcerse, como si un yatagán invisible la hubiese cercenado...

Y al expirar, en los angustiosos estertores de la agonía, estranguló entre sus anillos el cuerpo mísero y centenario del sabio fakir.

II

¿Quién era aquel extraño y ambiguo Narrador del Desierto?

¿De qué tierra remota, de qué apartadas y desconocidas regiones venía?

¿Cómo y de qué vivía durante el resto del año?

Nadie sabía nada, y el misterio impenetrable que le envolvía, el halo milagroso que fulguraba sobre su frente, como una corona de oro y de estrellas sobre la blancura casta de su turbante, le daban mayor prestigio a su figura y un encanto sobrehumano a sus palabras.

En toda aquella tierra, estéril y ardiente, comida por el sol como por una lepra y devorada por su propio ardor, como por un fuego interno, se le profesaba una veneración tan grande y tan profunda que casi rayaba en idolatría; y su palabra, las dos veces al año en que él la derramaba, como una música de consuelo y de esperanza sobre el corazón de la muchedumbre, era reputada por todos, no como si saliese de una humana garganta, sino como escapada, en un soplo de revelación, de los labios inmortales de un dios.

Se esperaba con temblores de mística impaciencia que su mano, descarnada y sutil, mano acostumbrada a palpar lo impalpable,

alzase la larga y pesada cortina que cubría la entrada de la tienda, como se esperan las claridades frescas y benéficas del alba después de una larga noche de monstruosas pesadillas de febriles insomnios.

El acto apacible y sencillo de extender la amplia alcatifa, que el Narrador colocaba en el umbral de la tienda, con la majestad grave y serena de un profeta que se dispone a derramar sobre los mortales oscurecidos en su ignorancia la luz viva y goteante de paz que despiden las palabras divinas, era comparado por todas aquellas gentes al gesto bíblico de Moisés, al tocar con su vara mágica la esterilidad dura y salvaje de la roca, para hacer surgir la epifanía del agua y calmar la sed del pueblo abrasado.

Al destilar sus panales de frescura el agua, la alegría enciende las pupilas; al extenderse la alcatifa, las gentes, bajo sus mantos de lino, bajo sus pieles de camello, sentían sus corazones estallar de júbilo, y una frescura de serenidad, como un rocío del cielo, bajaba suavemente a refrescar sus almas agostadas por todas las áridas y terribles vicisitudes de la vida.

Alguno de esos hombres doctos que han encanecido a la luz vacilante y humosa de las lámparas en la soledad del estudio, descifrando los viejos caracteres de los pergaminos, exclamaban con lenta y sonora voz entre el corro de los oyentes, que se impacientaban en la espera:

—El Narrador del Desierto es la encarnación viva y humana de la meditación.

No le es lícito hablar siempre que quiere, sino cuando sus labios están absolutamente puros para poder expresar las verdades que han fructificado en el fondo de su alma.

Mas cuando la meditación habla, las voces extrañas deben callar hasta que puedan recibir en toda su integrante fecundidad las palabras de la meditación, que son palabras maduras.

El más alto silencio se ilumina de estrellas y el más profundo se entenebrece con la sombra de las tumbas.

El hombre no puede ni elevarse hasta aquél ni descender hasta éste; mas viviendo entre el uno y el otro debe saber coronar con palabras maduras la frente de la meditación.

Oigámosle en silencio, y que en el silencio nuestras almas se tiendan, como los labios sedientos, hacia la fuente de sus palabras.

Un humilde labrador del oasis de Betsabó, uno de esos pobres hombres que envejecen curvados sobre los surcos para llenar los trojes y vestir de oro y joyas a las odaliscas de los harenes de los califas, añadió, suspirando en la gran serenidad azul y rosa del crepúsculo, la tristeza de la ancestral rebeldía de su raza, destinada por un negro y duro destino, desde la eternidad de los tiempos, a la más pesada servidumbre:

—El rey de la tierra es sólo un fantasma, si se le ve a la luz de la meditación.

El no debe contemplar delante del espejo si la corona corresponde a su majestad, sino buscar esta correspondencia en el fondo de

su conciencia, como el Narrador del Desierto la busca en la soledad y en el silencio de la meditación.

El hombre no ha nacido para subir estúpidamente a las doradas alturas del trono, sino para ascender sabiamente a las altas regiones del pensamiento.

La autoridad con púrpura y cetro, con tambores que la anuncien y con espadas y lanzas que la resguarden, no es más que una abominable superstición.

Un viejo mendigo, casi milenario, en cuyo rostro, seco y arrugado, parecían petrificarse todas las amarguras y cansancios de una vida errante, sin calor de hogar ni alegrías de amor, recitó con su voz plañidera de por-diosero, mientras sus uñas, ásperas y negras, se rascaban bajo los andrajos del manto la miseria y la costra de sus llagas inmundas:

—Subí ricas y jaspeadas escaleras, grade-rías de mosaicos con los pies descalzos, porque temían los celosos custodios que mis gastadas sandalias de viandante enlodasen los mármoles de los magníficos pavimentos.

Empujé espléndidas puertas de sándalo importado de la India y de marfil traído en pesadas galeras del Alto Egipto, con mis trémulas manos enguantadas, porque temían los miserables guardianes que con mis callosos dedos manchase el esplendor de las puertas.

Y cuando me hallé delante de los señores de la fortuna y del poder, los siervos, esgrimiendo sus armas y blandiendo sobre mí

espaldas sus látigos, me arrojaron de su presencia, temerosos de que con mi aliento apestase la ociosidad de sus señores.

Rechacé su limosna a tan humillante precio, y al rechazarla me sentí más grande que el poder y la fortuna.

Arrojé con desprecio los guantes, volviendo a contemplar de nuevo mis manos desnudas de toda humillación, y volví a descender las marmóreas escaleras, lavándome con tierra y agua mis pies antes de calzarlos y emprender mi camino.

El Narrador del Desierto, señor y rey del pensamiento, me acoge cordialmente sobre sus almohadones, aunque traiga remendado y hecho jirones el traje, las sandalias cubiertas de barro y las manos callosas y sucias de arrancar para el sustento de mi boca las raíces del seno de la tierra.

Y no solamente me acoge y me da el signo de paz en el rostro, sin saber quién soy ni de dónde vengo, sino que con la madurez de su palabra sacia todas mis hambres.

El oro que socorre humillando no es nada ni vale nada, comparado con la palabra que alimenta de fortaleza y de esperanza nuestras almas.

Un célebre bandido, cuyo solo nombre hacía estremecer de pánico a los camelleros de las caravanas que cargadas de oro, especiería y piedras preciosas atraviesan al son de los cascabeles las estériles soledades del desierto, dijo, con acento duro y cortante como la hoja de la cimitarra en cuya empuñadura, ornada de rubíes y de topacios,

apoyaba gentilmente el bronce bello y firme de su mano:

—Cuanto más grande es la propiedad, tanto más virtuoso se hace el hurto.

Yo conozco a muchos grandes señores de la fortuna, los cuales me han enseñado con sus acciones la ciencia del robo, y yo la he aprendido de ellos para su propio daño.

Un día en que el hambre me impulsó a robar un pedazo de pan, fui condenado.

Otra vez que un poderoso señor, con sus dádivas, me impulsó a violentar un cofre para robar unas joyas con que comprar el amor de una sultana, fui magníficamente recompensado y sólo faltó que mi nombre fuese bendito en las oraciones de las mezquitas del Islam para que mi gloria no tuviera que envidiar nada a la de los más famosos califas de Damasco y Bagdad.

Hoy he cumplido un acto piadoso arrebatando su corona a un príncipe malvado, que no podrá acusarme sin acusarse.

Mi desprecio le salva; su vergüenza me redime.

¡Cifiamos su corona, que esparce vivos resplandores de carbunclos, perlas y esmeraldas a las sabias y nobles sienas del Narrador del Desierto!

Todos los oyentes aprobaron la proposición, alzándose en un júbilo de gestos y gritos triunfales.

La muchedumbre rodeó la puerta de la tienda, agitando al aire a manera de estandartes sus alquiceles.

—Coronémosle con la corona del príncipe

—gritaban todos, mientras el famoso salteador de caravanas la extendía sobre la frente pensadora del Narrador del Desierto.

Este, que acababa de sentarse sobre el almohadón de cuero negro para empezar la narración, les detuvo con un gesto sobriamente irrevocable, y les habló así, alzándose de su asiento y elevando sus brazos a los cielos profundos del crepúsculo:

—¡Si yo ciñese mi frente con la espléndida corona que fulguró su orgullo de gemas y de oro sobre las sienes de un malvado, yo perdería la mía!

Nada sirven los carbunclos, las perlas ni las esmeraldas... ¡La Verdad gobierna y brilla por sí sola, sin el vano y efímero esplendor de las gemas! ¡Y yo sólo quiero que la verdad corone siempre mis pensamientos!

Y el Narrador del Desierto volvió a disponerse a comenzar su narración.

Y cuando, con las piernas cruzadas, se sentó sobre el almohadón de cuero negro, en el centro de la amplia alcatifa, el silencio de la gente, contenido en una respiración anhelante, se iluminó de repente con una vaga claridad de cielo.

Hasta la brisa, una leve brisa perfumada de frescura y de rosas, que venía de los oasis próximos, parecía aletear como una paloma sobre la blanca frente del Narrador, en la paz serena y vaga de la hora fugitiva.

III

El Narrador del Desierto tenía profundos y rasgados los grandes ojos, encendidos y voraces como llamas.

En su fondo de fuego parecía arder, en un largo y deslumbrante martirio de púrpura, el alma milenaria y sangrienta de los más puros y límpidos rubíes del Oriente.

Las pupilas, pensativas y tenaces, de aquel que constantemente medita a la luz expectante de las lámparas, en el silencio cargado de promesas y desbordante de augurios de la soledad, sobre la vacuidad de todas las pasiones humanas, asumen, con la lenta y prolongada fijeza de sus miradas, cálidos matices bermejos de misteriosas combustiones interiores...

Como el rocío bienhechor y purificante de las lágrimas no humedece jamás sus iris, su propia y persistente aridez se congela en pétreos tonos de púrpura.

El Narrador del Desierto vestía una amplia túnica de lino, blanca como la nieve immaculada que corona de pureza las cumbres inaccesibles del Hebrón, que descendía hasta sus pies en largos pliegues verticales, sujeta por un rico y precioso cinturón de damasco rojo, donde las perlas, los berilos, los crisopacios y el oro bordaban, al fundirse en enlaces y engarces irreales, máximas y sentencias

koránicas en un milagro resplandeciente de paciencia y de fervor.

Un manto de seda azul, de ese azul fosco y brumoso que centellea sobre las crestas del oleaje cuando siente estremecerse sus entrañas a los primeros impulsos de la tempestad, flotaba sobre sus hombros hercúleos envolviendo en un prestigio celestial y marino las arrogancias de su busto y el misterio fascinante de su figura.

Una orla de esmeraldas daba fulguraciones de agua viva a la franja de terciopelo que le servía de fimbria.

La desnudez marmórea de sus pies, exangües y finos, como si la sangre con la fatiga de los años y el cansancio de los largos caminos se hubiese ido apagando, se entreveía entre las ligaduras de la sutilísima piel que aseguraba a sus plantas las sandalias de cuero, teñidas de un rojo violento, como de sangre fresca.

Un turbante de gasa con tenues recamos de finísimos hilos de oro y plata, retorcido como una venda, envolvía su ancha y tersa frente, un poco abombada, como si estuviese grávida de los más grandes y generosos pensamientos.

Los cabellos copiosos y las luengas barbas patriarcales, con sus mórbidas candideces de plenilunio, luchaban contra la áspera y firme angulosidad de su rostro, plasmado en el ministerio de la sombra más densa, de la tiniebla más dura.

Por fin sus labios se abrieron, como en el fervor de una plegaria, y habló así a la mu-

chedumbre que ávida y curiosa le rodeaba:

—Gigante verdadero y poderoso solamente es aquel que se inviste de la fuerza indestructible e irrefrenable de su propia fe y destroza sin temores su alma contra la amenaza misma. Así se convierte en rey de su propia conciencia y es ungido con el óleo destilado de su propia voluntad.

Oíd todos los que tenéis oídos y anhelos de saber para purificarse y perfeccionarse por medio de la sabiduría aquello que en largas horas de recogimiento y de soledad medité sobre el famoso libro de los Reyes:

Era llegado el momento de elegir rey de Israel.

Un día, la sabiduría, encarnada en la austera figura de Isaí Bethlehemita, habló a Samuel en esta forma:

—Samuel, Samuel, para la elección de nuestro rey no debes fiarte ni de la belleza del rostro ni de lo elevado de la estatura.

El hombre sólo ve las apariencias, y la sabiduría escruta los corazones.

Has que tu elección sea digna de la grandeza del pueblo predilecto del Señor.

Henchido con el espíritu de la sabiduría su corazón, Samuel partió para Bethlehem, en la tribu de Judá, y llamado a su presencia a Isaí Abinadab, le escrutó en los ojos, y moviendo tristemente la cabeza, lo apartó de su lado, diciéndole:

—No te puede elegir la Sabiduría para ceñir la corona de Israel.

Después se le presentó Isaí Samma, y Samuel de nuevo hundió la voracidad de

sus miradas penetrantes de águila en las negras pupilas del bravo guerrero, y exclamó, con la voz un poco turbada:

—Tampoco a ti puede elegirte la Sabiduría.

Isaí Samma repuso:

—Ya que me crees indigno de ocupar el trono, ¿quieres escrutar los ojos de mis ocho hijos a ver si alguno de ellos es digno de elección?...

Samuel condescendió, rogándole los fuera llevando a su presencia.

Isaí Samma le llevó siete; más ninguno de ellos fué conceptuado por Samuel digno de subir al trono a nombre de la Sabiduría.

Le dijo entonces al padre:

—¿Y tu otro hijo, por qué no lo has traído?...

El guerrero contestó:

—Es el más pequeño, y está en el monte conduciendo los rebaños.

—¡Tráeme al pastor!—añadió imperativamente Samuel.

El Narrador del Desierto intercaló una pausa en su discurso y elevó sobre las gentes sus ojos, en cuyos iris resplandecientes ardía, a los últimos rayos de la luz, como un vívido incendio de rubíes.

La muchedumbre había ido aumentando en torno suyo, como si el encanto de sus palabras atrajese para oírlas hasta aquellos que vivían más allá de los desiertos y de las montañas nevadas del Hebrón.

Era todo un pueblo, ávido de la música consoladora que exhalaban sus labios.

Se veían mujeres con el ánfora llena de agua a la cabeza, cuyos perfiles evocaban la sombra patriarcal y grácil de la Rebeca bíblica; damas de arrogante porte, vestidas de sedas y de oro, envueltas en el misterio sutil y perfumado de sus velos de gasas, conducidas dentro de pequeñas literas de púrpura franjeadas de plata por bellos y fuertes esclavos de la Libia... Hombres de majestuosos semblantes, con cimitarras de pomos de pedrería y grandes turbantes constelados de gemas como fastuosas tiaras; viejos venerables, arrastrando sus mantos listados y sus plantas exangües al arrimo de sus báculos; niños y niñas como pájaros estremecidos de alegría bajo la candidez flotante y ondulosa de sus túnicas blancas.

Llegaban en largas y fantásticas caravanas de sus casas lejanas, de sus aduares remotos, de las más distantes ciudades y por los más largos y polvorientos caminos, con los corazones ávidos y los oídos ansiosos de escuchar las maravillosas historias del Narrador del Desierto.

El cielo era como un ruego ardiente, como un voto inflamado; y los palmares se sumergían en la luz roja, y sus reflejos cálidos se extendían sobre la gente como las palabras del Narrador sobre las almas.

La voz, en el transcurso de la narración, se encendía con el mismo color del cielo.

El era el verdadero monarca de todo aquel pueblo, diverso en rangos, pero uno solo en la devoción, sugestionado bajo el dominio sonoro y maravilloso de su elocuencia.

IV

Continuó el Narrador del Desierto:

—El pastorcillo, el más pequeño de los hijos de Isai, el que pastaba sus rebaños a las faldas de las montañas del Líbano, fué conducido a la presencia de Samuel.

Era bello, como una humana flor, con la cabeza de un contorno estatuario aureolada de cabellos blondos, con los ojos fulgurantes de prodigios azules, que hacían pensar en los lagos montaraces bajo el encanto supremo del alba y en las profundas lejanías de los dilatados horizontes marinos. Su rostro tenía ese tono rosado y áureo de las pomas que destilan sus mieles en el recogimiento fragante de los huertos de octubre.

Era ágil y fuerte como los mastines que vigilaban el sueño de sus rebaños al arrimo de los rediles.

Una piel ruda de cordero envolvía el candor de su cuerpo adolescente, de amplio tórax y finos miembros, que hacían pensar en la belleza tersa y rígida de sus arcos maravillosos, que al curvarse siembran la muerte y son como un vivo himno que canta la salvaje energía y el triunfo inmortal de la fuerza.

Era bello, ágil y manso como los corderos a quienes dejaba, en las horas del sesteo, bajo las sombras de los cedros lamer sus largas y blancas manos de lirio, dignas de sostener

un cetro de oro orlado de diamantes, y como creadas a propósito para arrancar de las argentinas cuerdas de las arpas inmortales armonías.

Cuando Samuel vió aparecer al pastorcillo, no osó escrutarle los ojos, como a sus otros hermanos, sino que cayó de rodillas para venerarle como si estuviera delante de una aparición sobrehumana.

Sostenían por entonces una larga y empeñada guerra los israelitas contra sus vecinos los filisteos, y la sangre corría a torrentes por las fértiles llanuras de Donmim y por las feraces campiñas de Socho y Azoca.

En Israel reinaba Saúl, cuya senilidad apagaba toda esperanza de dejar herederos que perpetuasen las glorias de su nombre.

Los filisteos eran mandados por Goliath de Geth, un guerrero espurio de tan gigantescas proporciones, que para sostener su casco de bronce y su loriga de escamas de plata se necesitaba el esfuerzo de seis hombres.

Una tarde, Goliath de Geth, armado de todas sus armas y agitando en el aire su lanza, que descollaba por cima de la copa de los más altos árboles, se adelantó solo hacia las falanges israelitas, y desde un altozano, inmóvil como la estatua de la guerra, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones de cíclope:

—¿Por qué estáis preparados para la guerra, si ésta puede terminar fácilmente, volviendo a reinar entre los israelitas y los filisteos la paz amiga que reinó en otros tiempos?

Para ello basta con que se vierta solamente la sangre de un campeón, ahorrando tantas y tantas vidas como han de sucumbir en los próximos combates. Elegid uno de vuestros guerreros que pruebe conmigo su esfuerzo en un singular desafío.

Si él me vence, todos los filisteos serán siervos vuestros, y si yo lo venzo a él, vuestro pueblo será nuestro esclavo.

Yo desafío a todos los combatientes israelitas...

¡A ver si hay alguno que acepte mi reto!

Los israelitas y su rey Saúl oyeron en silencio las atronadoras palabras del gigante, y un temor profundo agitó todos los corazones. Las lanzas temblaron entre las manos convulsas de pánico y el cetro del rey Saúl rodó por tierra.

El Narrador del Desierto intercaló otra pausa en su discurso, y elevó sobre las gentes sus grandes ojos, donde ardían en un incendio de rubies los últimos resplandores del crepúsculo. Entre la multitud, ansiosa de seguir escuchando, pasaba en aquella breve pausa como la sombra de una angustia infinita, oscureciendo las almas y dilatando las pupilas en una ansiedad fervorosa.

Mas en la pausa, el silencio fecundaba de insólitos bienes a las mentes atónitas.

Una ánfora se desprendió de los hombros de una doncella, rompiéndose en el suelo. Y al caer, la frescura del agua fué absorbida de improviso por la sed voraz de las arenas.

Un justo murmuró en voz baja, con los párpados cerrados, como para ver mejor en

el fondo de su espíritu la claridad celeste que irradiaban sus palabras:

—Nosotros bebemos en el silencio las palabras de la meditación, como las arenas absorben esta agua. La Piedad ha roto su ánfora para aplacar la sed angustiosa de la tierra.

El cielo, en el progreso de la hora se encendía, se empurpuraba en un incendio maravilloso de corales y granates... Y el largo y profuso crepúsculo de la Arabia era como un fervor de luz que ascendía desde el barro mezquino de la tierra hasta las azules e infinitas exaltitudes de los cielos, como las llamas de un holocausto que el corazón de los hombre elevaba a la misericordia divina...

V

El Narrador del Desierto prosiguió su historia:

—También el pastorcillo que había entrado en el campamento custodiado por Samuel y seguido de una gran muchedumbre, oyó las insultantes palabras de Goliath.

Se paró de repente, y con las manos apoyadas sobre su cayado florido, con ramos de zarzas silvestres, exclamó, con la frente inclinada sobre el pecho:

—¿Qué premio le otorgaréis al que venza y destruya la arrogancia de este gigante

filisteo, librando a Israel de la vergüenza de sus amenazas?

¿Quién es este atrevido filisteo, que tiene la osadía de retar a los ejércitos que custodian el Arca Santa de la Sabiduría?

Se quedó asombrada la muchedumbre israelita al escuchar tales palabras en labios de un adolescente, y algunos corrieron a referírselas al viejo rey Saúl.

Y Saúl mandó que condujeran hasta su trono al pastorcillo de semblante rosado como la pomas de los huertos de otoño, de los cabellos blondos como la miel que destilan los panales de Bethsabeth y de los ojos fulgurantes de prodigios azules.

Bellísimo estaba el hijo más pequeño de Isaí Samma en su cándida sencillez. Parecía que de todos sus miembros fluía esa blancura casta y mística que se hace copa en los lirios.

El viejo rey Saúl le habló. Y el pastorcillo, con las manos apoyadas sobre su cayado florido de zarzas silvestres y con la frente inclinada, le dijo:

—Ningún corazón debe estremecerse de espanto ante las amenazas del gigante. Yo, el más humilde de tus siervos, iré a combatir contra él, y con estas mis pequeñas manos, limpias de toda impureza, sabré abatir su orgullo.

Saúl le respondió, pálido como un muerto, desde la altura de su trono, resplandeciente de oro y de pedrería:

—No es posible que tú puedas combatir con ese filisteo, porque eres un niño y él un

guerrero fortalecido en los combates desde su más tierna infancia.

El pastorcillo recordó entonces que el enviado de la Sabiduría, Samuel, se había prostrado ante sus plantas para venerarle, y una onda de palabras venida de lo más profundo de su alma se desbordó como una fuente divina, por la flor roja de sus labios, y ante el rey empezó a decir la parábola:

—Conducía, ¡oh rey!, este siervo tuyo los rebaños de su padre a pastar en las fértiles laderas de las montañas y en la frondosidad húmeda y fragante de los valles, y el león vino, y el oso vino, queriendo, para saciar sus hambres, arrebatarle los más tiernos y rollizos corderos; y tu siervo les persiguió y les arrancó de entre las fauces sus presas.

Contra mí se revolvieron para devorarme, y yo, con estas mismas manos de adolescente, me aferré a sus gargantas, oprimiéndolas, hasta que la vida se escapó en un rugido de espanto.

Yo, el más humilde de tus siervos, he desquijarado leones y estrangulado osos contra mi pecho. ¿Cómo no he de saber abatir a tan orgulloso filisteo?

El Narrador del Desierto volvió a detenerse y a elevar sobre las gentes sus grandes ojos, donde ardía el alma de rubíes del crepúsculo.

La tarde llameaba en una apoteosis intensa de púrpuras maravillosas.

VI

Continuaba la narración :

—Cuando el viejo rey Saúl, desde su trono de oro y gemas, oyó las palabras de la verdad, quiso revestir al pastorcillo con sus propias vestiduras y ceñirle también su espada y su escudo de plata y su loriga de escamas de bronce.

Mas el pastorcillo, cubierto con tales arreos, se encontró tan embarazado, que apenas si podía moverse, pues ignoraba el uso de tales prendas guerreras, acostumbrado como estaba a la vida libre y salvaje del pastoreo y a cubrir sus miembros sólo con pieles de cordero.

Viéndose imposibilitado por aquel férreo peso que habían arrojado sobre sus hombros, volvióse al rey y le dijo :

—Toda mi agilidad desaparece bajo el embarazo de estas prendas guerreras, cuyo uso me es desconocido.

Y, despojándose de las armas y de las regias vestiduras, empuñó de nuevo su cayado, cogió del suelo cinco nítidas piedras, las cuales encerró dentro del zurrón de piel de cabra que pendía de sus hombros, y agitando en su diestra su honda de esparto, alegre y risueño corrió al encuentro del gigante.

Goliath de Geth apenas vió al bello adolescente que corría a su encuentro, lanzó una

sonora carcajada, que hizo temblar en un choque rudo de acero y de bronce sus armas de combate, y dijo con un tono insultante de desprecio en la vibración irónica de su voz:

—¿Me has tomado por un perro cuando así vienes, ¡oh mísero y desventurado pastorcillo!, a amenazarme con tu cayado?...

Y le volvió despectivamente la espalda.

Mas como el menor de los hijos de Isai Samma prosiguiese avanzando sin que le amedrantase su presencia, volvióse de nuevo hacia él, y añadió en son de sorna:

—Si das un paso más, imberbe y temerario mozalbete, te descuartizaré como si fueras un cabritillo y ofreceré tu carne como pasto a las aves de rapiña y a las fieras de presa para escarmiento de atrevidos...

Mas el pastorcillo, imperturbable, repuso con voz tranquila y semblante sereno:

—Tú me ultrajas defendido con el bronce de tu loriga, de tu casco y de tu escudo, armado de tu lanza y de tu espada, y yo te respondo en el nombre de la Sabiduría y en el nombre de los ejércitos que custodian el Arca Santa de la Sabiduría, a los cuales tú hoy has provocado injuriosamente.

En verdad te digo que la Sabiduría hará que mueras entre mis manos...

Cortaré con tus mismas armas tu cabeza orgullosa, para que sirva de trofeo a la gloria de mi pueblo, y dejaré tu cadáver y el de todos tus filisteos en estos valles que han visto tu osadía, para pasto a las aves de rapiña y a las fieras famélicas.

El Narrador del Desierto volvió de nuevo a enmudecer, elevando sobre las gentes sus ojos de llamas, donde resplandecían en un largo y terco martirio de púrpura los vivos ardores de todos los rubíes del crepúsculo.

Todos los semblantes revelaban una misma y crepitante ansia interior.

La multitud tenía una sola alma... Y sobre aquella alma desnuda el largo y profuso crepúsculo de la Arabia, desde el arco encendido de los cielos, disparaba infinitos dardos bermejos...

VII

La narración continuaba:

—Cuando Goliath de Geth escuchó las últimas palabras del pastorcillo, le miró de hito en hito, y con una sonrisa cruel y burlesca en sus gruesos labios sensuales, avanzó hacia él dispuesto a castigar tanta insolencia.

Pero el pastorcillo, apenas se dió cuenta de ello, rápidamente sacó del zurrón de piel de cabra que sujeto por una soga de esparto pendía de sus hombros una de las cinco piedras que en su interior encerraba, y con celeridad cargó con ella su honda. Y con un gesto amplio y rápido de hondero, la agitó por cima de su rubia cabecita de adolescente, y en un fuerte embate la piedra partió con la velocidad y la fuerza fulmi-

nante del rayo y fué a clavarse en mitad de la frente del gigante, en el sitio mortal donde los arcos de las cejas se unen en un leve trazo negro.

La frente dejó escapar un caño de sangre, y la gigantesca corpulencia del guerrero rodó por tierra con los brazos abiertos en cruz y los labios espumajeados de rabia en los últimos estertores de la agonía.

Saltó el pastorcillo sobre el herido, y en medio del silencio y la estupefacción de ambos ejércitos arrancó la espada de las manos del moribundo y con ella, de un tajo, le cercenó la cabeza.

Cogió como un despojo leonino de las ásperas greñas la testa sanguinante, y con ella regresó al campo de los israelitas, entre las aclamaciones de todos y el clamor triunfal de las largas trompas de guerra.

Depuso su trofeo ante las gradas del trono de Saúl, y empuñando de nuevo su cayado pastoril y liándose la honda a la cintura, así habló a la multitud atónita que le cercaba:

—Los pacíficos rediles donde balan los rebaños de mi padre me llaman de nuevo, y a ellos torna el pastor con su cayado, su honda y su zurrón de piel de cabra para custodiarles de nuevo y conducirlos a la claridad azulosa del alba, mientras las alondras desgranán en la altura sus collares de trémulos trinos de oro, a pastar a las umbrias, entre las altas hierbas consteladas de diamantes de rocío...

Bajo la diafanidad de la aurora detrás

de sus corderos que balan y ramonean, entre las zarzas del camino, el humilde pastor entonará los más fervientes himnos en loor de la Suma Sabiduría.

Bajo la gloria del sol, mientras los rebaños seestean a la sombra de los árboles de las cañadas, al pie de alguna palmera cargada de frutos de oro, repetiré las mismas alabanzas sonoras.

Y bajo la clemencia suave y amparadora del crepúsculo, mientras al son de sus esquilas tambaleantes regresan los corderos a sus rediles, los mismos cánticos en loor de la Suprema Sabiduría brotarán de mis labios.

¡Samuel, Samuel, el elegido del Señor ha cumplido su voto y de nuevo regresa a cuidar los rebaños que su padre le ha confiado!

Y con los ojos fulgurantes de prodigios azules, las mejillas encendidas y revuelta y encrespada su rubia melena de león joven, el menor de los ocho hijos de Isai Samma perdióse corriendo a lo lejos del camino, sin hacer caso de las aclamaciones de la multitud que, frenética de entusiasmo, quería conducirle en triunfo sobre el escudo gigantesco de Goliath de Geth, el vencido campeón de los filisteos.

El Narrador del Desierto se detuvo, y sus ojos, donde iban extinguiéndose lejanos incendios de rubies, no se elevaron como de costumbre sobre las gentes, que en un silencio de religiosidad y de fervor habían oído sus palabras.

Con voz de profunda severidad murmuró lentamente, mientras las últimas brasas del

crepúsculo se desvanecían en la paz pródiga y celeste de los altos cielos serenos:

—El verdadero y potente gigante es aquel que solamente se reviste de la fuerza intangible de su fe y arroja con denuedo su alma contra la amenaza para abatir el orgulloso poderío de ésta.

El se convierte en rey de su propia conciencia y es ungido con el óleo santo destinado de lo más recóndito y puro de su voluntad.

Si no vemos nosotros mismos mejor es para que podamos ver con los ojos de la Sabiduría.

Si no oímos mejor la voces exteriores es para que podamos escuchar más nítidamente la voz íntima y eterna que habla a nuestros corazones en el silencio de la meditación.

Y al terminar estas frases, el Narrador del Desierto volvió a alzar sobre la multitud, embriagada de fe por el raudal de su elocuencia, el fervor inflamado de sus pupilas, en cuyos iris cristalinos y graves fulguraba un místico sueño de remotos rubíes.

VIII

Llegaba ya su término a la historia; el Narrador del Desierto recobró fuerzas, y prosiguió con voz cálida:

—Divulgado el triunfo del pastor adolescente por todas las ciudades del reino de Is-

rael, acudían las gentes coronadas de mirtos y de rosas y vestidas de túnicas valiosas recamadas de oro para celebrar la victoria, danzando en torno del Arca Santa.

Los más dulces cánticos perfumaban de alegría la fresca primavera del aire.

Las rebecas, las harpas, los crótalos y las nubelias, exhalaban en divinos suspiros de armonía sobre la tierra florida el más sonoro alimento de los cielos, como si legiones de arcángeles pulsasen con sus dedos de fragilidad y de dulzura las argentinas cuerdas celebrando la victoria del pueblo predilecto del Señor.

Millares y millares de labios frenéticos de júbilo dejaban escapar en los vientos perfumados de incienso, de nardo y de benjui la alegría ilimitada de sus entusiasmos.

—El viejo rey Saúl, con todos sus triunfos, sólo ha conseguido matar mil filisteos, y el joven pastor, el hijo postrero de Isai Samma, con uno sólo, ha conseguido destruir diez mil enemigos.

¡Alabemos el brazo poderoso e invencible del joven pastor!...

¡Digno es por su valor de ocupar el más alto trono de la tierra!...

¡Digna es su frente juvenil de la más espléndida diadema!...

¡Glorifiquemos su nombre, grabándole con caracteres de diamantes en el Arca de la Alianza, porque nos ha salvado del rencor y de las furias de nuestros enemigos, sometiéndolos a nuestro poder, como siervos que testimonian su esfuerzo!...

Volvieron a cerrarse los labios elocuentes del Narrador, y esta vez tampoco sus ojos fulgurantes de rubíes se alzaron sobre la multitud.

Con sus diáfanas manos, que ostentaban en los anulares dos cercos de coral y de ámbar y que tenían las uñas limpias y tersas como madreperlas, se cubrió el rostro escuálido y pensativo, y un suspiro muy tenue y muy vago se escapó de sus labios.

Cuando el Narrador del Desierto levantó sus diáfanas manos de su rostro plasmado en sombra, sus labios volvieron a abrirse a la palabra, y así continuó:

—El viejo rey Saúl envidiaba la gloria de aquel pastorcillo imberbe, que se había hecho el dueño absoluto del corazón de su pueblo y cuyo nombre era pronunciado por todos en un coro general de loores y alabanzas.

Hasta su propio hijo Jonatás, el futuro heredero de su poderío, sentía por el vencedor de Goliath de Geth un afecto lleno de la más sincera admiración, que no en balde el adolescente protegido de Samuel estaba signado también por el halo resplandeciente de la Sabiduría.

Y el anciano monarca sentía a cada momento morder su corazón podrido de senilidad y de impotencia los dientes voraces del rencor y de la envidia, esas víboras repugnantes y ponzoñosas que brotan siempre en los inmundos lodazales del odio.

Y por sus ojos velados por la edad pasó la sombra sangrienta del crimen, y una no-

che mandó a sus más fieles emisarios al lugar donde pastaban los rebaños del hijo menor de Isai Samma, con objeto de que le prendiesen y decapitasen en secreto.

Pero uno de los mismos que debían realizar sus siniestros designios, se los reveló al mismo Samuel y a algunos ancianos, y estas noticias pusieron en conmoción a todo el pueblo, que se alzó en armas contra el envidioso y decrépito tirano.

¡Así el juicio recto y sereno del Señor vuelve contra los malvados sus propias armas, y los abate y fulmina con el mismo rayo que ellos encendieron en las sombras!

Las palabras se fueron borrando, como desvanecidas en el silencio crepuscular...

Todos los oyentes inclinaron devotamente las frentes a la santa evocación de la justicia divina, y los estertores sangrientos del ocaso se dilataron en un fervor de encendidos rubíes, en la profundidad de todas las pupilas.

IX

—...Un día, mientras el pastorcillo sesteaba a la sombra de un bosque de olivas, llegó en su busca un adolescente, cubierto de polvo los cabellos y desgarradas las vestiduras... Sus pies sangraban como si hubiesen recorrido largos y espinosos senderos.

Se arrodilló en señal de veneración a las plantas del pastor, e inclinándose respetuosamente hasta rozar la tierra, exclamó, con el aliento aún jadeante de fatiga:

—¡El Señor te bendiga!...

—¿De dónde vienes?...

—Vengo escapado del campamento de los israelitas.

—¿Qué sucede? Habla...

—El pueblo ha abandonado el campamento; los filisteos han caído sobre él, pasando a cuchillo a todos los que quedaban. Hay montones de muertos, y entre ellos, el rey Saúl y su hijo Jonatás.

—¿Y cómo sabes tú que ellos también han muerto?

El adolescente, con la faz pegada a la tierra, prosiguió, aún más jadeante:

—Fugitivo cruzaba el monte Gelboe, y caído sobre su escudo contemplé, sangrando por varias heridas, al rey Saúl.

Caballos y carros y soldados le perseguían...

El anciano, al verme pasar, hizo un esfuerzo, se alzó un poco, apoyándose en un codo y, con voz desfalleciente, me dijo:

—¿Quién eres tú?...

—Soy un amaleticita—le dije, inclinándome para ayudarle.

El rechazó mi auxilio, y con la voz desgarrada por el dolor me pidió por todo cuanto hay de más sagrado en la tierra que le rematase, porque su débil cuerpo no podía resistir los inmensos y múltiples dolores que lo dislaceraban y ya su alma triste contem-

plaba con infernal espanto los estertores de su cuerpo aún vivo...

—Y tú, ¿qué hiciste?—exclamó con profunda ansiedad el pastorcillo.

—Le obedecí, porque sabía que no podría sobrevivir a su ruina. Cogí la corona que aún ceñía su cabeza, la coraza que aún resguardaba su pecho y el cetro de oro que aún empuñaba su mano, y aquí te los traigo, a ti, el elegido de la Sabiduría, mi Señor en la tierra...

—Mas ¿de qué país eres tú, que no has temido manchar tus manos con la sangre de un rey?...

—Soy hijo de extranjeros: soy amalecita.

—Sufrirás tu castigo—añadió con voz terriblemente severa y como extraña a aquellos labios juveniles el pastorcillo vencedor de Goliath de Geht.

El Narrador del Desierto interrumpió de nuevo su relato, y sus ojos se elevaron sobre la multitud, cada vez más sugestionada por el encanto sutil y maravilloso de su elocuencia.

En el gran arco del cielo parecía extinguirse el incendio vespéral. Mas en las pupilas del Narrador del Desierto brillaba aún más vorazmente el resplandor sangriento y fervoroso de los rubies...

X

—El pastorcillo, hijo menor de Isai de Samma, nacido en la ciudad de Bethlehem, en la tribu de Judá, fué rey de Israel, y rey justo y sabio, porque la Sabiduría estaba aposentada, como en un alcázar maravilloso, en lo más profundo de su alma.

Una sola vez pecó, porque todos los reyes pecan; mas fué tan grande su arrepentimiento, lloró y gimió tanto, que ningún rey en la tierra se ha condolido y ha purgado con tanta sinceridad su culpa.

Reconoció públicamente su error, como no acostumbran aquellos que dictan las leyes, los cuales, en su soberbia, se creen infalibles.

Fué rey de Israel, mas fué al mismo tiempo rey de sí mismo.

En su frente amplia y pensadora, como si encerrase en su interior un mundo, nuestra Sabiduría es una corona de inmortalidad.

Recordad eternamente al pastorcillo David, el hijo menor de Isai Samma, nacido en Bethlehem, en la tribu de Judá, y el más grande, el más justo y el más sabio de todos los reyes de la tierra.

Y el Narrador del Desierto, al terminar estas palabras, dejó la alcatifa, alzándose solemnemente a la luz crepuscular.

Un murmullo corrió entre todas las gen-

tes que, en silencio, le habían escuchado con la misma religiosidad con que se oye un oráculo.

El volvió a contemplar a las gentes con sus grandes ojos profundos, donde centelleaban los últimos rubíes del crepúsculo...

Después sacó de entre los pliegues de su manto un libro encuadernado en piel de camello, y antes de leer, extendiendo gravemente sus brazos, como en una bendición, sobre las cabezas de la muchedumbre, dijo con voz sonora y lenta, como los acordes de un arpa hebrea:

—En las prodigiosas narraciones de vuestra Scherezada se dice cómo el emír Moussa y el *cheif* Abdossamad con sus compañeros penetraron en una alta cámara de aquel edificio fabuloso, sostenido por cuatro órdenes de columnas de oro, de más de cuatro mil pasos de circunferencia.

Y dentro de aquella maravillosa cámara admiraron una mesa colosal de madera de sándalo, prodigiosamente trabajada, sobre la cual había, esculpidas en relieve, las palabras que voy a leeros y que vosotros repetiréis después a todos los reyes de la tierra que no sean al mismo tiempo reyes de sí mismos.

Y el Narrador del Desierto, en la luz que agonizaba, leyó estas palabras de la leyenda de Scherezada para que fueran repetidas a aquellos que no saben ser reyes de sí mismos:

—Una vez, a esta mesa, se sentaron miles de reyes, unos de ojos ciegos y otros de

ojos espléndidos. Ahora, todos en la tumba, sufren la misma ceguera

El Narrador del Desierto cerró el libro.

La gente, aún más ansiosa de oír, pedía nuevas narraciones... Mas el cielo se había ya hecho azul, como debieron ser los ojos del pastorcillo ungido rey de Israel. La primera estrella apareció con vivos temblores de plata.

El Narrador del Desierto se entró en su tienda, dejando caer tras él las cortinas de la entrada...

El aire parecía invadido del perfume de sus palabras, cálidas como el aliento del *simoun* que agita y devasta todo cuanto encuentra a su paso.

FIN DE
«LAS GRANADAS DE RUBÍES»

**LAS PUPILAS
DE AL-MOTADID**

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

1

LA luna se elevó majestuosa, semejante a un escudo de plata enrojecida, sobre las lejanas colinas cubiertas de cipreses, y en la cúpula del firmamento fueron adquiriendo relieves precisos y nítidos contornos metálicos algunos cirrus, esparcidos y dispersos como frágiles vellones de humo blanco en la indolencia serena y suave del azul profundo y cristalino de los diáfanos cielos de Oriente.

La marmórea terraza, perfumada por el aliento tibio y húmedo, casi humano, de los últimos rosales, resplandeció de súbito, en una fulgida alborada de plata y nieve, bajo la fantasmagoría de aquella pálida luz del plenilunio que, al filtrarse entre los encajes y los alicatados de los arcos, parecía descender, trémula de emoción, con una suavidad religiosa, a través de mórbidos velarios de misterio.

Las rosas fueron adquiriendo vivas tonalidades de rojos terciopelos, y semejaban, bajo el encanto melancólico del lugar, extrañas copas desbordantes de sangre.

Las pálidas campanillas, cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño llamaron los poetas «hábitos de luna en flor», se abrieron estremecidas, a la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florecencias de nacaradas madreperlas.

La noche entera tenía, en el recogimiento de las frondas y en el silencio marmóreo de los patios del Alcázar, una poesía grave y profunda, de fascinaciones inauditas.

El califa Al-Motadid exploró ansiosamente desde la florida terraza la vasta y cóncava serenidad de los cielos estrellados.

Una insólita tristeza milenaria se agudizaba en sus grandes ojos taciturnos, dándole a la voracidad de su mirada, inexcrutable como un abismo sin fondo y devoradora como el incendio de un volcán, todos los múltiples y acerados reflejos de esas bellas y finas armas que los espaderos de Damasco cincelan, bruñen y esmaltan como las joyas más dignas de fulgurar en el esquelético seno de la Muerte.

Se decía que en la impenetrabilidad de aquellas miradas, Dios había encerrado uno de sus más grandes e irreveles misterios.

Los campesinos afirmaban, temblando de pavora, que bajo su influjo las tierras más fértiles se tornaban estériles, y los árboles más frondosos se secaban, hasta en sus más ocultas raíces, como bajo la fulminación sulfúrica y tempestuosa del rayo.

Algunos astrólogos aseguraban que ante el brillo sobrehumano de aquellos ojos la madre Noche había engendrado en sus en-

trañas de sombra dos nuevas y lejanas estrellas.

Era punto de fe en todos sus dominios que el califa Al-Motadid veía aun con las pupilas cerradas, y que sus párpados, por el largo ejercicio de aquella mirada, habían adquirido una transparencia de gasa.

El califa conocía el mágico poder de sus ojos, el dominio que tenían sobre todas las cosas y la sugestión y hasta la servidumbre a que obligaban a todos aquellos que se atrevían a contemplarlos.

Y para que en toda hora y en todo tiempo resaltase imperiosamente su deslumbrante fulgor, había abolido por completo de sus regias vestiduras los colores vivaces, los ornamentos de seda, las franjas de plata y los flecos de oro.

Un amplio albornoz de un negro fosco y duro envolvía majestuosamente su grácil y esbelta figura, como un manto de eternidad y de sombra.

Su cuerpo, así envuelto, asumía un no sé qué de inmaterial, de casi impalpable...

Parecía una sombra emigrada de un fabuloso reino de ilusiones y de ensueños para subyugar a los hombres con la luz extraña y sugestiva, dominadora y fascinante de sus grandes ojos crueles.

El sabio Yusef ben Moawia, aquel que por su gran elocuencia era llamado por los doctos del Irak el «perenne manantial de oro», llegó desde la oscuridad de su retiro lejano a la corte del califa, con objeto de visitarle.

Conocedor de la obsesionadora influencia de los ojos de Al-Motadid, quiso presentarse a su vista en una mañana en que la suavidad del alba diluía en el cielo su plata más clara y su azul más puro.

El sabio, después de largas horas de meditación, había pensado, al partir:

«Los prodigiosos ojos dominadores no podrán lucir con toda su intensidad bajo la deslumbrante claridad del cielo.»

Mas apenas llegó a la presencia del califa, no tuvo más remedio que inclinar agobiado la frente y comprimir los párpados con sus manos, con aquellas manos rugosas y amarillas como los viejos pergaminos sobre los que tantas veces había visto azulear la luz de la aurora en sus largas vigi-llas de estudios y meditaciones.

Mas los amplios y claros cielos del alba no tenían poder ninguno sobre los ojos del califa, porque éste, para recibir con todo honor al sabio, había querido darle audiencia en el maravilloso salón llamado «El milagro de los ojos», una vasta sala recamada de sedas negras, con el trono de mórbidos terciopelos del mismo color.

Al-Motadid, envuelto majestuosamente en el amplio albornoz de velos oscuros, que adensaba en sus pliegues toda la fosca tristeza de la sombra, dilatando sus bárbaros ojos, en una expresión de dominio, dijo a Yusef ben Moawia:

—Aquí me tienes ya, en mi propia luz, ¡oh docto entre los doctos!... ¡Habla!...

—;Deja que me sustraiga antes del poder

de tus ojos, y hablaré!...—repuso con voz grave y sentenciosa, en la cual se insinuaba ya un estremecimiento de terror, el sabio del Irak.

Y el califa repuso lentamente, dando a sus palabras agudezas de estilete y agrandando más el dominio negro y centelleante de sus pupilas:

—Tú debes sentir ya, hasta en lo más profundo de tu alma, el fuego devorador de mis ojos. Mi mirada quema toda tu sabiduría. Tu pobre y mísera ciencia no puede ni sabe penetrar en el misterio de mis pupilas...

—¡Oh Al-Motadid, emir de todas las luces, hoy mi sabiduría se ha consumido ante tus ojos y sólo de ella quedan pavesas!... Tu fuego la ha abrasado, y tu aliento la dispersa como el viento del desierto barre las últimas cenizas de las fogatas de las caravanas.

El califa se sonrió con una sonrisa enigmática que hizo más profunda la noche de sus ojos y más aguda la fulguración de su mirada:

—Podrás reencenderla, recuperar toda tu ciencia, si eres capaz de contemplarme cara a cara, durante tres segundos, sin cerrar los párpados...

Hubo un silencio ahogado por la ansiedad y la angustia, después que en las altas y espaciosas del extraño y misterioso salón se extinguieron, burlescamente, los pausados ecos de las últimas palabras del califa.

Sólo se oyeron, como signos de vida, como

únicos latidos de esperanza, en el anonadamiento infinito y pétreo de aquel instante decisivo, los aleteos medrosos de pájaro prisionero del corazón del sabio, al agitar las pesadas y fastuosas sedas de sus ropajes, y el gotear fugitivo y monótono de alguna vieja clepsidra, donde el cansancio inmemorial del Tiempo desgranaba, una a una, con avaricia de perezoso, las perlas fugaces y trémulas de sus eternos collares de llanto.

Dos esclavos etíopes mudos y negros como la misma sombra dieron escolta al sabio hasta el patio exterior del maravilloso alcázar, bajo cuyos cipreses se amontonaba una abigarrada muchedumbre, venida de los cuatro confines de la tierra, para ofrecer sus dones al muy alto y poderoso emir de los creyentes, el califa Al-Motadid, gloria del Islam y espada de la justicia...

Y aquella mañana, el sabio Yusef ben Moawia, llamado por su elocuencia y su sabiduría, entre los doctos más famosos del Irak, «el perenne manantial de oro», salió inmémore del salón del trono, y no recordó en toda su vida más que el fulgor malvado y deslumbrante de aquellos ojos infinitos de crueldad y de malicia.

II

El poeta Abdemelik el Coraichita, glorioso en todo el Oriente por sus estrofas vene-

nosas de olvido como las flores del loto, tiernas y suaves como el pálido azul del asfodelo y ricas de imágenes como las túnicas de los ídolos, había exaltado en largos versos, movibles y frescos como la hierba de las praderas, la maravillosa belleza y el mágico poder de los ojos del califa.

El poeta había apenas entrevisto aquellos ojos, en una ceremonia cortesana, a través de una larga fila de soldados etíopes armados de lanzas de oro y escudos de plata.

Las estrofas en su loor quiso que fuesen recamadas con seda turquí y perlas, sobre un cojín de raso negro, por las manos patricias de una musulmana, célebre en Bagdad por haber bordado sobre un velo, más sutil y frágil que las alas de las libélulas, los más bellos versículos de las suras koránicas.

Mas después que el cojín, perfumado por los más raros y embriagantes aromas del Arabia, y encerrado en una rica caja de sándalo, fué llevado a la presencia del califa, y éste, con voz clara y sonora, casi metálica, leyó, ante el fasto de la corte, las rítmicas y brillantes estrofas en alabanza de sus ojos y admiró lo maravilloso del bordado, desde aquel momento, el poeta Abdemelik el Coraichita, el más famoso de Oriente, no supo encontrar rimas para sus kasideas ni imágenes ni ritmos para sus gacelas, y las manos patricias de la célebre bordadora de Bagdad perdieron sus virtudes milagrosas y jamás consiguieron enhebrar una aguja.

Los fatales ojos de Al-Motadid habían consumido en su hoguera interior todas sus aptitudes, dejándoles inmémores para el arte.

También el músico Aliatar, que había sabido extraer de miles de instrumentos sonoros océanos de melodías que hacían naufragar el ánimo de los oyentes en abismos de las más insólitas dulzuras; también el músico Aliatar, que había maravillado todo el Oriente con el encanto de su guzla, entonando en alabanza del Señor canciones tan sinceramente religiosas que hacían presentir a los corazones las sobrehumanas alegrías del Paraíso, no pudo arrancar una sola nota a las cuerdas melódicas; después de haber elogiado con musical fervor los ojos del califa.

Había compuesto una suprema página de ternura y de delirio, en la cual las notas vibraban, oscilaban y gemían como las florestas agitadas por el huracán.

Cuando las guzlas, en las noches sin luna tañidas por ágiles dedos expertos, propagaban, en el divino silencio ebrio de aromas y cálido por la respiración vegetal de las plantas, la armonía subyugante de aquel elogio, las cadencias se fundían en el aire, se encendían con la fosforescencia de aquellos ojos y se alejaban por el espacio ilimitado, perdiéndose en la oscuridad de la sombra, como miríadas de luciérnagas.

El califa Al-Motadid no oía las notas, mas las veía llegar en la sombra, absorbiéndolas con el fulgor de sus ojos.

El músico, después de aquella página, vió

de repente encanecer su juventud, esterilizarse su corazón para todos los afectos y extinguirse en su alma todas las pasiones.

Se hizo taciturno, solitario, ávido solamente de arrastrar sus largos cabellos blancos en los frescos silencios de las cavernas, en las plácidas soledades de los ríos o entre las umbrosas melancolias de los bosques, donde a su presencia hasta los ruiseñores enmudecían y las mismas serpientes se ocultaban despavoridas entre los ásperos matorrales.

En vano, en la soledad polvorienta de los rincones de su tienda, las cuerdas de las guzlas esperaron para encantar a la noche con su armonía suave y temblorosa las ágiles y expertas caricias de sus manos; de aquellas pobres manos que hoy eran sólo como secas raíces y como inútiles despojos de un rosal florecido, agostado y muerto en plena primavera.

III

Fátima, la hija predilecta de Abdemelik, el más famoso guerrero de la corte del califa, era de tan sobrehumana belleza que de ella se contaba que como un día de sopor se quedase dormida en el encanto fragante y umbrío de un quiosco de su jardín, un paje que por allí pasaba, viendo, por vez primera, su hermoso semblante libre de la

prisión del velo que constantemente le encubría, se quedó admirado, inmóvil, sin atreverse a respirar, y después de contemplarla largo rato en un silencio religioso, huyó como un loco y púsose a gritar frenético en los patios del alcázar de su señor:

—¡Bendecido y alabado sea el nombre santo y puro de Alá!

Su omnipotencia protege a nuestro señor, el glorioso Abdemelik, terror de los infieles y martillo infatigable de los paganos.

Los jardines de Abdemelik son los jardines del Paraíso, que el Profeta prometió a los verdaderos creyentes, pues en ellos descienden a reposar las huries...

Mis ojos han visto una, la más bella de todas, dormida en un banco, en el quiosco de los cipreses.

Su rostro era blanco y bello como la luna llena cuando aparece en las cimas nevadas del Líbano.

Su aliento embriaga como el olor de los nardos, y sus cabellos son negros como las alas fabulosas del roc.

Cien poetas habían loado su nombre.

Y todas las noches, bajo la serenidad azul y plata de los altos cielos de Oriente, en la soledad fragante a rosas y jazmines de su calleja, las guzlas desfallecían de amor al pie de sus celosías, mientras los surtidores y los arrayanes de los huertos perfumaban el silencio de un amargo y fresco anhelo de imposibles amores.

De lejanos países llegaron los más gloriosos emires y los más ricos mercaderes a po-

ner a sus plantas las más fuertes y victoriosas cimitarras y los más ricos y fabulosos tesoros, por obtener siquiera una sonrisa de sus labios o una mirada compasiva de sus ojos, donde se abrían, entre un negror de tinieblas, las más divinas claridades de los cielos.

Y todos tornaron de nuevo a sus países sin la esperanza de su amor, pero con la soberbia alegría de haber dado a sus pobres ojos mortales, siquiera fuese por un momento solo, el supremo placer de haber reflejado, en su fondo, como en un espejo encantado, la más bella y milagrosa creación que Dios había arrojado sobre la tierra.

Y muchos jóvenes guerreros, heridos por sus desdenes y buscando un olvido para su amor, habían volado, en sus potros, a buscar la muerte en los combates, y su nombre fué la única oración que se escapó de los labios, al caer, atravesados por una lanza o malheridos por un venablo enemigo, en sus algaradas a las fronteras de los cristianos.

En su honor, el poeta Ayub el-Medini había compuesto esta kasida, que aún recitan los beduinos, a la puerta de sus tiendas, mientras los camellos dormitan al amparo de las empalizadas y los perros, vigilantes, enseñan a la luna los acerados reflejos de sus carlancas y el blancor livido y agresivo de sus dientes feroces:

¡Noble alazán! Tus cascos hieren el duro suelo;
tus piernas se estremecen. Con la cerviz erguida

relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
 ansiando que mis manos te abandonen la brida
 para tender al viento de la noche tu largo
 cuello, en el raudó empuje del galopar experto,
 entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,
 barriendo con tus crines la arena del desierto...
 El oro de la luna corona el alto monte...
 ¡Que humeante devore tu nariz dilatada
 las horas y el espacio, y vuele el horizonte
 bajo las tempestades de tu planta ferrada!
 Lejos, muy lejos queda tu aduar, Acallando
 con su voz el furioso gruñir de los mastines,
 en pie, sobre un vallado, mi amada está espiondo
 tu humeante silueta por los anchos confines.
 Postrados de rodillas los camellos dormitan,
 los rebaños se agrupan en los viejos corrales,
 sus troncos se contraen y sus flancos tiritan
 cuando rugen leones o aúllan los chacales,
 Los nobles toros braman, amparando en sus ancas
 a las vacas enfermas y a los novillos tiernos,
 mientras rasgando nimbos de claridades blancas
 elevan a la luna su círculo de cuernos,
 Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte:
 se encurva cautelosa la sombra de la fiera...
 Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,
 y en todo flota el trágico silencio de la espera...
 ¡Vuela, alazán!... Devora las arenas, que antes
 que se ponga la luna tras los montes lejanos,
 la amada nos aguarda... ¡Tus flancos jadeantes
 premiará con las dulces caricias de sus manos!
 ¡Cruzará como una flecha los áridos confines,
 devorando las horas en tu galope experto,
 que te espera su mano para adornar tus crines
 con ramos de las flores más bellas del desierto!

Pero Fátima permanecía insensible a todas las mágicas seducciones del amor, y las músicas en el misterio constelado de la noche con los últimos rayos de la luna; y las

poesías se deshojaban en el silencio de los jardines con los postreros cálices de las flores; y las joyas y las preseas se amontonaban como inútiles trofeos en las suntuosas alcatifas de sus camarines.

Su corazón era como un cubil donde el león del tedio bostezaba de hartura.

En vano sus esclavas, sobre las pieles más costosas de la India, danzaban esas danzas maravillosas que aprendieron de las sagradas bayaderas, en las frondosas márgenes del Ganges, bajo el encanto de oro y jaspe de los altos y calados pórticos de pagodas de ensueño.

En vano el incienso, la mirra y el benjuí se deshacían en azuladas y fragantes espirales de enervantes aromas, en los pebeteros de plata cubiertos de piedras preciosas.

Nada vencía su indiferencia desdeñosa ni hacía asomar la sonrisa a sus labios.

Solamente, cuando reclinada sobre los blandos almohadones de plumas de cisne forrados de damasco y adornados de piedras preciosas contemplaba en el fondo nítido y resplandeciente de un espejo de plata que sostenía una sierva, arrodillada a sus plantas, el encanto pleno de juventud y de gracia de su propia belleza, sonreía como extasiada, mientras sus esclavas tañían las arpas y los laúdes, las cítaras y las nubelias, y del techo, abovedado y resplandeciente de estrellas de oro, como los cielos de la Arabia, llovían las más raras esencias y los pétalos más suaves y frescos de las flores más fragantes.

Un día, la fama de su hermosura llegó a oídos del califa Al-Motadid, el cual, impresionado por lo que todo el mundo proclamaba como un verdadero prodigio, mandó llamar al padre de la doncella, y le dijo, con un leve dejo de ironía en su voz:

—¡Me han dicho, mi noble deudo Abdemelik, que tu hija Fátima supera en hermosura a las mismas huríes del Paraíso!

En mi harén las mujeres son ya para mis ojos como cosas sin alma y sin vida...

Necesito una flor fresca y viva que vuelva a encender la sangre en mis venas apagadas y reanime los últimos rescoldos de esta juventud que se marchita...

Tráeme mañana mismo a tu hija, y yo te recompensaré, en cambio, con la mejor ciudad de mis dominios, el cargo más honroso de mi corte y el potro más ligero de mis caballerizas.

Abdemelik inclinó la frente hasta tocar el suelo, y así, postrado, murmuró:

—¡Cúmplase en todo tu soberana voluntad, noble emir de los creyentes!...

Y haciendo respetuosas zalemas, salió del regio salón del alcázar sin volver la espalda al califa.

A la mañana siguiente, Fátima, resplandeciente de belleza, se presentó ante Al-Motadid, engalanada con todas sus joyas, como una diosa que desciende de su tabernáculo.

Mas apenas sus ojos se encontraron con las pupilas fatales, sintió arder su corazón como si le devorase una boca de llamas.

Y desde entonces Fátima, la belleza insensible y fría a todas las seducciones del amor, se fué disipando, consumiéndose, en un frenesí loco de amor, bajo la mirada penetrante y cruel de aquellos ojos fatales.

Y su belleza se ajó, se deshizo en una vejez prematura y en una palidez de enferma...

De sus dedos y de sus brazos se caían por sí mismos los anillos y los brazaletes...

Y un día, al contemplarse, después de mucho tiempo, en su espejo de plata, se encontró tan variada, tan otra, que se deshizo en lágrimas y cayó desmayada en brazos de sus esclavas.

Y así murió, bajo el fúnebre influjo de las pupilas malditas, la más bella de las mujeres del Oriente, aquella que todos los hombres reputaban como la más hermosa huri del Paraíso.

IV

El reino entero parecía sentir el maléfico influjo de los ojos del califa, como si la maldición de los cielos hubiese caído sobre todos sus dominios, devastándolos.

Los pobres labradores desuncian sus yuntas y abandonaban sus tierras, porque se habían tornado estériles a la roturación fecunda y generosa del arado.

En vano, en un amplio gesto patriarcal

de sembradores habían derramado a manos llenas las simientes vivas sobre los surcos recién abiertos, húmedos aún con el sudor de su esfuerzo desesperado.

Las simientes se perdían sin dar siquiera la esperanza de una cosecha futura, como si las hubiesen arrojado sobre la dureza inhumana de los desnudos roquedos.

Y las hoces se enmohecían como armas inútiles en los rincones de sus cabañas, esperando en vano la hora cálida y alegre de la siega.

Los olivos y los granados, los naranjos y las higueras se secaban en las laderas de los huertos y en los verdes pomares, sin dar fruto, como plantas malditas.

Las puertas de los molinos estaban cerradas, y en vano el agua rumorosa y espejeante en los floridos cauces de las acequias entonaba, bajo las alamedas y los mimbrales, su clara y fresca canción, donde había nostalgia de harina blanca y saudades de plácidos idilios molineros.

El hambre había asomado su faz amarillenta y demacrada, aun entre el bullicio y la algazara de las ciudades más populosas, y los morales no daban hojas para alimentar a los gusanos de la seda, y los telares permanecían silenciosos y las forjas apagadas.

Las caravanas que iban al Oriente esparcieron por las más apartadas regiones del reino las infaustas nuevas y el poder destructor e infernal de las pupilas malditas.

Los solitarios, en la hosquedad silenciosa

de sus retiros, postrados en el suelo, con los ojos y los brazos tendidos hacia la Kaaba, impetraron del Cielo piedad y remedio para tantos y tantos males como abatían a los buenos creyentes del Islam.

Pero el Cielo permanecía sordo a los votos humanos.

En todos los ámbitos del califato se hablaba diariamente de la negra fatalidad que pesaba sobre todo.

En voz baja, casi al oído, en las ciudades, por temor a la delación de algún espía.

Los beduinos se reunían a la hora del crepúsculo y en las noches de luna en las puertas de sus tiendas, y en vez de las antiguas kasidas de sus poetas resonaba ahora la lamentación apagada y quejumbrosa de los males que diezaban sus rebaños y esterilizaban las feraces y pródigas entrañas de sus oasis.

¿Quién encontraría un camino de salvación para tantos y tantos contratiempos?

¿Habría manera de acabar con aquel poder oculto y tenebroso que se había adueñado de las negras pupilas del califa Al-Motadid, proyectando sobre la tierra la sombra devastadora de su maléfico influjo?...

Se consultaron a los más sabios astrólogos... Pero las estrellas permanecían mudas y los horóscopos se perdieron en las más vagas y contradictorias conjeturas.

Algunos afirmaban que el espíritu del Mal, el demonio sanguinario y cruel de las antiguas y feroces teogonías politeístas, se había refugiado en el misterio de aquellos

ojos como una fiera monstruosa que, al sentirse malherida, se refugia en la profundidad de una caverna.

Otros, por el contrario, aseguraban que era el Arcángel de las venganzas, el de espada de fuego y túnica de llamas, el que vivía dentro de aquellas pupilas para castigar la impiedad de los hombres, y que hasta el día en que no quedase un réprobo no dejaría su asilo fatal.

Algunos confiaban en la ciencia oculta de los nigromantes judíos o en el poder milagroso de los fakires, que se alimentan de raíces, en las remotas regiones de la India.

Y los pueblos, prestos siempre en su inocencia a dar oído y crédito a las cosas sobrenaturales, mandaron comisionados al interior del país, donde viven aún los nigromantes judíos, y a las riberas del Ganges donde habitan los fakires. Pero los comisionados, después de no pocos trabajos y vicisitudes en sus largas peregrinaciones, tornaron a sus ciudades y a sus tribus, sin que los nigromantes ni los fakires hubiesen pronunciado ninguna palabra de salvación.

V

El cheij Almanzur ben Abdalha era venerado en todo el reino por la rectitud inflexible de su conciencia y por la piedad

inmensa de su alma, abierta siempre a la esperanza y al consuelo.

Su nombre se repetía de tribu en tribu, de aduar en aduar, con respetuoso fervor, entre loas de entusiasmo y homenajes de admiración.

—Es el espejo donde deben mirarse los verdaderos creyentes.

—¡La Verdad habla solamente por sus labios, puros de toda irreverencia!

—¡Es el único que conserva en su corazón la pureza y la fe de las antiguas costumbres!...

Su tienda se alzaba, a la sombra de los tamarindos del más fértil oasis de los desiertos del Irak, allí donde se cruzan los caminos de las caravanas que van a Damasco y de las que vienen de las tierras cenagosas y pródigas del Egipto.

Todos acudían a ella como a un templo a buscar alivio para sus males y un bálsamo de resignación para las iniquidades de la vida.

—Dios no pudo haber encerrado en los ojos del califa Al-Motadid ningún misterio irrevelable.

Revelado ha sido el misterio de aquellos ojos, y, roto el secreto, sólo se ha hallado las huellas del espíritu del Mal.

Dios no quiere ni puede desear el mal para el pueblo que le adora, sino que derrama sobre él, a manos llenas, todos los bienes de su magnificencia y de su gracia.

Su divino poder manda la lluvia cuando la tierra se muere de esterilidad y de sed:

envía el rocío para que los cálices se entreabran y las hojas tiernas adquieran fortaleza; ha colocado la luna como una lámpara maravillosa para que los viajeros extraviados en los laberintos de un bosque encuentren la ruta perdida.

Todo en beneficio de los miseros mortales que, besando la tierra, acatan y bendicen su nombre.

Los ojos del califa son la maldición y el exterminio.

Desde el fondo sombrío de aquellas pupilas, algún espíritu satánico se venga de la bondad y del bien, sin que nosotros podamos imaginarlo siquiera.

Así había hablado con extremada contricción el viejo Almanzur, bajo el lino de una tienda, cercado de algunos embalsamadores recién llegados de las fértiles tierras de Egipto, y de un noble mercader nómada que regresaba a su tribu desde el Adramud, con los camellos cargados con los más fabulosos y raros tesoros de la tierra.

Dijo el mercader con voz suave y perezosa, como si dejase escapar las palabras en un resbalar de seda entre la púrpura abultada de sus labios:

—Almanzur, si tu consejo liberta a nuestra tierra de aquellos ojos inicuos, yo te regalaré los más preciosos dones del Oriente... Un pequeño idolo de ámbar, cuyo poder alejará de ti todas las tentaciones diabólicas y ahuyentará con su olor a las serpientes que en el silencio nocturno penetran en nuestra tienda y se deslizan a lo largo de

nuestros lechos para clavar su ponzoña en nuestro corazón.

Un viejo embalsamador añadió, acariciándose con sus manos esqueléticas sus largas barbas, entre cuyas tinieblas albeaban ya algunos mechones de canas:

—En la tumba de los faraones he encontrado un anillo de oro con una extraña piedra, la cual, sumergida en el agua, tiene la rara virtud de difundir un suave olor a nardo.

Será tuyo el misterioso anillo si libras con tus consejos a nuestra tierra de la sombra nefasta de aquellos ojos infames.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual todas las miradas interrogaron ansiosas al anciano.

—Oídme—repuso por fin Almanzur, alzando lentamente la cabeza—: el pequeño ídolo de ámbar que ahuyenta la desgracia, y el anillo, cuya extraña piedra perfuma el aire de nardo, nada me importan. No quiero premios ni admito recompensas.

En mi corazón hay una profunda palpación de amor y de piedad hacia nuestra gente.

Quisiera encontrar dentro de mi vieja experiencia el consejo más joven y más seguro para que pudiera librarnos de ese maleficio que ensombrece nuestra tierra y oscurece la alegría del sol como un fantasma, como una nube negra que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Donde el califa Al-Motadid dirige las pupilas, allí reinan la esterilidad y el espanto.

El tiene un maldito fulgor humanizado en sus ojos. Nosotros debemos apagarcelo.

Todos gritaron trazando gestos de amenazas en el aire, como si blandiesen sus aceros.

—¡Apaguemos ese fulgor!...

Almanzur, después de un prolongado silencio, en el cual pareció meditar profundamente, elevó sus ojos a lo más alto como si pidiese fuerzas a los cielos, y murmuró con voz grave y solemne:

—Huéspedes míos, adoradores fervientes de nuestro Dios, voy a confiaros un secreto que desde hace mucho tiempo guardo encerrado en el fondo de mi alma. Oídme: Oraba yo una noche, postrado en lo más oculto de mi tienda, pidiéndole al Cielo que nos libertase de la fatalidad de esos ojos crueles, cuando de repente una claridad suave y celeste iluminó mi retiro, y en el silencio nocturno me pareció oír una voz sobrehumana que murmuraba a mi oído.

—Los ojos de Al-Motadid no son, como creen algunos de nuestros magos, el esplendor, evidente de la onirodinia, sonambulismo e incubo al mismo tiempo, sino el perverso deslumbramiento de la maldad.

Y desde aquellas noches de plegaria tanto se encendió mi fervor y tan firme se hizo en mi espíritu la esencia de la realidad de aquel sueño, que me decidí a buscar a Ali, el esclavo adolescente destinado por el califa a servicios más familiares.

Ali era la única persona que podía ceñirle el amplio albornoz de seda negro. Sola-

mente sus manos debían calzarle las espuelas de oro y suspender de su cinto de terciopelo negro bordado de plata el rico y fino alfange, cuyo pomo era un milagro de pedrería.

Yo había educado, desde su más tierna infancia, al bello adolescente en el amor de Dios, y sentía por mí un verdadero afecto filial.

Confiado en este cariño le abrí mi corazón, contándole mi sueño y convenciéndole a que librara a nuestra tierra del maleficio de aquellos ojos inicuos que proyectaban sobre ella la desolación de sus sombras.

Allí vigilaba constantemente el sueño del califa, pero jamás osó en todo el tiempo en que estuvo a su servicio contemplarle cara a cara.

Esta respetuosa sumisión del esclavo habíale convertido en el favorito de Al-Motadid.

Yo induje al adolescente al gran gesto liberador; y un día oculté entre los pliegues de su túnica una pequeña ampolla de cristal, en la cual había encerrado un poderoso veneno capaz de corroer y apagar para siempre aquellos ojos fatales.

El esclavo debía, mientras el califa se entregaba al sueño, verterlo rápidamente sobre los párpados.

Aquella noche, cuando el esclavo, descalzo para no hacer ruido, alzaba los ricos tapices del lecho de Al-Motadid y extendía ya el brazo, próximo a cumplir su misión libertadora, se quedó de súbito aterrado, aho-

gando un grito de espanto en su garganta, y la ampolla cayó de sus manos, derramando sobre el mosaico del pavimento la corrosiva virtud de su veneno.

Al-Motadid le había sujetado por las muñecas, incorporándose sobre el lecho, en un gesto frío y cruel de leopardo que al fin siente crujir entre sus zarpas la presa que durante mucho tiempo ha estado acechando.

El califa veía a través de sus párpados. Su carne se entregaba al sueño, pero sus ojos permanecían vigilantes.

Al día siguiente, Ali, el esclavo adolescente predilecto de Al-Motadid, era arrojado al hambre y la ferocidad de los leones que en sus jaulas de hierro atemorizaban el silencio fragante de los jardines con el trueno retumbante y seco de sus rugidos.

Y, desde entonces, todo el reino afirmó que el califa Al-Motadid ve aún con los párpados cerrados, porque sus párpados han adquirido una transparencia de gasa.

¡Pobre Ali!... Su muerte ha dejado un vacío tan profundo en mi corazón, que ningún otro afecto podrá llenarlo!

Suspiró, en un hilo trémulo y quejumbroso de voz, apenas perceptible, el viejo Almanzur.

Sus párpados se fueron cerrando lentamente, y su frente, agobiada por la tristeza infinita de aquel recuerdo, se inclinó, dolorida, entre la amarillenta lividez de sus manos exangües.

El silencio se prolongó en un grave y pesado recogimiento doloroso que contraía du-

ramente los ceños y daba a todas las pupilas esa inmovilidad traslúcida que hace pensar en el éxtasis de los bienaventurados o en la locura infernal y roja de los poseídos.

Nada turbaba la inquietud angustiosa del momento. Sólo una débil brisa venida de los pomares del oasis hacía ondular levemente los ricos tapices, derramando en el ambiente las fragancias melosas de los frutos maduros y la frescura casi humana de los nardos que se abrían en sus grandes ánforas de barro rojo, junto al brocal a la sombra azul y fecundante de los altos palmares, dorados de dátiles y sonoros de nidos.

Las golondrinas revolaban familiarmente dentro de la tienda, trazando, sobre las frentes inclinadas de meditaciones, la corona alegre y fugitiva de la sombra de sus vuelos...

VI

De súbito, como si no pudiese contener en su corazón tanto y tanto dolor acumulado durante aquellos momentos de silenciosas meditaciones, el viejo cheij Almanzur se estremeció en una convulsión angustiosa...

De sus ojos, profundos y claros como esos pozos abiertos en la dureza de las rocas, en cuyo fondo se reflejan toda la luminosa poesía de los cielos, brotaron dos lentas lágrima-

mas que, resbalando por sus mustias mejillas, fueron a perderse en la blancura ondulante y trémula de sus largas barbas patriarcales, como dos gotas de rocío en un manojo de lino...

Su voz se hizo un sollozo, y exclamó de nuevo, doblando la frente sobre el pecho y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Pobre Alf! ¡La Muerte, al segar en flor tu vida, me ha dejado como ciego sin lazarillo! ¿Dónde volveré yo a encontrar una tierra tan apta y tan fértil para recibir en su seno todas las simientes del Bien?

Hizo un esfuerzo para contener su emoción, y después, con la faz más serena y la voz más firme, añadió, tendiendo los brazos y doblando la cabeza:

—¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Uno de los jóvenes embalsamadores, Omar-ben-Said, extendiendo los brazos, en un gesto casi de amenaza, replicó, con estridencias desdeñosas en la voz:

—¡Almanzur, tu corazón no siente la pérdida de Alf, el esclavo adolescente, sino los mordiscos, sordos y tenaces, del remordimiento por haberle amaestrado para el crimen, tomando como incentivo el santo nombre del Señor!...

¡Tu consejo, que él creyó santo, era sólo una asechanza culpable, merecedora del más atroz castigo!...

Tú obraste sólo a impulsos del fanatismo y no en aras de tu fe, pues solamente el fanatismo induce al error.

Almanzur, el fanatismo no es la fe.

La fe es dulce y suave como una caricia, y vence sólo por medios licitos y caminos rectos.

La voz áspera y dura del mercader añadió, rudamente:

—Nosotros podíamos, viejo Almanzur, castigar tu crimen, y no lo hacemos porque esperamos que tú hagas acto de contrición, en nombre del Altísimo, el cual, si ha consentido esa criminal tentativa, ha sido solamente para que después los puros rayos de la fe iluminen y purifiquen tu conciencia...

Almanzur, sin alzar la cabeza, respondió humildemente, en un tono compungido que aumentaba más el nervioso temblor de sus luengas barbas de armiño, que patriarcalmente se desparramaban sobre sus rodillas:

—Huéspedes míos: la fe tiene fervores que no se miden y entusiasmos que no pueden refrenarse.

La tentativa ha fallado, y vosotros me inculpáis por haber querido librar a la tierra del influjo de un monstruo.

Está bien. ¡Yo también detesto el crimen y por eso nutro con mis lágrimas en el fondo del corazón al más sincero y voraz de los arrepentimientos!...

Mas ¿quién ha concedido al califa Al-Motadid autoridad para exterminar todo aquello que cae bajo la fulminación de su mirada?...

Y decid también: ¿quién de vosotros, encontrándose bajo el dominio de un Espíritu

Malo, no había de valerse de todos los medios, aun de los más criminales, para vencerlo y librarse por siempre de su maléfico influjo?

¿Si dos manos ladronas abriesen tus cofres para robar tus más ricas mercancías, las besarían tus labios, mercader que sólo vives del producto que ellas te dejan?...

¿No desnudarías tu alfanje y de un golpe las harías rodar por tierra, cercenadas?

¿Cuánto más debemos defendernos contra dos ojos perversos que destruyen con su luz sulfúrea y su corrosiva maldad lo más puro de nuestra conciencia; ojos terriblemente crueles que disipan la más profunda sabiduría, tronchan las alas de la más alta poesía y disecan las corrientes melódicas más sonoras y copiosas?...

El Espíritu del Mal vive encerrado en el fuego de aquellos ojos, y hay que destruirlo como se destruyen a esos monstruos hambrientos que infestan las selvas, acechan los rebaños, agazapados en la oscuridad de sus cavernas.

La voluntad omnipotente del Señor ha puesto en nuestras manos los medios para destruirlos... ¿Para qué vamos a rechazarlos?...

El hacerlo es un acto de soberbia, es como un desprecio a la Divina gracia.

Se hizo un instante de silencio y de meditación...

El viejo Almanzur adivinó sobre el rostro de sus huéspedes el vago estupor que sus palabras habían producido.

El joven embalsamador, después de una pausa, había recobrado la serenidad de su alma, perdida en unos instantes de arrebató, y clavando la profundidad de sus ojos en los cielos extáticos de los del viejo, murmuró, con la voz un poco punzante de ironía:

—Busca, con la sabiduría de tu experiencia, algún remedio contra esos maleficios.

Y una sonrisa casi infantil embelleció el rudo semblante del embalsamador, haciendo relucir, entre la enmarañada negrura de sus barbas, la nitida y sana blancura de sus dientes de lobo joven. El viejo Almanzur, mortificado por la burla que exhalaban aquellas palabras, repuso gravemente, con un acento firme y reposado que contrastaba con la caducidad temblona de su cuerpo apesadumbrado por tantos y tantos años de luchar fieramente con la vida:

—Tú conservas aún intactos los dientes, y por eso me dices a mí, que apenas si puedo masticar con las encías desnudas, que busque el remedio en la experiencia que me han dado tantas y tantas amarguras como han pasado por mi alma... Pues bien; lo he buscado y espero encontrarle. Si falla esta segunda tentativa próxima a realizarse, aquel que aún conserve intactos y blancos los dientes no podrá burlarse de quien los ha perdido por las vicisitudes de su larga edad.

Calló de nuevo el viejo, y hubo otra larga pausa, durante la cual todos los semblantes se inclinaron en una actitud meditativa y angustiosa.

Y como le pareciera a Almanzur que sus palabras habían vibrado aquella vez bajo el lino hospitalario de su tienda con un acento demasiado agrio de reconvención para sus huéspedes, consecuente con los deberes que la hospitalidad y su amor le imponían, ofreció al mercader y los embalsamadores, sobre escudillas de madera cubiertas con ramas frescas de palmas, los más azucarados dátiles y los más sabrosos higos que se producían en fértiles oasis que verdeaban, al sol, en medio de las calcinadas arideces del desierto.

VII

Al fin, Almanzur volvió a hablar, rompiendo el prolongado silencio que pesaba sobre la inquietud de todos.

—Durante siete iunas de meditaciones y de abstinencias he procurado el remedio que ha de libertarnos, y hace ya cuatro que me fué revelado.

—Confíanos tu secreto, Almanzur, que en el nombre santo de Dios te ofrecemos no sólo ocultarlo en lo más profundo de nuestros corazones, sino ayudarte a poner en práctica el plan que tu experiencia haya madurado—dijo, con acento de sincera emoción, el mercader, aproximándose al viejo, como para poder escuchar mejor sus palabras.

—Oídme, pues. ¿Qué medio encontraréis vosotros más apropiado para vencer el mal que nos aflige?...

Pensad. La Muerte cerrará un día los ojos fatales del califa Al-Motadid; mas para nuestra liberación, yo los apagaré antes de que la Muerte los cierre para siempre.

¿Qué medio creéis vosotros más conveniente y seguro?... Hablad, huéspedes míos.

El mercader contestó, con tono convencido:

—En mis cofres guardo un estilete, de hoja tan sutil como la lengua de las serpientes y tan firme y rígida como la voluntad de los fakires.

El joven y rudo embalsamador añadió a su vez:

—En el sepulcro de una princesa de Tebas me he encontrado una aguja tan fina como un cabello, y tan fuerte que sería capaz de atravesar los huesos. Yo te la ofrezco para que libertes con ella a nuestro pueblo del maleficio de esos ojos siniestros.

Una leve sonrisa hizo una mueca burlona en los labios desdentados del anciano Almanzur. Después respondió:

—Execro todos los medios que me sugiere vuestra imaginación. Recordad que antes habéis condenado severamente toda tentativa criminal. Vuestras intenciones encierran un fondo de criminalidad, y sois por ellas, en cierto modo, culpables de los más rigurosos castigos.

Mientras hablabais, encomiando vuestro estilete y vuestra aguja, vuestros pensamien-

tos, acerados y sutiles como las hojas de las armas que loabais, yo los veía hundirse en las negras pupilas del califa con toda la crueldad de quien satisface una venganza.

¿Quién de vosotros es menos culpable?...

—Aquel que sabe pedir al Señor por esos ojos malditos—dijo el más viejo de los embalsamadores, que hasta entonces había permanecido en silencio, con la frente reclinada entre las manos, en un ángulo de la tienda.

—¡Sabia respuesta la tuya, digna de los labios de un verdadero creyente!—afirmó, como un gesto sacerdotal, Almanzur—. Yo he pedido eso mismo que tú acabas de decirme, y después de tantas lunas de mortificación y de plegaria, el Señor ha venido en mi ayuda, y en una noche de austera abstinencia, el Arcángel me ha revelado el secreto!...

—¡Confíanos tu secreto!—invocaron los huéspedes, formando un corro de ansiedad en torno de Almanzur.

—Madurado ha sido el consejo del Arcángel, como un fruto sobre el árbol de la Meditación.

Os lo voy a descubrir.

«Apararé el fulgor inicuo de los ojos del Mal con la sencillez de la Inocencia.»

Encontré el consejo, lo puse en práctica con ánimo sereno, y hace ya varias lunas que espero que la omnipotencia y la justicia del Señor cumpla nuestra liberación.

—¡Bendigamos al Señor!—balbucieron los

huéspedes, cayendo de rodillas y doblando las frentes hasta rozar el suelo en una religiosa exaltación de fervor.

VIII

La pequeña esclava que sucedió al adolescente Ali en el cargo de más confianza de los servidores del califa Al-Motadid se llamaba Zoraida.

Era esbelta y ágil como el tallo de un lirio de Bensora, mansa como la indulgencia, devota como la llama de un altar y casta como la nieve de las montañas del Líbano.

Se llamaba Zoraida; mas su sencillez y su ingenuidad eran tales, de tal modo reconfortaban el espíritu y destruían las preocupaciones que hacen arrugar el ceño, que todos la apellidaban *Frescura del Corazón*.

Antes de que el califa la acogiese a sus servicios familiares, había sido instruida por el anciano Almanzur en todos los sagrados preceptos de la Ley de Dios.

Al partir hacia el Alcázar, Almanzur la hizo sentar a su lado, en un rico almohadón de seda turquí, bordado de perlas, y la dijo paternalmente, acariciando la negrura suave y olorosa de sus trenzas de virgen:

—¡Oh *Frescura del Corazón!*... El califa, a quien desde hoy vas a servir, es bueno y puro como tú.

La bondad brilla en sus ojos. y tú debes

mirarte confiadamente en el fondo de ellos con toda la dócil claridad de los tuyos, abiertos siempre a la Inocencia.

No cierres nunca tus hermosos párpados delante de él, como hacía tu antecesor Alí. Sostén su mirada..., y que la gracia del Señor derrame todos sus dones sobre tu frente.

Ignoraba Zoraida la potencia del Mal, y procuró conservar siempre presentes en su memoria los últimos consejos de su protector Almanzur, amparo de su orfandad y único consuelo de su infancia.

Fué presentada a Al-Motadid por aquella célebre bordadora de Bagdad, cuyas manos habían sabido bordar sobre un velo más sutil que las alas de las libélulas, esmaltadas en los más vivos colores, las más bellas y santas máximas de las suras koránicas.

Antes de presentársela, la bordadora tuvo la cautela de encubrir el fresco semblante de la esclava con siete velos negros, queriendo evitar el peligro de que sintiese, como todos, el maléfico influjo de los ojos fatales.

Instruída también por Almanzur, dijo a Al-Motadid, al presentarle la esclava:

—Aquí tienes, emir de todas las luces, a la pequeña y dulce Zoraida, que el profeta te manda y que es frescura del corazón y encanto del espíritu... Ella, acompañada de la guzla, te cantará la profecía de la noche serena, cuando la luna se eleva, como un escudo de plata enrojecida, sobre la cima de los cipreses, y los cirrus dispersos en la

indolencia del azul adquieren relieves y contornos metálicos.

Maravillóse el califa ante aquellas palabras, oídas ya en un tiempo remoto, cuando una famosa orinomanse, a la cual él había llamado, las pronunció, trémula aún de espanto, como vaticinios de un espantoso sueño; palabras que se fueron más tarde borrando de su memoria en el rápido desenvolvimiento de tantos hechos y vicisitudes como habían atravesado su vida.

La fulminación siniestra de su mirada no tuvo poder suficiente para traspasar los siete velos negros con que la célebre bordadora de Bagdad había envuelto el puro y bello rostro de la esclava...

Al-Motadid sintió por vez primera el escalofrío del terror estremecer sus miembros, y sus dientes de felino, en una agitación de rabia irreprimible, mordieron hasta sangrar las rojas y carnosas pulpas de sus labios sensuales.

La Inocencia estaba delante de él y le miraba dulcemente con sus grandes y claros ojos hechos de bondad y de ternura, como todas las cosas bellas y puras de la Creación.

Cuando la bordadora se alejó y el califa se encontró solo con la esclava, sintió una sensación aguda, casi dolorosa, en lo más íntimo y escondido de sus entrañas, y con voz trémula, en la que palpitaba un hálito de pavora, murmuró entre dientes:

—¿Por qué me miras?...

—Porque sois bueno, porque me han dicho

que la bondad brilla como un astro en el cielo de vuestros nobles ojos—contestó ingenuamente la esclava, con una voz tan suave y fresca que hacía pensar en la armonía laudada y fugitiva de los surtidores de plata, desgranando sus perlas sobre el alabastro de las conchas, en el silencio lunático de los patios de maravillas, olorosos a arrayanes y a narcisos de ensueño.

—No me mires en los ojos, Zoraida, porque te pueden hacer daño mis miradas.

—No, no sufriré daño alguno. Yo no temo el fulgor de tus ojos. Mi corazón, sensible y puro como un velo a quien aún no agitó ningún viento, es capaz de suavizar, de amansar aun al propio corazón de las fieras.

Y la voz de la esclava difundía sonidos de una dulzura indecible; era como una guzla viviente que desfalleciese del más puro amor entre los dedos de claridad y de milagro de un arcángel.

El califa insistió con acento duro y áspero:

—¡Te exijo que no me mires!...

Frescura del Corazón no se arredró, y sin dejar de mirarle, prosiguió, ingenuamente, sin temores, con ese valor heroico y pasivo de los niños que no se dan cuenta de los peligros que les amenazan y que les hace cruzar por el borde de los precipicios con una sonrisa en los labios y una canción de pájaros en la garganta:

—Mas dime, emir de todas las luces, ¿si tu alma saliese de la cárcel de tu cuerpo, y se alzase delante de tí, y te mirase, podrías tú impedirlo?

Una cólera satánica mordió como una víbora hambrienta el corazón del califa, y un estremecimiento convulsivo de ira contrajo sus músculos, tensos ya para el salto felino sobre la presa.

Con voz ronca exclamó:

—¡Mas tú no eres mi alma!...

—¿No podré ser entonces el recuerdo de tu alma?... Todos vivimos una vez en la inocencia...

El emir de todas las luces sintió que el vaticinio de la oniromanta lejana se agitaba en torno de él, próximo a cumplirse, rozando con sus alas membranosas y frías de murciélago la desnudez de su cuerpo, a pesar del amplio albornoz de seda negra que con sus siete velos, impenetrables como siete terribles misterios, lo envolvía de los pies a la cabeza.

Y se alejó, confuso y sobrecogido, a encerrarse en el interior de su cámara, mientras la esclava arrancaba, en la blancura marmórea de la terraza, a las sonoras cuerdas de la guzía, los primeros compases de una canción nómada y eterna como el Amor y la Vida.

IX

El califa Al-Motadid languidecía por momentos. Su rostro se iba demacrando, y sus espaldas, anchas y fuertes como las de un

cíclope, se rendían bajo el peso de una angustia infinita...

Ni las danzas de las bayaderas, llegadas para distraerle, de los remotos países de la India; ni los cantos de las bellas hijas de la Circasia; ni las fastuosas cacerías en los bosques fragantes de alcanfor y de canela, nada lograba desarrugar la negra contracción de sus cejas, que siniestramente tendían sobre la desolación de su rostro sus arcos de sombra.

Las noches insomnes trabajaban su alma minando y corroyendo su naturaleza, gastada ya por el vicio y los placeres.

Sus ojos contemplaban constantemente, entre las sombras, fantasmas espectrales, fantasmas sangrientos de culpas irredimidas, que se daban cita en torno a su lecho de sedas, aromas y perlas, y se inclinaban en gestos irónicos sobre su corazón para oír sus latidos, como si aquel corazón monstruoso fuese capaz de sentir palpitaciones humanas.

La esclava Zoraida balbucía con su clara voz infantil, plegada a la oscuridad, como al amparo de un manto:

—Al-Motadid, si cierras los párpados, contemplarás los mismos fantasmas en la sombra.

—*Frescura del Corazón*, no hables. Un día escuché una voz igual que la tuya y tuve que extinguirla para siempre en el silencio.

—Apagarla debías, pero ya es tarde.

—*Frescura del Corazón*, si las raíces se secan, el árbol no dará jamás frutos nuevos.

Al-Motadid se retorció desesperadamente

en su lecho de aromas, invocando la claridad viva y fragante del alba.

Mas al levantarse y salir a la maravilla de sus salones no podia arrojar de su mente los temores nocturnos, y un desasosiego tenaz y violento le hacían rechazar las ricas y sabrosas viandas que en anchos platos de oro le ofrecían sus esclavos.

Delante de la joven esclava le invadía un sutil delirio, le asaltaba una inmensa fiebre que a veces le parecia el calor de un remordimiento, le destrozaba un agudo tormento que éi sentía morderle en lo más hondo del corazón como una expiación que empieza a cumplirse.

Muchas veces en el día murmuraba suplicante a la esclava:

—No me mires más, Zoraida, porque tu mirada me vence. Tú eres como el agua pura de una fuente: reflejas las nubes, el azul sereno, las tinieblas y las estrellas. ¡No me mires más; no me mires más!...

—¿Qué has hecho de mi antecesor, el adolescente Ali?

Al-Motadid, ante lo imprevisto de aquella pregunta, sintió como si de repente con dos martillos de fuego le torturasen las sienes.

—¿Qué ha sido de Ali?—insistió, con una tenacidad inconcebible la voz de la esclava.

—*Frescura del Corazón*, tráeme el espejo—suplicó el califa.

La esclava obedeció, y con sus pequeñas manos puras colocó delante del rostro de Al-Motadid el rico espejo ovalado, de marfil y plata.

—Tú ahora te ves por primera vez—dijo Zoraida—, porque antes nunca te habías contemplado tal como eres.

En un salvaje ímpetu de ira, el califa ciñó con sus manos bellas y duras el frágil cuello de *Frescura del Corazón*, y la habría ahogado entre ellas si los grandes ojos buenos de la esclava no se hubiesen, por misteriosa transmigración, encendido del mismo fuego cruel y dominador que ardía en las miradas de Al-Motadid.

—Tú eres como la fuente, que en su transparente pureza refleja el vuelo cándido de las palomas y el negro vuelo de los murciélagos.

—Yo no soy como Ali, que temblaba de miedo como un perro ante tus amenazas. Ya lo has visto. He sentido crujir mi garganta entre tus manos y no he lanzado un grito... ya oyes mis palabras; todas ellas tienen la dulzura de una guzla teñida por un arcángel.

Y el califa, por primera vez, se cerró los ojos con la palma de sus manos.

X

Hacia ya siete lunas que Zoraida estaba al servicio del califa.

La última noche, mientras la luna se elevaba como un escudo de plata enrojecida so-

bre la colina de los cipreses y los cirrus dispersos en la indolencia del azul iban adquiriendo nítidos contornos metálicos, la esclava, silenciosa, seguía en la blanca terraza de mármol, con sus ojos grandes y claros de virgen, la inquietud frenética de las pupilas de Al-Motadid.

Las rosas postreras de la estación de las siembras tomaban, bajo las palideces del lugar, vivientes tonalidades de rojos terciopelos, abriendo sus cálices como extrañas copas desbordantes de sangre.

Las fragantes campanillas, a cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaban los poetas «hábitos de Luna en flor», se estremecían a la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de madreperlas.

Al-Motadid, después de haber explorado con profunda inquietud el cielo, interrogó a la esclava:

—Dime, dime, ¿por qué estas rosas son tan rojas?...

—¡Al-Motadid, la tierra convierte en rosas la sangre de las víctimas!

El califa suspiró, pasándose la mano por los párpados:

—Dime, dime, ¿por qué tienen alburas de madreperlas estas campanillas tan blancas?

—¡Al-Motadid, el cielo coloca la aureola sobre el candor!...

El califa volvió a suspirar más tristemente, y otra vez sus manos tornaron a sujetar los párpados como para contener algo que estaba próximo a escaparse por ellos.

En la serenidad del aire nocturno llegaban las lejanas canciones de los camelleros, rimadas a compás del tambor, derramando en la paz de la terraza el encanto puro y místico de los versículos del profeta:

Los párpados del inicu son polvo y ceniza, lo cual le impide mirar rectamente.

Sus cejas son curvas, como las grandes espadas y como el hierro templado de las lanzas fratricidas.

Y sus ojos no pueden soportar la luz, porque son hechos de eclipses.

¡Señor, Señor, haz que los ojos del justo vean siempre el camino de la inocencia!

El califa oía con terror el místico y melancólico canto de los camelleros, rimado a los sonos graves y acompasados de los tambores lejanos, y las voces y los ritmos se iban lentamente clavando en su alma como saetas envenenadas.

Suspiró y volvió a suspirar, pasando y repasando la mano por los párpados, y de pronto, asaltado por un pavor inaudito, comenzó a gemir.

—Zoraida, dime, ¿en qué profundo abismo ha caído la luna que ya no la veo?...

Zoraida, dime, dime, ¿qué tempestad nos ha oscurecido repentinamente?...

Y Al-Motadid, con los brazos tendidos, palpando el aire, andaba a tientas, perdiéndose en su profunda noche sin esperanzas:

—¡Zoraida, *Frescura del Corazón*, guíame!

La esclava, que ya había descendido de la terraza y galopaba en un fogoso potro

hacia la tienda de Almanzur, le gritó desde la oscuridad de la noche:

—Es demasiado tarde, Al-Motadid.

XI

—...Ya encontré el remedio, y espero en esta noche, que se cumplen las siete lunas, que el Señor cumpla la promesa que por boca de un arcángel me hiciera en aquella velada de oración y de abstinencia, librando a nuestra tierra del maléfico influjo de los ojos del califa.

—Demos gracias a Dios—balbucieron los huéspedes.

Estaban todos con la frente postrada en la tierra, absortos en sus plegarias, cuando oyeron el galopar frenético de un caballo que se acercaba cada vez más hacia la tienda, y la voz fresca y pura de la esclava Zoraida que les gritaba como en un concierto de notas argentinas una promesa de esperanza:

—¡Glorifiquemos al Señor: el califa Al-Motadid se ha quedado ciego!

FIN DE
«LAS PUPILAS DE AL-MOTADID»

LAS GARRAS DE LA PANTERA (*)

(*) El autor tituló esta obra anteriormente *Las palmeras del oasis*, y también *La venganza de Atscha*, aunque probablemente no llegó a publicarse nunca con este último título.

LAS GARRAS DE LA PANTERA

I

ALMANZUR era schajj de la tribu de los Beni-Musas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zarahita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedrada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos califatos de Abu-Berk, Omar y Ali.

El mismo Almanzur había hecho su alghed en el Egipto y en el Africa, a las órde-

nes de Okba, asistiendo a la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando a su pariente Muza ben Noseir a la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y a su tienda venían, a dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada a los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo a los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar a sus guerreros, confió esta misión a su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado a la puerta de su tienda, gustaba oír, a la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que, bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que, rodeado de los principales de su tribu, adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron a su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y, descabalgando junto a su tien-

da, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

—La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El Profeta nos protege! Una caravana, tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana, a la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilar mientras los rebaños seesteaban a la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramaut.

Trescientos jinetes armados las custodian. Pero ¿qué son trescientos jinetes armados para los Beni-Musas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga ni la sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben traspasar con un venabio a los más veloces avestruces, desjarretan a un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores. En todas las pupilas fulguró la codicia. Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo. Almanzur irguió su patriarca! figura, e imponiendo silencio con

un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como hablan la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

—No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas a quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

—¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escúchame!—exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

—Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fijate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir a la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta. La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros..., y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

—Sí, padre mío—insistió Muhamed—; la necesidad nos apremia. Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar a sus beneficios.

Todos asintieron con un leve movimiento de cabeza a las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio schaij.

Por fin, éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, a quebrantar un voto:

—No quiero oponerme a vuestros designios, que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas me impiden conducirlos, como tantas veces, a la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id a prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces a limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos a preparar el pienso de las caballerías, o cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo brillar bajo los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, a veces, los diamantes oscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antár, los combates sangrientos y el amor a la gloria y a la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabels.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se daban, a la luz de la luna, las cuentas de ámbar de un largo rosario.

Antes de la oración del alba, a los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salleron en grupos, entre gritos de júbilo

y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, o golpeando con sus corvos alfanjes los escudos.

Al salir de las últimas tiendas abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose a lo largo del desierto, entre nubes de polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones, se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

II

Habíanse terminado las faenas del mediodía.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Los esclavos acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las últimas brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas o vibraban las guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica, alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acerados de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadones de Damasco bordados en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturná de sus ojos todos los

misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles, evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura, parecían estallar los senos como magnolias de bronce, y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan a la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas; los tobillos, de ajorcas; las muñecas, de brazaletes, y los cabellos, de dinhares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el maravilloso amuleto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solemne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante, a pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía, ágil y silenciosa, a la puerta; alzaba cautelosamente las cortinas y, con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que, fatigada, volvía a reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la interrogó: primero con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las cosas, y después, con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

—Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de ti, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

—No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen a mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel

de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo senti ante este augurio de desgracia que toda la sangre de mis venas afluyó al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje a su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo: «Detente, Muhamed, detente; es un mal presagio.»

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope a reunirse con los suyos.

—No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh Aischa, tesoro para mí el máspreciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi único hijo Muhamed!—le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur—. Dios ha escrito en el cielo con astros de diamante la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá...

Confiémonos a su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las ho-

jas secas, así nuestros guerreros dispersarán a sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhammed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes. Además, ¿a qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Ayub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas a los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como a un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado a más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huido de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer en pie en los días adversos. El huracán puede abatir a la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve a erguirse tan majestuosa como antes.

—No es el temor—murmuró gravemente Aischa—; Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor—suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos—. Es que

sin Muhamed la vida me sería una carga insoportable... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal como la de todos...

—Desecha vanos temores—interrumpió, con voz dulce y trémula, el schaij—, y en vez de entregarte a la tristeza y a los recelos, consueta y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas kasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consueta y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares, y es el mayor bien que Dios otorga a los mortales en su misera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando a un esclavo que vigilaba a la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además a los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que, en pie, al son de la guzla, empezó a recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental, se exalta el amor a Abla, a aquella extraordinaria mujer que.

al decir del poeta, aventajaba a todo cuanto la Belleza tiene de más perfecto.

«Diré que el brillo de la luna iguala a tu rostro. ¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja a tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura a las perlas. ¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines, como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la luna al cielo; resplandece; pero está tan alto, que no se puede alcanzar.»

El perfume de los pebeteros que ardían en los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo a la tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de *El jardín y el león*, una de las más bellas narraciones de Oriente.

«Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, a una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorbida en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó a los familiares que le rodeaban si conocían a la dama.

—Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar a su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, a los pocos momentos, a la casa de su primer ministro.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde el interior.

—Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar a tu dueña.

—¿Quién sois?—interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

—¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima, que así se llamaba la esposa del visir, acudió, solícita, a besar con respeto la regía mano de su señor.

—Hermosa dama, os amo—dijo él entonces, en voz baja—, y os ruego me acojáis como amigo.

—Sed bienvenido, señor; todo cuanto aquí existe os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmáis de favores.

—Graciosa Fátima—añadió el sultán, desbordante de entusiasmo—, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano a través de riquísimas estancias y de maravillosos pa-

tios, donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó a Fátima se colocase a su lado.

Entonces se arrojó a sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjovadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó a su regio huésped, diciéndole:

—Voy a ausentarme por algunos momentos para dar órdenes a los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El emir, que era entendido y dado a las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó a su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella a la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro, separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió con sorpresa que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto. Intrigado por aquel enigma, interrogó a Fátima.

—Las mujeres, señor—respondió ésta con la sonrisa más insinuante—, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero a pesar de todo, cada una de ellas es una mujer..., y nada más.

En vuestro harén tenéis noventa mujeres entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría a vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por

la lección, y después de algunos momentos de silencio, reclamó con la voz aún insegura:

—Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidar las locuras de un joven a quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro, se retiró a palacio, pesaroso de su arrebató y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué a dar cuenta de ella a su soberano.

Después de la audiencia corrió a su casa, gozoso de sorprender a su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo a su mujer:

—Mi ausencia te ha impedido visitar a tus padres. Ve a ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna cuando se presentó un mensajero de parte de su marido a entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir a tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía a Dios por testigo de su inocencia, y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso, viendo el padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

—Señor—dijo, prosternándose ante el soberano—, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos frutos. Ese jardín lo había confiado a vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

—¿Qué contestáis a todo esto?—exclamó el sultán dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

—Ese hombre dice la verdad, magnífico señor—respondió gravemente El-Nedchar—. Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé a mis pies las huellas del león; tuve miedo y abandoné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz un corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudiera ser su sortija olvidada.

—Nada temáis—dijo entonces, con voz solemne, a su visir—. Id a vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió a vivir con su esposa y, convencido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces.»

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió a murmurar:

—De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en en la sombra.

IV

Al anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

Se comió frugalmente: dátiles, leche de camellas y pan de cebada.

La tribu empezaba a inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados a traer noticias del combate.

Los niños se asomaban a las empalizadas a indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oír mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

—Desde los desfiladeros de Absud—decía— hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

—Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento—exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines—. Yo he visto siempre, con la sonrisa en los labios, partir a nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco o la lanza. Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas, y las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfiladeros del Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y—¡cosa nunca vista!—el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza... Pero amo tanto a Muhamed que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única felicidad en este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido a su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como absorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó a lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron a la puerta del schaij.

—¡Los foránicos! ¡Los foránicos!—gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el schaij, exclamando con la voz rota de emoción:

—¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

—¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios!—murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se agrupaban a la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscas entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña a la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún a sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul e infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo y olor a carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos: algunas vacas mugían, y a veces, en el aire, como augurios de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante,

como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venia tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

—Alma mía, luz de mis ojos... ¿Por qué me entregas solo a mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda...

¡Duerme en paz, y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente que, muda y conmovida, presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de schajj.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos jirones.

—La misericordia de Dios caiga sobre ti y sobre toda tu descendencia—exclamó con la voz conmovida—. Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después, con voz grave y unciosa murmuró:

—Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

Esclavos—añadió, volviéndose a los suyos—, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad

las más sabrosas confituras. Esclavas, multid el más blando lecho, cubrirlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a cumplimentar las órdenes de schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abul Mohadi. Pertenezco a la tribu de los coraichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohel, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía jefe de los bandoleros, viéndome solo hundi las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco—y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás—continuó con acento más firme después de una breve pausa—las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando a los chacales, que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal, para darle algún descanso y orientarme en la huida, escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos, cuatro,

hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles, y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a uno de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino, y por el lado opuesto fui dejando jirones de mi vestidura entre las ramas de arac y los cactus que conducen a la primera eminencia del monte.

Después regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncas de cólera, tramaban :

—Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, embrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara la vida.

Por fin—uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío las huellas del antilope :

—Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre.

—Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano, y aquí me tienes, buen schajj... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme.

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalgar en esta tienda.

—Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur. En mi casa estás libre. Nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba. Voy a dar las órdenes oportunas—añadió el schajj, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mohadí permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria o entre el estruendo de un combate.

VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación turbaron la solemnidad del silencio.

El Mohadi se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba:

— ¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus olas negras a toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado...

El Mohadí saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

—Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Mohadí.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se

serenó, volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

—¡Almanzur, entréganoslo para vengar con su sangre la sangre de tu hijo!—clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena murmuró lentamente:

—Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterremos piadosamente al muerto, y en cuanto al huésped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Mohadí interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

—Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

—Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros. ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

—¡Mí alma, mi vida: yo sabré vengar tu muerte!

VII

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro a Abul Mohadí se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Señor por haberles deparado un schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Mohadí permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo con voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa :

—Abul Mohadí, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

—Sí, que nada existe más bello sobre la tierra y que, a pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarle.

—¿No blasfemes, sacrílego! En estos ojos se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los vuelve-

rás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida, como una sombra, huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Mohadí la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

—En marcha—ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Mohadí saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacales y a las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular, y, seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, llanuras desoladas. La arena move-diza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la oscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera.

Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soald, y en torno de ellos baja llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros, que, dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakum, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante a clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las

palmeras sesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed, por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar, y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante, y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquel océano de arena.

Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

—¡El simún!, ¡el simún!—gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos. Aischa se sentía arder toda, como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado, sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más...

Al despertar de aquella asfixia se alzo del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus esponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

—Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz de un solo bote de lanza de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

—Pues bien—continuó Aischa—, ensillad los corceles. Esta noche partimos, antes que regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie desde hoy me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto.

No en vano, en mi niñez, mi padre, cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa puesta en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.

VIII

Aischa, al frente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores, a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de

los cristianos en las primeras campañas del Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes que pudieran reunirse puso fuera de combate a diecisiete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron cargado de cadenas a Antioquia, y fué presentado así al hijo de Constantino, emperador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas con la ayuda de un renegado pudo evadirse de ella y, tras gloriosas y heroicas campañas, llegó de nuevo al campamento, donde su hermana, la bella Kula, le lloraba amargamente creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla, en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe:

— ¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero tan heroico como él, que con sus golpes hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

— ¡Venganza de Dherrar!

Dherrar, lleno de admiración y de curiosidad y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos, corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaría las heroicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Mohadi, exclamaría también en un alegre grito de victoria:

—¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y al amanecer de un bello día de primavera descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Mohadi acababa de salir en peregrinación hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa, y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Mohadí y atacarle a la vuelta cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar a sus mujeres y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur para que, antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaíques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas de Bagdad, de Damasco, de Petra, de Danar, la de la célebre universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Ali, el sobrino querido del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuan y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia y, sobre todo, por su locuacidad. Todos los pueblos del Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa.

Los caminos floridos se poblaban de can-

ciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente.

—¡Bendita sea la ciudad del Profeta!
¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

Las voz del muezzin se elevó, pura y mis-

tica, congregando a los fieles a la oración de la tarde:

—No hay más que un solo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad, en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras, síntesis fanática del alma, acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

—No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.

IX

Aíscha pernoctó en un fondak de las afueras en compañía de un viejo siervo, Ibrahim, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas, alzadas en un huerto de los arrabales.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Mohadí entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahim decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar

el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguiría sin separarse de él hasta encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo, guiada por Ibrahim. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarla, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces fijos en los suyos, prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de la dicha, la gloriosa y fuerte mujer que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vivos tonos, cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzuhlans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de la calle, los santos peni-

tentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, largos y huesudos, las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El Palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y sus ajimeces.

Aischa, guiada por Ibrahim, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murellas y torreones almenados que conduce hasta Kaaba, «La casa de Dios».

Por las diecisiete puertas de arco penetraba en un silencio religioso la multitud.

Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfito, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas. De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte estaba la Kaaba, «La casa de Dios».

Conducen a ella siete preciosas galerías resplandecientes de azulejos y bordadas como encajes.

—El modelo de este templo—dijo Ibrahim—bajó del cielo, formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre, copia del que dos mil años antes se había construído en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los arcángeles.

Después del Diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael.

Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fe koránica.

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma su Profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fe penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios.»

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubiesen besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahim se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo tiempo sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismail.

Tras pasaron la balaustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del *zem-zem*, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail, y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo desesperada de no encontrar al Mohadi. En vano Ibrahim preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad.

El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multicolores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hombres ágiles y estrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs para arrebatárles las varetas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Mohadí, y se detuvo.

—Cincuenta dinhars—gritaba el mercader.

—¡Ladrón!—murmuró el Mohadí—. ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin: ya que no tus razones, me convencen tus mercancías.

Y cogiendo un puñado de tierra añadió:

—Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Mohadí.

Aischa e Ibrahim se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Mohadí, donde pagaron a precio de oro una habitación estrecha y lóbrega.

X

Aischa no perdió de vista al Mohadí. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Mohadí decía a uno de sus servidores:

—Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presente que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón...

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabalgarse el Mohadi, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

—¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

—¡Ya lo creo! —respondió complaciente Mohadi, halagado en su vanidad—. Además, esta yegua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión—añadió confidencialmente—marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin, todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfiladeros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y solo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba los beduinos un mancebo arrogantisimo, que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo, y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y, viéndome solo aproveché, esta confusión para escapar a rienda suelta. Después de varias vicisitudes busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reconocieron y, como es natural, reclamaron mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, al frente de sus guerreros, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad interrogó al Mohadí con la voz aún insegura:

—¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

—Poco más de un año.

—¿Y no temes a la familia del muerto?

—Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte.

Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas, te he visto siempre a mi lado en los bazares eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Mohadí le consultaba en sus compras, y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida dijo Mohadí:

—¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te detendrás en mi aduar y celebraremos fiestas en tu honor.

—Acepto gustoso tu ofrecimiento—respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares, alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Mohadí llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble cara a cara, en campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido, y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Mohadí avanzaban fatigados, pidiendo a Dios a grandes voces el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de

hierro pendía de la cadena, como invitando a beber al peregrino, y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos beber primero vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahim, como a una señal convenida, arremetió con su lanza al criado favorito del Mohadí y le pasó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Mohadí, le dijo a éste:

—Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros, en cambio, tenemos cuentas graves que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos, y hasta los heridos tendidos en la arena alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Mohadí, presintiendo la agilidad y la fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y, en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para

que el Mohadí se detuviera le dejó pasar, atravesándole el costado de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas y, sobre todo, preparadas de antemano para este encuentro.

El Mohadí se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa entonces echó pie a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

—¡Dios te ampare, Abul Mohadí! Así las gentes conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadí.

Y al terminar estas palabras levantó la espada con ambas manos y de un solo tajo cercenó el cuello del guerrero.

—Ibrahim—dijo luego a su siervo—, recoge esa cabeza y llénala de alcanfor y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera antes de expirar, los labios del viejo Almanzur.

FIN DE

«LAS GARRAS DE LA PANTERA»

EL ULTIMO ABDERRAMAN

*A Sidi-Ahmed-el-Muaz, al grande
y noble poeta, gloria del Islam.*

EL ULTIMO ABDERRAMAN.

I

EL misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreích, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta a las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben-Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de las tenaces vigiliás, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada a cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada a veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

—; Bendecido el nombre del Señor! ; Acataados sean sus designios!—murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal.

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral de la ciudad dormida a la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de frescura. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaeatan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los quioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre

el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta aparece la patriarcal figura de Alí-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea flutuante a lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó a manos llenas sobre tu estirpe! —murmuró despacioso, inclinándose en una profunda reverencia hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza a su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz pudiera aportar a su espíritu atribulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan, jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

—Ve, Ali, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas—la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Ali-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

—Príncipe—interrumpe el anciano—, los sellos se han roto, y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va a abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos para escuchar el eco de la palabra divina?

—Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Ali-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

—Este cometa cuyo raudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de una pureza de luz única, que fulgura como un diamante entre la constelación del León y de las Virgenes, predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

El sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado a los ineptos los bienes que el Señor encomendó a nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar a nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos a reclamar el auxilio de nuestros

brazos. Las armas cristianas se aprestan a conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen a Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso dentro de poco abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias;
sólo brillan en ellas la cruz y las campanas,
y nuestros almibábares, aunque de duro leño,
lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca a la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura

que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Aléjate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también a los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakemben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor que se guardan en La Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fuí volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció sentir tu valor cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse; los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y, para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará a los lobos y pondrá a buen recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos

leones que cantó el poeta de *El Aganir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer a los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros y lees en ellos como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Han sido conducido a la cima de un monte para oír la palabra que no se olvida nunca y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazalete de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán a tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos en sus mismos tronos de pedrería, fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley!»

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y

graves, van cayendo en el silencio sonoro como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

—¡Oh Ali! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera ésa la predicción de los astros!—exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

—¡Oh Abderramán, ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lánzate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos; la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y a la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren a hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarama a los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba a las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para

hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

—¡Oh, si todo se redujese a aplastar de un mazazo al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; a derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fúlgida que el Sol en el cenit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los kalifas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia se verían coronados por los turbantes del Heguiaz, y nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exaltación, sus ojos arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el Sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes, y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcán-

gei exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los profetas centenarios.

—Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre a la serpiente y a la mujer que intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exahustos de sangre heroica. Si vas a La Meca en peregrinación, más que a la aridez del desierto y a las zarpas de las fieras y a la mortal embriaguez del Sol, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis floridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se duerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo a la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata hasta hacerse cóncavo como una copa para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta a lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales.

Sobre el jardín, la noche es una fragante y tibia invitación.
¡Ven a soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual,
El surtidor desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistasas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de

su belleza la calada galería del patio de los Leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las Dos Hermanas conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines del alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos transparece a la luz, y las joyas más fúlgidas relampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turqui de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Rahdiá, Sobeida, Bohía, Kethira, Saida, Zahra, Malíha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos tintinean cequies; en los tobillos y en los brazos desnudos fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael. A un lado de la estancia se oculta, bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatro arcos que, en unión de veinticuatro columnas esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda res-

plandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores y rodeada de dieciséis ajimeces.

Por las tenues celosias esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando a la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes e isias transparente de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas, escrita en letras de oro: *Allah galib illa lah* (Sólo Dios es vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran emir, repitiendo versículos de las suras koránicas e inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una inscripción dice: «Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamed-ben-Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de

los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos.»

En otra refulgen estas sagradas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genios ni de hombres. Descansarán reclinadas en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xanri, a propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más al collar avalora
y a sus preciosos jacintos
la que en esplendor excede
al Sol y a la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios;
pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.

¡Oh perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejear de las brisas entre los arrayanes del patio y el transparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba a esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos policromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas, como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpura y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardines perennes y sostenido por sus marmóreos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórvido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una se le llama «Fuente clara»; en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un transpa-

rente lago de zafiros, o las olas verdes y cristalinas de un mar sereno, donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos abiertos a sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente a este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde, reclinada perezosamente sobre blancos cojines, reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente Muhamed II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Virgenes nubias pulsan arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpido vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
 pues su imperio nunca acaba...
 Todas las flores son tropas
 y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño, los óleos fragantes que ungirán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente a tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas, relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agore-ro que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil

elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubies, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando transparecer a veces la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza a ser sofocante. Asciede de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, transponiendo los divinos penales del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafles. Son los jinetes de la guardia real, que suben a la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de los cipreses.

De súbito, Leila Hassana entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre tripodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran a cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de maderas aromáticas con mosaicos de marfil las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada como esos ligeros vapores que a los primeros rayos del sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y a través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por

las músicas y los cánticos y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes de humo se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla a sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulípanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias. ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el-Rasxid en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes a los sonos de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Schezrezada...

—¡Oh Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aún me enajena!—murmura Leila Hassana, de-

jando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y, agrupadas a su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhambra y empezaron a dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho a buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma, poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante, parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí, como de costumbre, a la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos jirones de las neblinas matinales, entre la tierra y el cielo.

Después, me dirigí a este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño. Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina a su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas a la luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces. Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, a lo largo de florestas encantadas sobre ciudades fabulo-

sas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas, se asomaban al azul del cielo para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. A sus compases se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro; las hojas, esme-

raldas, y los frutos, de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar; los surtidores, de perlas, y las corrientes, de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes hablaban un idioma inexpresable, más dulce que el son de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Hainzun, armado con su casco de fuego y su alfanje de llamas combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió a mí encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron a un templo resplandeciente que se alzaba a la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento, y las colchas, de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz o bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades rozando los flecos de oro de las estrellas y sintiendo a veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande o tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como náufragos a una playa encharcada de sangre, donde las cabezas trucas de los degollados se abrían en muecas de espanto como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta no-

che. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mi todas las felicidades del cielo y de la tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas, silenciosas, le rodean.

Los instrumentos músicos duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados, y algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarran el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores y los añafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar y a lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa?—murmura bruscamente la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman a los ajimeces.

Son los correos que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando:

—¡Victoria!...

Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, e inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

—El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar a la perla de su harén, a la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven a gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y a través del humo azuloso de los pebeteros se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la primavera.

Los primeros rayos del sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes, y el oro flúido del sol centellea en la fugitiva pedrería del Dauro y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas a la sombra de los arbustos floridos. Desde los esbeltos minaretes de las cien mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando a los fieles, en el nombre de Allah

clemente y misericordioso, a recibir a las huestes que, al mando del príncipe Abde-rramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente a lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantescos puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso cu-

ruscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del sol, bajo el celeste resplandor de los cielos, flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etíopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanjes; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos a ámbar, a mirra, a nardo, a todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y transparentes como encajes de cristal, rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas, relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes o rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos se engullen largas tiras de estopa ardiendo o cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzur campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, a los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas. Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir a cambio de algunas miserables monedas.

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas pululan

por todas parte, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno, en una embriaguez oriental de pompa o de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatin, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

A un lado, los más hábiles joyeros ofrecen alhajas de oro y plata de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna, retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan corvos

alfanjes damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota a gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas indias.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquimia, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profesión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la en-

trada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja del árbol al impetu del huracán, en caravanas, ya por las abasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas o por los pueblos bárbaros de Europa.

—¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente?—exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras—. Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dilo tú si no, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también. Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse a tierras del Islam sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita a vuestros caballeros a quebrar cañas y a romper lanzas con los más

nobles hijos del Profeta en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar a nuestra liberalidad. Tendrá Chachemir, sedas; Goleonda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros ríos. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas indias, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares esplén-

didós donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan, guerreros que las defienden y alarifes que nos traen a la tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos, de los habares en flor, de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, limpiadas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas; de las mil fuentes borbotantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, a lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los quioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azoteas y de los tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finisimas, como lluvia de rocío, o formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también a compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos, serpentea por todos los caminos, atruena en Puerta Élvira, se extiende en un vocerío delirante a lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las

plazas, y a través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran emir, que, rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de Embajadores la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y movibles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco a poco, parece abrirse, y el oro del sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas se aproxima. Son los zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos y el hierro de las espuelas sangrando en los ijares azuzan los caballos.

La multitud los aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta a su paso atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos pe-

nachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascots saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después son los gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los zegries, y los venegas, y los muzas, los almohades y los almorávides, toda la nobleza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos, entre relámpagos de oro y pedrería, en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo, triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauró. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestras de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el sol jirones de nubes polvorientas.

Los añafles y los atambores dejan oír, por fin, sus notas guerreras. Y soío, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo,

la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan a los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesi del rendaje, los topacios y los criso-berilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente; la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfanje damasquino, envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren a su paso, y tras ellas los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes darraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda multicolores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en

cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños, jinetes en salvajes corceles de desgredadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y por último, cerrando la marcha, los guerreros etíopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Asciende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarves lueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados a lo largo de los senderos, le saludan, chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas el suelo.

Salta del corcel, que un paje nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sonos.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, e inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

—¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo! Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas a los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se prosternan a tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El Emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

—Pide cuanto desees. Mi magnificencia

sabrá recompensarte. Pideme la más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

—Señor, sólo pido tu venia para volver a guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanjes.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El emir sonríe a Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

IV

Aquella misma noche un esclavo nubio cerceó de un golpe de yatagán la heroica ca-

beza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada fué a ofrecérsela, sangrando aún, a Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamed II.

FIN DE
«EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN»

LA CIUDAD DE LOS OPALOS

LA CIUDAD DE LOS OPALOS

I

LE conocí, hace ya más de diez años, mientras mi juventud, aventurera y pródiga, convalecía de un largo y doloroso romanticismo, tonificada por los vientos del mar, el oro del sol y las fragancias de los jardines, bajo la beatitud celeste y aterciopelada de los claros y divinos cielos de Portugal.

Todas las tardes le encontraba en el ferrocarril de Lisboa a Monte Estéril, reclinado indolentemente, en lánguidos escorzos de sultán somnoliento, en los divanes del fumador, siguiendo con voluptuosidades pueriles las azules y caprichosas volutas de humo de su charuto habano que, al escapar entre sus labios acorazonados y carnosos, dejaban en la capitosa molicie del vagón algo así como el vaho cálido y fragante de una selva tropical.

Desde el primer momento absorbió plenamente mi atención, despertando en lo más recóndito de mi espíritu esa curiosidad persistente y terca del que se empeña en reconocer, entre la confusa muchedumbre de

una borrosa fotografía, los rasgos imprecisos y lejanos de un viejo amigo de la infancia...

Su figura era íntimamente familiar a mi memoria, aunque no podría precisaros si topé con ella en las asperezas de la realidad o si la encontré vagando por las galerías milenarias de un cuento...

Mas en la Vida o en el Ensueño yo tengo la certidumbre de haberme inclinado reverente ante la autoridad de su paso, entre el golpear de las alabardas, el batir de los tambores y el resonar de los clarines en alguna remota y fastuosa ceremonia palatina.

Alto y fuerte, esbelto y ágil, poseía ese vigor heroico y esa gracia patricia, síntesis de la suprema belleza varonil, que tan bizarramente esculpió Eugenio de Castro en aquella rotunda y ejemplar imagen, digna de immortalizarse en el bronce de algún bajorrelieve: «La potencia de Néstor en las manos de Helena.»

Su rostro, grave y sereno, de amplia frente, ovaladas mejillas y mentón prolongado, ostentaba al par, en su máscara altiva y augusta, la ascética austeridad de los caballeros del *Greco* y la pálida elegancia de los príncipes de Velázquez, todo ello ennoblecido por las profusas sombras de las luegas barbas, que le caían hasta el amplio tórax, partidas en el centro y cuidadosamente rizadas y peinadas, como las de un orgulloso monarca asirio.

En sus ojos, grandes, profundos y rasgados, parecían luchar, en un deslumbrante

pugilato de acerados destellos, los diamantes negros del trópico y los zafiros traslúcidos de los lagos polares.

Y este reñido combate de estirpes distintas y de sangres diversas se extendía también a lo largo de sus cabellos frondosos, de sus barbas fluviales, de sus cejas imperativas y de sus pestañas ensoñadoras, donde en medio de su negrura agorera brillaban, a veces, hilos de oro, tan pálidos, que hacían el efecto de canas prematuras.

La arrogancia de su porte, la distinción de sus modales y la clásica majestad de su testa, me hicieron pensar en los augustos retratos de esos legendarios paladines que decoran, con el prestigio de sus golas y el damasquinado de sus armaduras, con sus púrpuras y sus armiños, sus coronas y sus cetros, el lujo severo y heráldico de las pinacotecas reales, en los castillos y en los alcázares idealizados por las más prodigiosas leyendas de la Fe, del Amor y de la Gloria...

¿En qué país lejano, en qué reino de fábula, habían contemplado mis ojos esta superba y última flor de dos razas?...

¿En el fondo de qué tela inmortal de un viejo maestro italiano había admirado, bajo la glorificación perenne de una corona de laurel, la nobleza pensativa de aquella frente y la voluptuosidad golosa e insaciable de aquellos labios bermejos y frescos como una granada recién abierta?

Me recordaba, a veces, la potencialidad dominadora, la voluntad imperiosa y el or-

gullo disciplinado, que son como la suprema trilogía de la Vida, en el austero autorretrato del divino Leonardo.

Otras, me evocaba la fisonomía caballescaca, tocada por una roja boina con borla de oro, de Don Carlos de Borbón, tal como le había visto, en mi niñez, en un cuadro con marco de filigrana de plata y bajo un dosel con los colores nacionales, presidiendo las ceremonias y asmáticas tertulias de viejos mayorazgos y orondos prebendados, en los severos estrados de mi nobilísimo pariente don Manuel Fernández de Loizaga, caballero de Calatrava, maestrante de Ronda y ayudante de campo del barón de Sangarrón, en la sangrienta jornada de Montejurra.

En algunos instantes pensaba también en un Leopoldo II, en plena madurez afrodisiaca, lejos aún de las decrepitudes libidinosas y de las decadencias inconfesables que le hicieron, buscando un rayito de sol para su invierno, acurrucarse, jadeante y temblón, como un falderillo friolento, entre las sedas y los encajes perfumados y extenuantes de la Cleo de Merode...

Y, cansado, al fin, de tantas fantasías, salíame a la plataforma a refrescar mi espíritu con la contemplación de los maravillosos panoramas costeros, hasta que las montañas de la otra banda emborronaban sus frágiles perfiles en la sombra crepuscular y el sol se hundía, en un relampagueante desmoronamiento pirotécnico, en la lejanía azul y roja, más allá de la desembocadura

del Tajo, allí, por donde se perdieron para siempre, en el misterio de la noche y de la leyenda, las empavesadas galeras del rey Don Sebastián, el último lusiada...

II

—¿Quién será?...—inquirió, de pronto, trémulo de curiosidad, un poeta, rasurado como arcipreste, con melenas de bohemio y monoclo de diplomático.

El poeta dejó caer su monoclo con un gesto que envidiaría Chamberlain, y ensordinando la voz en empalagosas dulcedumbres de gelatina, musitó a mi oído:

—Ya averigüé su nombre... Es el héroe de un cuento de Juan Lorraine... Su majestad, el Rey de los Opalos...

Y, con la mirada nadando en exóticas voluptuosidades, nos señaló al pintor y a mí las manos del misterioso personaje... Unas manos largas, finas, descarnadas, de una blancura pálida de marfil viejo y de una fragilidad diáfana de porcelana; manos a cuya belleza concurrieron, depurándose y acendrándose en el cristal de los siglos, todos los tesoros de bellezas de cien generaciones; manos que son la herencia más preciada de una raza, amasadas por el supremo artífice de la selección, con los lisos más nobles de la heráldica y las hostias más puras de la fe...

En sus dedos, afuselados y ritmicos, ágiles y casi traslúcidos, centelleaban, en anillos de oro y plata trabajados a cincel, a la manera de los antiguos orfebres florentinos, las más extrañas y fabulosas floraciones de ópalos que pudo soñar, bajo el influjo perturbador del haschid, la fantasía desorbitada de un suntuoso kalifa de Las Mil y Una Noches, o, en las alucinaciones delirantes de la morfina y del éter, la imaginación calenturienta, casi posesa, del más refinado discípulo de Dorian Gray o monsieur de Phocas...

Opalos verdes como esmeraldas, en cuyas selvas llameaban maravillosos incendios de iris; azules como zafiros, en cuyos lagos amanecían milagrosas auroras boreales; morados como amatistas, en cuyas transparencias se deshojaban las rosas de un crepúsculo marino; dorados topacios, en cuyos cielos relampagueaban fugitivos chispazos de sol, nacaraciones de luna y fosforescencias de estrellas...

Y todos estos fulgores de maravilla, todas estas claridades ultraplanetarias, todas estas luces de apoteosis arcangélica, aureolaban de una belleza nueva la belleza antigua de sus manos...

En la ancha corbata de seda negra, como una nebulosa combustionada, se desangraba en un lagrimear oscilante de soles de oro, oro ópalo de un rojo más enérgico que el rubí y más resplandeciente que el diamante...

Y todas estas gemas prodigiosas parecían

vivir, mirarme, trémulas de deseo, como si en el fondo de ellas, encantadas en sus reflejos, almas desconocidas nos ofreciesen las virginidades imposibles de los amores más absurdos y los nuevos escalofríos de voluptuosidades aún no sospechadas...

Y a estos llamamientos invisibles despertaban, en lo más recóndito de nuestra carne y nuestro espíritu, mundos caóticos de sensaciones impresentidas, balbuceos de esperanzas inverosímiles y un hormigüear hambriento de anhelos desmesurados...

Y, mientras nosotros sufríamos el embrutamiento de sus joyas, el desconocido, ajeno a todo, en la muelle comodidad de su asiento, con beatitud de faquir, seguía contemplando las quiméricas espirales de su habano, que se dilataban, se rompían para volver a juntarse, plegándose como velos, enlazándose en arabescos y en columnatas de prodigio, hasta formar nebulosas alhambbras de ilusión, que se disipaban en derrumbamientos de pedrería por la ventanilla del vagón...

En la estación de Monte Estéril le esperaba siempre un magnífico automóvil, de un azul eléctrico, guiado por un chófer negro con librea roja y blanca...

Y en él se perdía, a toda velocidad, por las umbrosas avenidas de los jardines, resoplando hedores de gasolina sobre la cálida fragancia de las rosas, el aliento carnal de las magnolias y los perfumes desfallecientes de los jazmines y de las madreselvas...

Y el aullido lúgubre y desgarrador de su

bocina hacia enmudecer de espanto a los primeros ruiseñores que ensayaban sus trinos a la luna naciente, y apagaban los ecos melodiosos de las violas y los violoncellos, que en las terrazas del hotel de Italia desfallecían de amor, acompasando sus ritmos con la armonía palpitante y epitalámica del mar lejano...

III

Por fin llegué a conocer algunos detalles de la vida del Rey de los Opalos, detalles que excitaron mi curiosidad en lugar de aplacarla.

Se hacía llamar el conde Max de Ragusa, y hacía poco más de un mes de su arribo a Lisboa, a bordo de un gran transatlántico holandés... Alquiló en Monte Estéril la más bella y lujosa quinta, frontera al Gran Casino, con un parque espléndido, cuyas terrazas daban al mar.

En ella habitaba, sin más compañía que el chófer negro y dos ancianos de aspecto militar que hacían las veces de mayordomo y ayuda de cámara.

No visitaba el Casino, ni concurría a ninguna tertulia veraniega, ni aun a los suntuosos saraos con que la duquesa de Palmela hacía revivir la magnificencia de sus gloriosos antepasados en su hermoso castillo, cuyas torres almenadas se reflejan en

las olas, sobre el pintoresco camino de Cascaes.

Las verjas de su jardín sólo se abrieron para dar paso a su majestad el rey Don Carlos y al infante Don Alfonso, quienes, con gran sorpresa y admiración de parte de los curiosos agrupados en las puertas del Gran Casino, permanecieron toda la tarde en la morada del conde. Y esta visita regia nimbo de nuevo un prestigio a su nombre.

Se echó a volar la fantasía; se forjaron leyendas románticas, intrigas políticas y hasta novelas folletinescas...

Que si era un gran duque ruso escapado de la Siberia, un sultán destronado, un príncipe alemán que traía poderes del káiser para librar a su majestad fidelísima de la influencia inglesa...

Algunos, en torno de la ruleta del Gran Casino, llegaron a desenterrar el poema de amor y de renunciamiento de aquel heredero de la corona de Austria que un día desapareció de la corte de Viena sin dejar tras de sí más huellas que la estupefacción que produjo su renuncia a uno de los solios más altos de Europa...

Y esta conjetura llegó a adquirir tal auge, que hasta un cronista de crédito la dejó entrever en la prosa olorosa a tocador y untosa de pomadas de una revista de salones...

Y más de una fidalga, pálida y sentimental, puso los ojos en blanco y disipó, con su abanico de plumas, un flébil y vagoroso suspiro, como si quisiera arrojar de su cora-

zón de tórtola en celo y de su cabecita de golondrina en primavera el mariposear deslumbrador de una idea perturbadoramente absurda que le hacía olvidar, por algunos instantes, las zalamerías precoces de su galguito inglés, y, por muchas horas, la reciente novela de Paul Bourget y la última romanza de Tosti.

IV

Bien fuese por el prestigio romántico de tantas conjeturas o por el sortilégio irresistible de sus ópalos, lo cierto fué que el conde de Ragusa llegó a constituir una verdadera obsesión de mi espíritu, y que al penetrar, siquiera en los umbrales, del misterio en que se envolvía, me preocupó constantemente, durante aquellos bellos días, en los cuales el ardor de la canícula se atemperaba con las brisas del mar, las fragancias de los jardines y las risas claras y cascabeleras de unos labios más frescos y musicales que los surtidores del Generalife.

¿Cómo llegamos a entablar amistad el conde y yo?...

Un periódico que se cae, una cerilla que se precisa, el ofrecimiento de un cigarro, el «usted perdone» de un tropiezo casual, la entrega de algún objeto olvidado en las redillas del tren, todas esas pequeñas naderías que constituyen los eternos motivos de

charla en todos los viajes, empezaron por aproximarnos...

Afinidades misteriosas y simpatías súbitas hicieron el resto.

Salíamos de mañana a pasear a caballo, a tonificar nuestros cuerpos y a deslumbrar nuestras almas en la contemplación de los maravillosos paisajes que entre las desgarraduras de las nieblas iban surgiendo a nuestro paso...

Un jirón de mar, en cuyo azul trémulo florecían las rosas llameantes de la aurora, que flotaba en la distancia, como una isla de fabulosos corales en un borrascoso océano de humos grises; Pazo d'Arcos, que blanqueaba entre el verdor oscuro de sus arboledas y en cuyas altas torres prendía el sol victoriosos gallardetes de oro y púrpura; Lisboa, lejana, que a la falda de sus umbrosas colinas empezaba a desperezarse de sus sueños de plata, peinando sus cabellos, húmedos aún de rocío, a la orilla del Tajo, como ante un espejo de cobre bruñido; los perfiles suaves, casi femeninos, de las montañas de la otra banda, donde las aldeas y los sembrados, los huertos y las casas de campo, aparecían envueltos en velos llameantes de un rosa pálido salpicado de lentejuelas de oro; y, por último, ya en plena apoteosis solar, la bahía de Cascaes, bordada de jardines, de chalets, de cabañas de pescadores, y en cuyo centro, entre pequeñas embarcaciones veleras, se destacaba la silueta ágil, esbelta y grácil del yate real. Y a nuestro frente, escalas de

montes rocosos, coronados de altos árboles, que ascendían y ascendían hasta confundirse en el cielo...

Abajo, la cinta blanca de la carretera, tallada en la roca viva del acantilado, que conduce al embrujado socavón marino, profundo como un cráter, donde aun en horas de calma las olas chocan y rugen, hirviendo en apocalípticas convulsiones de espuma, hasta desbordarse por aquel fatídico embudo que la superstición popular ha denominado La Boca del Infierno...

La conversación se enredaba, las más de las veces, en comentarios políticos y en apreciaciones literarias, o en evocar recuerdos históricos y países lejanos...

La voz del conde se aterciopelaba en un castellano con languideces criollas al describir una estupenda obra de arte, un monumento célebre o una ciudad perdida en el misterio de una isla casi desierta. Su espíritu era amplio y fuerte, sin restricciones ni prejuicios de casta; su cultura, sólida y vasta; el espíritu comprensivo y la cultura experimental del hombre que habla siete idiomas, que ha recorrido las cinco partes del mundo y que conoce, además, la amargura y la vanidad bíblicas del que ya no encuentra en ningún libro ni una página inédita que leer...

Y estos diálogos, truncados a veces por largos silencios de meditación o de recuerdos, fueron eslabonando, con engarces de diamantes, la más desinteresada y espontánea de las amistades...

V

Un día, como le hablara yo de sus ópalos, encareciendo la belleza y variedad de sus matices, me respondió, sonriendo dulcemente, con la voz un poco velada:

—No valen gran cosa. Con el importe de un lechoso de Hungría podríamos adquirir una colección como ésta. Yo los uso por capricho y porque tengo, además, la evidencia de que son el más poderoso talismán contra todas las acechanzas del Destino. Si este que ensangrienta las águilas de oro esmaltadas en este anillo no lo hubiese olvidado su dueño, fuera otra la historia de gran parte del mundo.

Hubo una pequeña pausa, como si una sombra cruzase, entenebreciendo por un instante la serenidad de su espíritu.

Después, quitándose del meñique una sortija de plata repujada, donde centelleaba, como un alba primaveral, el verdor cristalino de un ópalo, me la ofreció, con las divinas frases d'annunzianas: «Pequeña como una gema, grande como un destino. Acéptala en mi nombre. ¡Os traerá buena suerte!

Y, sin dejarme tiempo para agradecer su fineza, picó espuelas a su alazán y, saludándome, con un nervioso movimiento de la fusta, se perdió por la senda, entre una nube de polvo que el sol naciente hacía res-

plandecer como si fuese de chispas de diamantes. Aquella noche, en el salón de la baronesa de Lemos, se comentó la dádiva, y todos a una convinieron que no debía usar aquella piedra, imán irresistible de la desgracia y de la mala fortuna.

Un pintor de ojos de fiebre y barbas frescas murmuró, con la voz ahogada en lágrimas:

—¡A un ópalo le debo mi fracaso en la última Exposición!... ¡Me lo regaló mi rival!

—¡Un ópalo llevaba mi marido cuando se suicidó en Monte Carlo!—gimoteó, teatralmente, una joven viuda, cuyo luto parecía hecho a propósito para realzar su belleza de rubia sentimental.

Y hasta hubo un anciano diplomático que afirmó, solemnemente, que el reuma que padecía era también hijo del maleficio de un ópalo.

Se recordaron anécdotas, se repitieron leyendas, y, creo que se inventaron proverbios, y hasta sentencias de los padres de la Iglesia, para condenar al pobre ópalo, que, seguro de su castigo, parecía deshacerse en lágrimas, pidiendo no sólo clemencia, sino también que le dejasen brillar a la luz, encerrado en su fino arillo de plata repujada.

Continuó las salmodias de las protestas.

—¡Le traerá la desgracia!...

—¡No obtendrá medalla en la Exposición!...

—¡Se suicidará como mi marido!...

- ¡Padecerá de reuma!...
- ¡No tendrá tranquilidad!...
- ¡Ni amor!...
- ¡Ni fortuna!...

Sólo unos labios frescos y musicales, más frescos y musicales que los surtidores del Generalife, ahogaron la más dulce de las sonrisas entre los encajes de un pañuelo...

Ellos sabían que aquella misma tarde, en el cenador de una glorieta, me habían dado, con sus besos, todas las felicidades, todas las glorias y todas las embriagueces que existen y pueden existir en los cielos y en la tierra.

VI

Una mañana me despertó, en un brusco sobresalto, un violento golpeteo, que amenazaba desgonzar las puertas de mi cuarto del hotel Italiano. Abrí malhumorado, y, en el umbral, apareció la negra y atlética figura del chófer del conde de Ragusa.

Sobre su frente de ébano crepitaba el sudor; sus músculos hercúleos se estremecían, en un temblor continuo y progresivo de azogado, y hasta en el fondo tenebroso de sus enormes pupilas de animal nocturno se cuajaba el espanto, en el iris de una lágrima rebelde, próxima a desbordarse...

Tartamudeó, en silbos entrecortados de pánico:

- Mi senior cayóse dentro Boca de In-

fierno... Caballo romper bridas y morir despenado... Al señor le portaron pescadores, sangrando como un león... Venid presto, que señor se muere...

Y toda aquella osamenta de paquidermo, charolada de betún, pareció desplomarse, en un sollozo desgarrador, mordiendo y desgarrando las palabras entre la blancura alucinante de sus dientes de chacal joven.

--¡Pobre señor!... ¡Pobre señor!... ¡Alá le salve!...

Me vestí como pude, y seguí, verdaderamente impresionado, la silueta del negro, que caminaba repitiendo como un estribillo las frases anteriores, deslizándose entre los árboles, con su paso rápido, ágil, cauto y mudo de cazador de antilopes.

En la verja de aquella quinta, que por primera vez iba a abrirme sus secretos, unos cuantos pescadores comentaban el caso, en torno de una camilla, en cuya blanca lona se destacaban trágicamente sucios manchones de sangre...

Atravesamos el amplio parque por una larga avenida de cipreses y de araucarias, en cuyas glorietas los surtidores parecían llorar las primeras luces del día sobre la sonora cavidad marmórea. Subimos la blanca escalinata, ornada de grandes macetones de prófido, desbordantes de toda una lunática primavera de flores exóticas y plantas raras, y me hallé, por fin, en el vestibulo, tapizado de viejas telas de Oriente, con geométricos bordados de plata y oro, enlazados en curvas y serpenteos de pesadilla.

El medroso parpadeo de una lámpara árabe aleteaba melancólicamente en las penumbras, como si un viento misterioso la quisiese apagar... Los pasos se disipaban en las ricas alcatifas de Persia, como si fuéramos también sombras de sombras...

El doctor Moreira salía acompañado del mayordomo.

Pude escuchar algunas palabras, graves y agoreras, subrayadas de pesimismo fatales por gestos desesperados de impotencia.

—Gravisimo, para qué ocultarlo... Sólo un milagro de Dios o de la Ciencia podrá salvarle... Sin embargo, la naturaleza es fuerte... Puede reaccionar... Vuelo a buscar a mis colegas, para de nuevo reconocer las heridas.

El mayordomo, pálido como un muerto, ordenó al chófer, sin poder refrenar su emoción:

—¡Pronto, el automóvil!... ¡Acompaña al doctor!

Después, volviéndose a mí y haciéndome un saludo casi militar, murmuró, con la voz rota en sollozos:

—¡Pase usted, caballero!... ¡Pase usted! Mi señor desea verle, y, ahora, después de esta primera cura, parece que se quedó más tranquilo.

—Y su estado ¿es de gravedad?—insistí.

—¡Gravisimo!... ¡Se teme que tenga rota la columna vertebral!

Y limpiándose con el dorso de la mano una lágrima que corría por sus mejillas ave-

llanadas, queriendo emboscarse en la canosa maraña de sus mostachos recortados, según la moda militar del sesenta y ocho, tal como aparecen en los viejos retratos del excelentísimo señor don Ramón María de Narváez, primer duque de Valencia y capitán general de los ejércitos de su majestad católica Doña Isabel II, el pobre viejo proseguía en una lamentación ahogada, a fuerza de ser intensa:

—¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia!...

Y levantando tapices y descorriendo cortinajes, me condujo, a través de largas galerías de cristales, de amplios y lujosos salones y de una espaciosa y elegante biblioteca, hasta la cámara del enfermo. Todo aparecía envuelto en una semioscuridad discreta y confortadora; los estores caídos, las ventanas entornadas; un tenue reflejo verde de jardín se tamizaba en la paz conventual de la estancia.

Una lamparilla de porcelana rosa mariposeaba sus timideces sobre el mármol negro de una consola...

El enfermo yacía inmóvil, sobre su amplio lecho de caoba, bajo un dosel de damasco carmesí, con rapaojos de oro, en cuyo fondo parecióme distinguir la cesárea rapacidad de algunas águilas de plata...

El rostro palidecía sobre el blancor de las holandas ornadas de encajes antiguos de Venecia, y sus largas barbas fluviales temblaban sobre el pecho jadeante, contrai-

do y convulsionado, a veces, por profundos estremecimientos dolorosos.

Mas ni sus labios ni su faz reflejaban nada que no fuera una calma augusta y severa de retrato real, como si su máxima voluntad encajase sobre sus facciones la imposibilidad inflexible de una máscara de bronce. Al verme, con un gesto cordial, me indicó un alto y blasonado sillón de viejo cuero de Córdoba, que parecía esperar a alguien, a la cabecera del lecho.

Tomé asiento; y, después de una pequeña pausa, su voz de languideces criollas, pura y fresca, como si el dolor y la fiebre no hubiesen aún clavado sus garras en ella, murmuró:

—Perdonad que os haya molestado... Sois la única persona que estimo en este país, y deseaba hablaros, por si tengo necesidad de usar de vuestros repetidos ofrecimientos de amistad... No quisiera, si mi camino llega a su fin, abandonar la tierra madre, dejando en ella secretos que pudieran ser causas de comentarios equívocos y suposiciones aventuradas. Mi mayordomo os entregará un libro de memorias... A vuestra discreción lo confío...

A pesar de la tranquilidad aparente de su acento, yo adivinaba el esfuerzo inaudito, los dolores enormes, que aquellos labios tenían que morder para conseguir articular cada palabra...

Le respondí, procurando también dar a mi acento la seguridad y la calma suficientes para no transparentar mis inquietudes:

—Mi amistad está en absoluto a vuestras órdenes... Pero no os fatiguéis ahora... Tiempo tendremos para conversar después, cuando un sueño reparador haya tranquilizado vuestro espíritu... Entre tanto, yo espero, en vuestra biblioteca, hojeando vuestros libros...

Quiso objetar algo, pero el viejo mayordomo intervino, imponiéndole silencio con un gesto:

—El doctor Moreira os ha prohibido terminantemente conversar hasta que el reposo y este calmante que vais a tomar ahora produzcan sus efectos reparadores en vuestro organismo...

Y había en sus palabras tal ternura paternal, que el enfermo, sin un gesto de protesta, apuró el brebaje que le ofrecía en una jícara de plata...

El mayordomo me hizo una señal, como invitándome a salir, y levantándome quedamente me escurrí, como una sombra, tras el tapiz de la puerta, medio mareado por el olor a yodoformo, a éter, a ácido fénico, a sangre y a fiebre que impregnaba la cámara, amortiguando los suaves perfumes de las colonias, los cosméticos, los jabones y las pomadas del ancho tocador de caoba coronado por una luna de Venecia...

VII

En las penumbras meditativas de la biblioteca, sobre un diván de piel negra, amplio y muelle como un lecho, esperé reclinado, con un libro cogido al azar entre los dedos, sin fuerzas para leer...

A lo lejos, en la mancha verde del jardín, estremecían el silencio los alaridos de los pavos reales.

Llegó el doctor Moreira, en compañía de dos colegas jóvenes y un ayudante, cargado este último con sendas cajas de operaciones. Penetraron en la cámara...

En el jardín, callaron los pavos reales y empezó a gafir un perro, como si le mostrase sus dientes rechinantes a algún peligro que avanzaba envuelto en las primeras sombras de la tarde...

De la cámara llegaban, ensordinados por los cortinajes, rápidos cuchicheos, rumor de pasos cautos, tintinear de instrumentos metálicos, estremecimientos de agua y un vago desgarramiento de telas.

El negro y el ayuda de cámara entraban y salían, rápidamente, conduciendo palanganas de agua enrojecida, vendajes de hilas manchados de sangre sucia, casi terrosa, frascos y toallas...

De pronto apareció el mayordomo, descajado, lívido, deshecho en lágrimas, tambaleante...

Tuve que sostenerle en mis brazos...

—¿Qué pasa?...

—Lo que presentía el doctor Moreira... ¡Todas las esperanzas perdidas!... Hay que avisar a un confesor... ¡Qué desgracia, Dios mío!... ¡Qué desgracia!...

Me ofrecí a buscar un sacerdote amigo...

Una hora después, el enfermo, sin fuerzas ya para confesarse, recibía la Extremaunción, con las pupilas dilatadas, casi rasgadas, como si quisiera decirnos con la mirada el naufragio eterno en que se hundía, todo aquello que se estrangulaba entre sus labios tumefactos, por los cuales se le escapaba el aliento, gorgoteante, en burbujas, como por los agujeros de un odre de cuero...

El rostro palidecía más, tornándose, a trechos, cárdeno, y a trechos, verdoso, como si se fuesen acumulando, bajo la piel de cera, todas las podredumbres...

El sacerdote, a la cabecera del lecho, oraba...

Los doctores, la gente de la casa y yo, con grandes cirios flameando en las manos, repetíamos, de rodillas, las santas oraciones, mientras el monago, en las pausas, hacía resonar la campanilla litúrgica.

El agonizante apretujaba contra su pecho, entre los dedos crispados, un pequeño crucifijo de marfil antiguo...

En los intervalos de silencio se oía, a lo lejos, el aullido lúgubre de los perros, cada vez más desesperado, cada vez más rabioso, como si acometiesen, erizados de espan-

to, a la sombra de un fantasma que avanzase, cautelosamente, entre los miedos penumbrosos del crepúsculo...

Tembló un tapiz; crujió un mueble, y algo pasó, como una ráfaga helada, a nuestro lado...

Los cirios se estremecieron... Petrificóse la oración en los labios... Ondearon las cortinas del lecho...

El moribundo debatióse, en bruscas sacudidas convulsivas, como si brazos invisibles de garfios de acero le descoyuntasen...

Todos sentimos el golpe de la esquelética Guadañera...

La faz se hizo más pálida aún; entre los labios asomó una baba sanguinolenta, en torno de la cual zumbaban dos tercas moscas, ávidas de podredumbres...

—*Gloria in excelsis Deo!*—plañió el sacerdote...

—; Amén!—gemimos todos...

Un acre perfume a cera y a muerte nos asfixiaba...

Campanas lejanas anunciaban el Angelus en un clamor seráfico de apoteosis cristiana...

El murmullo sollozante de los rezos apagó el último aliento en los labios del moribundo...

Todo cesó de súbito, hasta el aullido de los perros y el clamor de las campanas...

Sólo volvió a escucharse el crepitar doloroso de los cirios y el terco y trémulo zumbido de las moscas...

Las manos temblonas del mayordomo ce-

rraron, para siempre, aquellos grandes y profundos ojos, en cuyo fondo parecían luchar aún, en un pugilato de acerados destellos, los diamantes negros del trópico y los zafiros traslúcidos de los lagos polares...

Y así murió, en un dorado y melancólico crepúsculo de septiembre, en su suntuosa residencia de Monte Estéril, el noble conde Max de Ragusa, mientras en las avenidas del parque, sobre las anchas cepas de las fuentes de mármol, se deshojaba, a las primeras claridades de la luna, la nieve efímera de los últimos rosales veraniegos.

VIII

El viejo mayordomo me entregó, encuadrado en tafilete, con cantoneras de oro, el libro de memorias del conde Max de Ragusa. De sus páginas arranco unos cuantos fragmentos, aquellos que puedan dar un poco de luz sobre lo más interesante de su vida.

«De todos mis recuerdos, los de la infancia son los que aparecen más precisos, como envueltos en una claridad transparente de cristales.

Mi vida es como un túnel: sólo se ve la luz de su fondo.

Recuerdo, como si lo viese en este mismo instante, un viejo castillo, en la cima de los

Apeninos, cuya silueta feudal, de altas torres almenadas, se reflejaba en los claros zafiros de un lago. En ese lago nadaban blancos cisnes... Era para mí una alegría inmensa ofrecerles pedazos de bizcocho en la palma de mi mano...

Un aya inglesa vigilaba bondadosamente mis primeros pasos.

En los grandes salones del castillo, siempre a media luz, me estremecían graves y extrañas sombras que parecían desprenderse de los antiguos retratos...

Un día se abrieron todas las puertas y los ventanales... Lacayos, luciendo espléndidas libreas, poblaron los patios.

Sobre la torre del homenaje flotó al viento una bandera, y los aires se hicieron dulces y sonoros con el eco de los cantos y las músicas de las zampoñas aldeanas...

Aquella mañana mi aya me despertó, muy temprano, a los primeros trinos de las alondras...

Rizó y perfumó mi cabellera castaña...

Resonaron a lo lejos clarines y tambores... Yo palmoteaba de gozo desde la ojiva...

En un recodo del camino aparecieron grupos de jinetes, y, tras ellos, varias carrozas...

Bajáronse los puentes, y, en los empedrados del patio, relampaguearon, resonantes, los herrajes de los corceles...

Los jinetes vestían dolmanes azules con cordones de oro. Sobre sus cascos flotaban plumas más blancas y rizadas que las de los cisnes del lago...

De una de las carrozas descendió un caballero, joven y rubio, que al contemplarme en el ventanal me sonrió, con una sonrisa que aún ilumina de sol el alma...

Rápidamente subió la escalera de honor, y, sonriendo siempre, penetró en la sala...

De los brazos del aya pasé a los suyos...

Me estrechó contra su corazón, cubriéndome de besos, mirándome y remirándome con sus grandes ojos azules, y, volviéndome a besar como no me habían besado nunca...

Recuerdo que su bozo, tímidamente rubio, me hacía cosquillas en los labios... Después me sentó a caballo en sus rodillas, y mis manos acariciaron, hasta fatigarse, las condecoraciones de piedras preciosas que fulguraban sobre el paño rojo de su uniforme y la dorada empuñadura de su espada...

Aquel joven caballero, ante el cual todos se inclinaban profundamente, llamándole alteza, era mi padre, según supe once años después.

Mi madre, una noble princesa italiana, por cuya sangre corría la sangre de la familia Julia, sangre donde se funden las estirpes de Scipión, el vencedor de Aníbal, y de Julio César, el subyugador de las Galias, murió al darme a luz, en el mismo castillo donde se deslizó mi infancia...

Después de esta pincelada de luz se abre, durante algunos años, un paréntesis de monotonía, tan sólo perturbado por la llegada de mi maestro, un sacerdote romano...

Todas las mañanas, en el salón cuyos ventanales dan al lago, me tomaba las leccio-

nes del silabario y me llevaba la mano para trazar los primeros palotes, premiándome con la narración de historias y hechos tan extraordinarios, que me hacían soñar despierto con hazañas y aventuras semejantes.

Esta monotonía terminó con un largo viaje a través de Italia, Suiza y Francia, para embarcar en Cherburgo, en una fragata inglesa, al Nuevo Mundo, siempre bajo las vigilancias de mi aya y de mi maestro.

Ambos rivalizaban en hacerme olvidar, con su cariño y sus desvelos, las amarguras de mi niñez huérfana...

El mar me causó una profunda impresión de infinito, tanto que mi fantasía de niño me hacía llamarle «el seno de Dios»... Y, cuando le veía encrespase, irritado, alzándose en olas tumultuosas hasta los cielos, amenazando hundir nuestra nave en sus abismos, llamaba a mi aya, y le decía:

—¡Recemos, aya, que Dios está irritado contra nosotros!...»

IX

«Desembarcamos en Veracruz, donde perdí a mi aya...

Después de un viaje interminable, a través de selvas inmensas, de montañas colosales, pródigas en los más soberbios paisajes, llegué, en una pesada carroza, custodiada por una veintena de jinetes que to-

caban sus alborotadas melenas con amplios sombreros cónicos, cuyas alas ribeteaban cordoncillos de plata, a una vieja ciudad, enclavada en un valle fértil, al arrimo de frondosas colinas...

Esa ciudad se llama Querétaro, nombre indígena que significa, según yo creo, juego de pelota...

Mi maestro y yo nos alojamos en un antiguo convento que elevaba sus torres, en una vetusta plazuela solitaria, tapizada de altas hierbas, y entre cuyas piedras salían a veces, a tomar el sol, las lagartijas, las comadreja y los camaleones...

En las salas, amplias y macizas, blancas de cal y con una franja de azulejos verdes, bermejos y amarillos, pasaba las horas declinando voces latinas y griegas; resolviendo complicadas ecuaciones matemáticas, a trazos de tiza, en los pizarriles; recorriendo, con un puntero, todo el mapa mundi; incrustando en mi memoria los hechos y los nombres más gloriosos de la Historia; aprendiendo a conocer a Dios en los sencillos relatos de las Santas Escrituras y en vagas nociones de Teología; deletreando las sutiles maravillas de los poetas clásicos, y copiando, a veces, en anchas hojas de papel granulado, los perfiles y los torsos de las estatuas de escayola que adornaban el estudio, y hasta algunas casitas, con sus arroyos serpeantes, sus grupos uniformes de árboles y sus vaquitas pastando, junto a un puente, tendido al lado de un molino...

En las horas de asueto corría por los gran-

des patios encuadrados por pensativas hileras de cipreses, con sus cuadros de césped y sus arrietes de flores, con sus palmeras y sus cafetos crecidos en amplios toneles pintados de verde y su fuente monumental en el centro, donde nadaban peces multicolores y en cuya taza, ancha y cóncava, la música de los surtidores, al desgranarse sobre el mármol, perfumaba de frescura el silencio conventual.

Los días de preceptos me llevaban a oír misa, a Santo Domingo, uno de los templos más antiguos de la ciudad.

En las unciosas penumbras de sus capillas me arrodillaba devotamente, ante los vetustos retablos... Mas recuerdo que, a pesar de mi fervor, a veces me distraían los rayos del sol al atravesar los altos ventanales...

Las armonías del órgano, la dulzura de las letanías y el perfume del incienso arrobaban mi alma en blancos ensueños arcangélicos, que subían hasta el cielo por escalas etéreas, semejantes a las que oblicuamente penetraban por los rosetones de las altas vidrieras...

Me encantaba la música de las campanas, lo mismo la fresca cristalina del alba que la algarabía vocinglera de la salutación angélica; igual el repiqueteo sonoro y prolongado del Angelus que las graves y lentas evocaciones de las Animas...

Conocía, por sus sonos, las de todas las iglesias y conventos. Aquellas, herrumbrosas y orondas, que parecían cavar en el si-

lencio con azadones de bronce, eran las de Santo Domingo; aquellas otras, tintineantes como esquilitas de rebaño, las de las Carmelitas; las otras, gangosas y cascadas, las de San Francisco... Las de San Sebastián eran vibrantes y parlanchinas; como alondras mañaneras; las Mercedarias, cascabeleras y chirreantes, como las golondrinas; las de Santa Teresa se arrullaban, como palomas, y había otras que trinaban como los zentzontles...

Y todas despertaban a las primeras claridades de la aurora, cuchicheaban, reían, se perseguían; parecían bromear, reñir, acariciarse, besarse, atravesando la ciudad, extendiéndose por los huertos, por las haciendas, por los caminos, por el azul sereno, en un temblor, en un aleteo prolongado, en un vuelo de plata, de oro y de cristal...

Conservo los nombres de algunas calles, nombres que encierran leyendas que evocan tradiciones y consejas y nos hablan de otros tiempos y de otras razas; de indios y de encomenderos, de brujas y de encantamientos, de amores y de cuchilladas... Calles de la Zonaja, del Desafío, del Sol Divino, del Tesoro, de la Espada, Cinco Señores, Malfajadas, Quemadero, Azucena, Matanzas, Triste, Poca Fortuna y Degollada, leyenda esta última que me estremeció de miedo por primera vez...

Calles estrechas, tortuosas a veces, empedradas, de casas que recuerdan con sus fachadas sobrias y pesadas sus portalones y sus ventanas de artísticos herrajes, con su

silencio azul y su paz dorada, el aspecto señorial y místico de las viejas ciudades españolas...

En cada plaza se elevaba un templo, con sus cúpulas de media naranja, sus torres esbeltas y cuadradas y sus atrios adornados con toscas imágenes de piedra...

En algunas se veían grupos de árboles de ramas gigantescas, y, en el centro, una gran fuente, donde el agua corría por caños de metal que soplaban mofletudas cabecitas de ángeles de piedra...»

X

«Una tarde, estando dibujando en la pizarra un mapa de Méjico, penetró en mi celda de estudio un bizarro militar que lucía un vistoso uniforme de la Guardia imperial.

Entregó unos pliegos a mi maestro, y mientras los leían y comentaban, en voz baja, los dos, junto a una ventana, yo miraba a hurtadillas al recién llegado atraído por el brillo de su charretera, sus condecoraciones y la empuñadura de su espada...

Era el capitán Montiel, de origen español, que de orden de su majestad imperial Máximiliano de Méjico, venía a encargarse de mi educación militar...

Cuando me dieron la noticia, desde el fondo de mi inocencia infantil rogué al Señor

que protegiese la vida de aquel noble emperador que tanto se interesaba por los pobres huérfanos... Además, no pude reprimir mi alegría: reía, palmoteaba, saltando, loco de contento, pues calzar espuelas y ceñir espada fué siempre el sueño de oro de mi niñez solitaria, huérfana de cariños maternos y ansiosa de renovar las gestas más heroicas y las hazañas más épicas de la Historia.

Sobre todo, me encantaba la idea de conquistar reinos y estados, en los cuales, como en los del César Carlos V, no se pudiese nunca el sol...

El capitán Montiel, hoy mi mayordomo, empezó a enseñarme los primeros ejercicios militares...

Al terminar las clases me narraba gloriosos hechos de armas, en los que él había tomado parte, como alférez abanderado de un regimiento carlista.

Un día colmó mis esperanzas, haciéndome cabalgar en una jaquita castaña.

Galopábamos todas las tardes por los alrededores de la ciudad. Cruzábamos bajo los enormes arcos del acueducto del Marqués. Trepábamos por las vertientes pedregosas del Cerro de las Campanas... Por cierto que siempre, al pasar por allí, me santiguaba, recordando las consejas del vulgo que hacía a aquellas ásperas soledades, lugar de citas de todas las brujas de la comarca...

Nos perdíamos por las frescas alamedas del camino de Cejaia, y, a veces, ascendía-

mos hasta la cumbre de la colina de Sangremal, para contemplar, a la caída de la tarde, el espléndido panorama de la ciudad dorada al fuego por los últimos resplandores del sol... El río Blanco corría como un incendio... Parecía lamer con sus llamas los puentes y los huertos de sus riberas.

Yo vivía feliz, con mis libros, mi jaquita y las historias que narraban mis maestros...

Sólo en algunos momentos sentía envidia de aquellos harapientos rapaces, libres y contentos como pájaros, que trepaban a los árboles para alcanzar nidos, se metían hasta la cintura en el río, para perseguir a los peces, y batallaban a pedradas en las callejuelas de los suburbios...»

XI

«Una mañana, me despertó el tronar de los cañones, un repique general de campanas y un rumor de gentes jubilosas que cruzaban las calles. El capitán Montiel apareció de gran uniforme:

—Levantaos...—me dijo—. El emperador está a las puertas de Querétaro.

Salimos. En todos los balcones pendían tapices y flotaban banderas nacionales... Las calles estaban alfombradas con ramas frescas y hierbas olorosas, como en la procesión del Corpus.

Y ante mis ojos atónitos, deslumbrados

por el brillo de los uniformes, de las armas y de los arneses, desfiló el cortejo imperial. En el centro, solo, jinete en un fogoso corcel, engualdrapado de terciopelo y oro, apareció la noble y augusta figura del emperador. Saludaba, sombrero en mano, a la multitud, que le aplaudía frenéticamente, vitoreándole hasta enronquecer, cubriendo su camino de flores y de palomas...

Y tras él, a corta distancia, iban sus generales predilectos: Mejía, Miramón, Ramírez de Arellano y Méndez...

Yo aún conservo en mis ojos el centelleo triunfal de aquel día, y podría dibujar la figura de Maximiliano, risueño y arrogante, saludando con un noble gesto a la multitud.

Al día siguiente me despertaron antes que amaneciera. A la luz de un candelabro, el propio capitán Montiel y mi viejo maestro me ayudaron a vestir.

Me pusieron un traje de terciopelo azul oscuro, con cuellos y puños de encajes blancos...

—Vamos a ver al emperador Maximiliano... Su majestad, gran amigo de los niños estudiosos y buenos, desea conocer vuestros adelantos—me dijeron.

¡Ver al emperador!... Se iba a realizar el más bello sueño de mi vida, pues desde que me mostraron su retrato, que presidía, a la derecha de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la cabecera de mi lecho, había sentido por él la más viva e irresistible simpatía...»

XII

«En una carroza atravesamos parte de la ciudad, hasta el palacio que le servía de alojamiento...

Dos generales, con sus charreteras de oro, sus entorchados y sus condecoraciones, salieron a nuestro encuentro. Sus manos me ayudaron a descender de la carroza... La guardia rindió armas a su paso, y con ellos penetré en la estancia del emperador...

Apenas me vió corrió a mi encuentro, me estrechó contra su corazón, besándome, mirándome y remirándome, con sus grandes ojos azules, donde parecíame advertir algo como un temblor de lágrimas...

—Caballerito—me dijo en italiano—estoy muy contento de su aplicación, y espero en breve recompensaros...

Me hizo cabalgar en sus rodillas, y mis manos se entretuvieron acariciando las condecoraciones y el puño de su espada...

No me atrevía a respirar; así, sobre sus rodillas, ante aquellos ojos azules que me miraban húmedos de ternura y ante aquellos labios que me comían a besos, recordaba la mirada y los ojos de aquel joven caballero, que en su carroza, cercado de húsares, había llegado una vez al viejo castillo de los Apeninos, y cuyo recuerdo iluminó siempre, como un sol, mi memoria...

Volví a verle varias veces, siempre a la misma hora, y siempre recibíendome con las mismas muestras de cariño...

Sus propias manos me ciñeron la espada y me calzaron las espuelas.»

XIII

«Llegaron días aciagos... Los cañones y la fusilería atronaban los espacios. Patrullas armadas cruzaban la ciudad, y por las calles se veían camillas llenas de heridos...

En una plaza cercana al convento vi, humeantes aún, los escombros de una casa incendiada por una granada...

Una noche me despertaron los gritos, las descargas de fusilería y el galopar de los corceles. Retumbaba cercano el cañón, y cada estampido precedíalo un relámpago. Parecía que la ciudad se desplomaba...

El sacerdote, pálido como un muerto, penetró en mi cuarto, y tomándome de una mano, me dijo, con las lágrimas rodando por sus mejillas:

—Arrodíllate, hijo mío, y pide a la Virgen, con todas las fuerzas de tu inocencia, que salve al emperador...

Caí de rodillas, y con las manos trémulas de mi maestro entre las mías, que temblaban también, deshecho en lágrimas, como si su llanto me hubiese contagiado, recé con toda la fe de mi alma...

Seguían atronando los cañones; se oían, de cuando en cuando, choques de espadas, descargas de fusilería y gritos de desesperación...

Un formidable tumulto de voces atronó bajo nuestros balcones:

—¡Viva la República!... ¡Muera el usurpador!... ¡Viva Méjico libre!

Y al clamor de los gritos retemblaron las puertas y crujieron los vidrios...

En el umbral apareció el capitán Montiel, con el uniforme desgarrado, la cara y las manos ennegrecidas por la pólvora y la espada tinta aún en sangre hasta la empuñadura...

—Todo se ha perdido... El emperador acaba de caer prisionero en el Cerro de las Campanas... El ejército está copado... Un traidor dió entrada por el convento de la Cruz a las fuerzas republicanas... ¡La ciudad es suya!...

Nosotros seguíamos sollozando y orando de rodillas...

A lo lejos tronaba el cañón y seguían las descargas...

—Su majestad me dió el encargo, mejor dicho, me ha confiado a este niño, y por eso aquí he venido a salvarle...

Muchos días después vi, por última vez, al emperador...

Estaba en la prisión de las Capuchinas... Un oficial republicano, cuyo nombre colmaré eternamente de bendiciones, me condujo a su presencia. Un candelabro alumbraba pensosamente la estancia... El emperador me

estrechó en sus brazos, y yo sentí sus lágrimas humedecer mis cabellos:

—Sé bueno, *mío figlio*; estudia y hazte un hombre...

Me arrancaron de sus brazos, y yo salí, llorando, con el corazón encogido, y en varias noches no pude dormir, recordando siempre aquel *mío figlio*, pronunciado en el italiano más triste y dulce que he oído en mi vida...

Al día siguiente, el 11 de junio, caía estoicamente Maximiliano, engañado por todos, en el Cerro de las Campanas, bajo los disparos de la justicia republicana de un pueblo que no admite que les impongan leyes. A su lado murieron también sus más bravos y los generales Miramón y Mejía...

Las últimas palabras de aquel noble vástago de reyes y emperadores fueron dignas de su caballeroso heroísmo:

—Mejicanos, voy a morir por una causa justa: la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Quiera Dios que mi sangre haga la felicidad de mi nueva patria!... ¡Viva Méjico!...

Algunos años después, al salir de subterfugio de la Guardia imperial rusa, cuando apenas si había cumplido los quince años, el capitán Montiel, en un cuarto del hotel Germania, de Moscú, me entregó un paquete de cartas, una espada con empuñadura de oro, un joyero de plata repujada y una sortija de oro cincelado, con dos águilas de esmalte y un ópalo dorado, tan lleno de irrisaciones, que parece un amanecer marino visto a través de un topacio...

—Aquí tenéis el secreto de vuestra vida. Conservad esa espada y hacedla, en vuestras manos, digna del héroe mártir que la ennobleció con las suyas. No olvidad ese anillo y portadlo siempre en vuestros dedos, como un talismán... El único día que su dueño le olvidó, aquel día cayó en poder de sus enemigos y pagó con su vida las ambiciones extrañas...

Leí las cartas: ellas probaban mi alcurnia imperial. Unos amores románticos del archiduque Maximiliano de Austria y de una princesa italiana, idilio que interrumpió la muerte, me dieron la vida. Estas cartas, una espada, una sortija imperial y un joyero lleno de los más extraños ópalos que hayan podido ver ojos humanos, son mi única herencia.»

Al llegar aquí, el capitán Montiel me interrumpió mostrándome la sortija imperial del ópalo color de topacio:

—La historia se repite. El padre olvidó un día este amuleto y cayó acribillado por las balas; el hijo lo dejó olvidado también, y murió estrellado en la Boca del Infierno.

FIN DE
«LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS»
Y DE LAS
«NOVELAS COMPLETAS
DE FRANCISCO VILLAESPESA»

INDICE

INDICE

PRÓLOGO:

Francisco Villaespesa Pág. 11

BREVIARIO DE AMOR, seguido de LA MARCHA DE LAS ANTORCHAS:

Ofrenda 23

Breviario de amor:

Cap. I	25
— II	28
— III	30
— IV	31
— V	33
— VI	34
— VII	36
— VIII	38

La marcha de las antorchas:

Cap. IX	43
— X	45
— XI	47
— XII	48
— XIII	51
— XIV	53

Cap.		Pág.	
Cap. XV	55	
— XVI	57	
— XVII	59	
— XVIII	62	
— XIX	64	
— XX	67	
— XXI	69	
— XXII	72	
— XXIII	74	
— XXIV	75	
— XXV	78	
— XXVI	80	
— XXVII	81	
Comentario	83	

ZARZA FLORIDA :

Cap. I	89
— II	94
— III	102
— IV	113
— V	120
— VI	125
— VII	130
— VIII	135
— IX	143

EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA :

Cap. I	151
— II	157
— III	166
— IV	170
— V	175
— VI	179

Cap. VI	Pág.	183
— VIII		186

RESURRECCIÓN :

Cap. I	191
— II	194
— III	197
— IV	201
— V	205
— VI	207
— VII	209
— VIII	215
— IX	218

AMIGAS VIEJAS :

Cap. I	223
— II	226
— III	229
— IV	233
— V	237
— VI	233
— VII	240
— VIII	244
— IX	248
— X	249
— XI	253
— XII	254
— XIII	255
— XIV	257

LAS GRANADAS DE RUBÍES :

Cap. I	261
— II	266

Cap. III	<i>Pág.</i>	273
— IV		278
— V		281
— VI		284
— VII		286
— VIII		289
— IX		292
— X		295

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID:

Cap. I	301
— II	306
— III	309
— IV	315
— V	318
— VI	325
— VII	330
— VIII	333
— IX	337
— X	340
— XI	343

LAS GARRAS DE LA PANTERA:

Cap. I	347
— II	353
— III	361
— IV	368
— V	372
— VI	378
— VII	381
— VIII	386
— IX	393
— X	396

EL ÚLTIMO ABDERRAMÁN:

Cap. I	<i>Pág.</i>	407
— II		419
— III		426
— IV		431

LA CIUDAD DE LOS ÓPALOS:

Cap. I		435
— II		459
— III		462
— IV		464
— V		467
— VI		489
— VII		475
— VIII		478
— IX		481
— X		486
— XI		487
— XII		488
— XIII		550